
3 1761 07990958 6

NUESTRA INCULTURA

COLECCIÓN CLARIDAD. -- VOL. 87



EDITORIAL CLARIDAD, S. A.
DIRECCIÓN GENERAL: ANTONIO ZAMORA
SAN JOSE 1621|45. -- BUENOS AIRES. — Sucursales:
LAPRIDA 1181, ROSARIO. -- COLONIA 1164, MONTEVIDEO

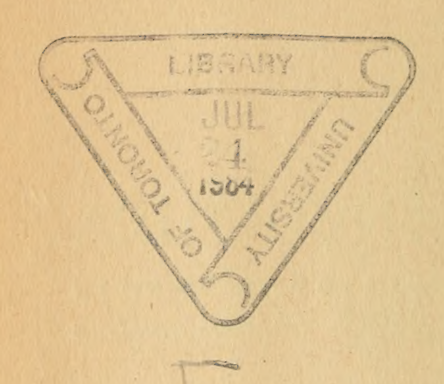
Juan Agustín García

NUESTRA INCULTURA

CON UN ESTUDIO ACERCA DE LO APOLOGETICO EN LA HISTORIA, POR FRANCISCO GRANDMONTAGNE



EDITORIAL
CLARIDAD
BUENOS AIRES



ADVERTENCIA

Este libro reproduce el texto completo del libro SOBRE NUESTRA INCULTURA, *publicado en 1922. Hemos creído completar el pensamiento del autor tomando de* Sobre el Teatro Nacional, *publicado en 1921, los capítulos consagrados a la crítica del teatro nacional, que él ve como otra forma de nuestra incultura.*

LO APOLOGETICO EN LA HISTORIA

En una de las interesantes y bellas páginas dominicales de "La Prensa", en la correspondiente al 14 de agosto, publicó el Dr. Juan Agustín García un breve ensayo de crítica histórica que es una lección admirable, no sólo para los historiadores argentinos, sino para todos los americanos y no pocos europeos. Conciso, ceñido, justo en el fondo, feliz en la forma, el artículo no tiene una sola línea ociosa. En su apretada síntesis, que no excluye la claridad transparente, abarca todos los aspectos del problema, sus múltiples derivaciones en la enseñanza y en la formación del sentimiento histórico de un pueblo y aun del mismo espíritu público.

Combate el doctor Juan Agustín García la tendencia de las exageraciones apologéticas de casi todos los historiadores americanos. "En el estudio de nuestros próceres —dice— tenemos un criterio apologético más riguroso que el de los hagiógrafos". Exacto. Los hagiógrafos, los biógrafos o historiadores de los santos, no incurren en loas tan hiperbólicas como las que dedican muchos historiadores americanos a los hombres de mérito que son objeto de sus narraciones. No crecen con ello las figuras más arriba de su talla verdadera, ni se agrega un ápice a su gloria legítima. Al contrario: la desfiguración que implica toda apología excesiva, perjudica a su memoria. Y así, es muy justa y muy sagaz esta observación del doctor Juan Agustín García: "Si nuestros próceres no interesan a las nuevas generaciones, es por culpa de nuestra ciencia histórica. A fuerza de perfeccionar el dibujo, la humanidad desaparece del retrato. A medida que el elogio se intensifica, el santo se esfuma, y poco a poco es sustituído por una figura convencional, que cabe muy bien dentro del género de la oleografía, o de las bellezas de panorama que decoran las paredes de los restaurantes de segunda clase. El lector los habrá observado más de una vez, en actitudes famosas con las banderas, en posturas teatrales, como discursos de ceremonia."

La acumulación de perfecciones imaginarias en una figura histórica no suministra a la juventud la mejor instrucción para interpretar los episodios culminantes de la vida de un pueblo.

Instruye más a un estudiante la presentación del héroe o del prócer, tal como fué, con su verdadero carácter humano, que todas las hipérboles para convertirle en un semidiós. Cuanto más humana presenta el historiador la figura procérica, más resaltan los actos y pensamientos que le hicieron inmortal. Dantón no es menos glorioso porque los historiadores señalen los lunares de su carácter y aun sus mismos vicios. Mirabeau estaba muy lejos de ser un santo, lo que no impide que sea una de las más grandes figuras de Francia y de la humanidad. La descripción de los errores, de las vacilaciones y de los desmayos de un gran hombre sirven para comprender de un modo integral su espíritu, el ambiente social y todos los fenómenos colectivos del momento de su actuación. De otra manera, empleando sólo la apología y el ditirambo, la historia es fragmentaria, incompleta y conduce a perpetuar el error sobre el desarrollo de los acontecimientos históricos.

El doctor Juan Agustín García, empleando una fina ironía, se burla de los que creen sagrada la vida privada de un prócer. Un hombre importante, en cuyas manos han estado los destinos de un pueblo, no tiene vida privada: toda ella es pública, pertenece al dominio del conocimiento de la sociedad. La probanza es fácil. Muchas veces los actos públicos de un prócer, —así los malos como los buenos —tienen por primer movimiento la vida privada, la influencia de la mujer, de los hijos, de los parientes. Desde ese momento, el acto privado adquiere carácter de acto público. Y el historiador tiene, no sólo derecho, sino obligación ineludible, de penetrar en el "sagrado hogar", como dicen los asustadizos, que es donde se halla la fuente inicial del curso de un suceso público. Por muy respetable que sea un hogar, es mucho más respetable la conveniencia de ilustrar la conciencia histórica de una nación. Además, desde que el hogar privado, valido del apoyo del prócer, se inmiscuye en la vida pública e influye en una u otra forma en los sucesos, el "sagrado hogar" desaparece para el historiador.

Las exageraciones apologéticas, la magnificación de los próceres exentos de un solo lunar en las plumas de los historiadores, tienen por origen en los jóvenes pueblos americanos el justo anhelo de la exaltación patriótica, doblemente necesaria en sociedades en formación que reciben en su seno turbiones cosmopolitas, cuyas primeras descendencias, educadas en hogares extranjeros, conviene que adquieran un fuerte sentimiento nacional. Pero la experiencia ha enseñado que no son necesarias las exageraciones apologéticas de la historia para que el hombre nacido en América, sea cual fuere el origen de sus

ascendientes, se sienta profundamente vinculado a la tierra natal. Los americanos analfabetos, nacidos en el centro de los desiertos, cuyo espíritu no ha tenido contacto alguno con la historia, son tàn naturalmente patriotas como los que tienen llena su mente de lecturas apologéticas. Y es que, en último término, la raíz del patriotismo, siendo muchos y complejos sus componentes, está, fundamentalmente, en el sentimiento territorial.

No quiere todo esto decir que la historia ha de ser una narración helada, un escueto prontuario de hechos. Las leyendas y las fábulas tienen a veces tanta importancia en la formación del carácter de un pueblo como los mismos sucesos reales. El historiador ha de tener sagacidad investigadora, espíritu adivinatorio, penetración, intensidad de pensamiento y arte en la expresión. Entre el estilo brillante de Michelet, con toda su parcialidad al juzgar ciertos sucesos y ciertos hombres, y el tono gris y desvaído de Seignobos, la elección no es dudosa. Mucho se ha debatido sobre la manera de escribir la historia; no existe acuerdo en la definición del género; para unos es una ciencia; para otros es un arte. Posiblemente participa de ambos caracteres, siendo ella, en último término, el resultado del temperamento de cada autor. En Mommsen, el historiador de mayor saber universal, la historia tiene todo el aspecto de una ciencia. En Michelet, literato magnífico, sin dejar de participar de los caracteres científicos, las narraciones históricas son maravillas de arte que, en lo esencial, en la exposición de los hechos, no excluyen la exactitud.

Manzoni en su Discurso sobre la Historia, nos ofrece una definición bastante completa acerca de la manera de componerla: "Una serie de hechos materiales y exteriores, por decirlo así, aunque estuviese exenta y limpia de errores y de dudas, no es todavía la historia, ni es materia suficiente para formar el concepto dramático de un suceso histórico. Las circunstancias de las leyes, de las costumbres, de las opiniones en que se han encontrado los personajes que forman parte de la acción; sus fines y sus inclinaciones; la justicia o la injusticia de aquéllos y de éstas, independientemente de las convicciones humanas, según las cuales o contra las cuales han obrado; los deseos, los temores, los padecimientos, el estado general del inmenso número de hombres que no tomaron parte activa en aquel suceso, pero que experimentaron sus efectos; estas y otras causas de igual importancia no se manifiestan, por lo general, en los mismos hechos, y, sin embargo, son los datos necesarios para juzgarlos con rectitud."

El tema —bien se comprenderá— es muy vasto y rebasa los límites de una crónica periodística. Sólo quiero señalar en ella el acierto de las observaciones del interesante y atinado ensayo de crítica histórica del doctor Juan Agustín García.

En todos o cási todos los historiadores americanos hay dos puntos que requieren mayor y más puntual examen: uno es el relativo al formidable volumen de oro venido a España de las Indias. Existe en esto una exageración enorme. No debió ser mucho, pues los reinados inmediatos al descubrimiento fueron de una desoladora penuria. Ignoro la cantidad aurífera que aquí llegó; la ignora todo el mundo; sobre este punto la palabrería ampulosa suple a la exactitud del dato. Por mi parte, no he visto más rastro de oro de las Indias que el de la aureola de la Virgen del Rosario, en la catedral de Toledo, que vino, según la tradición, de México. La verdadera explotación no estuvo en el acarreo de oro, sino en la tiranía económica de la Casa de Contratación, una vez que los aborígenes se acostumbraron al consumo de las manufacturas y artículos europeos.

La otra exageración estriba en la supuesta crueldad de los conquistadores con los indios. Poco tienen que agradecer los que aun quedan a las modernas repúblicas. No se puede negar que el progreso ha requerido este sacrificio, pues sin él, la Tablada del Azul no sería lo que es hoy, una verdadera arcadia y un emporio de riqueza. Pero hay que reconocer que los generales Roca, Villegas, Ortega, Racedo y otros militares de la conquista del desierto, aniquilaron mayor número de indios que Cortés y Pizarro. Y el pensamiento de Adolfo Alsina y del mismo Sarmiento sobre este punto no es más favorable a los indios que el de Isabel la Católica y Las Casas. El día que Sarmiento dijo: "el indio es susceptible de ilustrarse, pero no de civilizarse", fué un día fatal para las tolderías. No hemos de perdernos aquí en disquisiciones sobre si era o no posible la asimilación. Sólo se quiere recordar que los indios, desde el reino de los cielos, donde seguramente están, junto a los niños, no guardarán de España peor recuerdo que de los modernos Estados republicanos. Y aun han de considerar, con la claridad de juicio que impera en el Empíreo, la diferencia y lejanía de los tiempos.

* * *

Pero retornemos a nuestro punto. Los historiadores americanos tienen que emprender una obra de revisión de los valores históricos. Justo es añadir que este movimiento se ha iniciado ya en todo el continente. La investigación es más preci-

sa, y, por consecuencia, los juicios más atinados y firmes. En estas mismas páginas de "La Prensa", que son permanente escuela de cultura, un fino espíritu de historiador, José Manuel Eizaguirre, ha publicado multitud de ensayos y monografías sobre los períodos más turbulentos de la historia argentina, trabajos en que se aúnan la precisión en las investigaciones, el método en la exposición, la serenidad en el juicio y la belleza en la forma. Su pluma experta ha dado un relieve mayor a ciertos hombres y determinados episodios y ha puesto, en cambio, una ligera sordina a ciertas exaltaciones apologéticas, reduciéndolas a su verdadero quicio histórico y humanizando figuras y sucesos.

El trabajo del doctor Juan Agustín García, objeto de estos ligeros comentarios, constituye una excelente orientación para los jóvenes que se dediquen al cultivo de la historia. En él se dan normas de equilibrio y precisión para juzgar hombres y acontecimientos.

No terminaré estas líneas sin hacer una breve alusión a un libro notable que acaba de aparecer en Francia. Me refiero a La Geographie de l'Histoire, *de Jean Bruhes y Camille Vallaux. Es un estudio muy interesante sobre las reciprocas influencias de la historia y de la geografía política. La modificación de muchas fronteras, como consecuencia de la guerra, redobla el interés de este libro, cuya lectura me permito recomendar a los que ensayan sus aptitudes literarias en trabajos históricos.*

FRANCISCO GRANDMONTAGNE.

(De "La Prensa", del 31 de octubre de 1921).

EL ASPECTO GENERAL

"Es puramente infantil creer que no viendo el mal en toda su amplitud se le disminuye".

FICHTE *(Discurso a la Nación Alemana).*

"Si yo os he hablado es porque nadie lo ha hecho antes".

FICHTE.

"L'esprit qui nous fait agir est ce qu'il y a de plus élevé".

GOETHE.

Un grupo de alumnos del ciclo secundario —¡catorce a diez y siete años!— preguntaron por nota a un amigo nuestro sobre la actitud a asumir frente a estos problemas graves contemporáneos. Creemos que les contestó con bastante acierto: obedecer, estudiar y divertirse mucho.

El lector no ignora que en alguna universidad de provincia se vive en una pintoresca anarquía, con ciertos matices extremos, uso del revólver, asaltos y asonadas, y para completar la originalidad teatral del decorado, un poco de maximalismo. ¡Los bolcheviques en la vida universitaria!, dirá el lector con justa zozobra. No se asuste; no es en serio. Es algo así como una representación dramática y romántica, muy romántica, con la que se regalan los espíritus juveniles. Antes soñaban con las aventuras de los tres mosqueteros, y los más inocentes revivían a Robinson o los héroes de Julio Verne; los maliciosos a las grisetas o calaveras de Paul de Kock; los soñadores e idealistas cantábamos, con Musset o Ronsard, la estrofa sublime. Ahora sueñan con Lenin, y creen que entienden a ese confuso e indescifrable Carlos Marx, el tenebroso.

En medio de esta tormenta intelectual y moral cruzan, como rayos rojos, las doctrinas de ese más allá del sentido común, y de tiempo en tiempo lo absurdo sopla en ráfagas deletéreas, y marchita cuanta cosa noble y bella sembraran tres o cuatro generaciones de argentinos distinguidos, que fueron y seguirán siendo el timbre de honor de la Patria.

La acción de los grupos *Claridad,* de Barbusse y otros es-

critores, que suplen la falta de talento por cualidades y sentimientos más impresionantes, contribuye a la desorganización intelectual. Los sistemas basados en el odio, y que ensalzan la violencia como medio de propaganda, cunden en la teoría y en la práctica. Las confusas y siniestras ideas de Marx y los aforismos poéticos de Nietzsche, concluyen por perturbar las inteligencias y la sensibilidad infantiles.

En ese terreno filosófico y social de los claustros universitarios, esas cosas son tan bonitas y pintorescas como el sombrero con plumas y la espada de Aramis o Portos. Hay una emoción imaginativa, un sentimiento romántico que se desarrolla y divierte; una novela de trama fantástica. Por encima del bien y del mal, ¡vivir su propia vida!... La filosofía de la regla en lucha con la excepción... espectáculo digno de la divina malicia... Ejercitáos en la vivisección sobre el hombre bueno: *homo bonæ voluntatis.* Estos vinos en cabezas latinas, que no cumplieron los veinte años, producen un alegre bullicio, seguido de las detonaciones espumosas y seductoras del champaña.

Este despertar de las imaginaciones de los niños en un ambiente de simple loquero, produce sentimientos curiosos y nuevos en el mundo escolar. Así, un joven historiador fué colocado en la lista negra o roja, por los estudiantes de una universidad argentina, no obstante ser autor de una historia literaria en cuatro volúmenes y de muchos otros libros de literatura y arte. Es decir, que el talento, la ciencia, el raro don del estilo, una vida austera consagrada al estudio, son factores inapreciados por estas nuevas generaciones. Y sopla una original y curiosa brisa de irrespeto para todos los valores morales y sociales, y en especial para los del espíritu. "¡Naides es más que naides!": el viejo aforismo criollo que late en el fondo del alma popular y anima toda su poesía, triunfa de nuevo. Se le creía enterrado para siempre, junto con la flora de los caudillos y capataces de esos años de nuestra historia civil de un color oscuro terroso.

"¡Naides es más que naides!", murmuraban en su monólogo interior el gaucho, el oficial y el general, en las tristes soledades de la pampa argentina del año 20. Todos tienen igual aptitud, igual talento, igual preparación para abordar todos los problemas y dictar todas las cátedras. "¡Naides, naides!"... ¿Y qué? ¿Quién tose? ¿Quién se atreve a desmentir?... ¡Hum! El coronel Chilabert renegaba de los abogados en alguna carta suya; y abogado en aquella época equivalía a hombre culto. El diploma conservaba su prestigio colonial. Los

sabios europeos se desautorizan al poco tiempo de residir en nuestros centros. ¡Se habían imaginado! Ahí estaban sus reemplazantes en las ternas, tan buenos o mejores que ellos.

Decía que era un despertar en pleno loquero, porque uno se pregunta en medio de esta densa y triste niebla: ¿a dónde van? ¿qué fin persigue esa juventud inquieta que no abre un libro con espíritu sereno desde el año 18? Y se escucha el eco del palabreo y no se oye nada serio, nada sólido y concreto. Entramos en un terreno de incoherencias, de almas que se anarquizan y salen de los rieles tradicionales, y van a saltos, hiriéndose en su ceguera. Así se opera una transformación interior en los sentimientos y en el pensar de los jóvenes, que se traduce, por ahora, en un recitado cada vez más enfático del verbo negar. Y esos gérmenes de simpatía, de respeto de la inteligencia, esa generosidad moral, fundamento de las cosas nobles de la vida, se esfuman y mueren como si fueran plantas exóticas.

Que los viejos tengan el culto del odio, sean estrechos y crueles; que el mediocre que oyó dar los cuarenta años se ahogue dentro de su propia amargura, es natural y explicable. Al trazar la curva de su vida apuntarían muy alto. Y estas aspiraciones intelectuales, como las artísticas, son formidables, corroen y derrumban al organismo más sano. Es preferible arar la tierra con sus propias manos a esa tarea infernal del que estruja su cabeza para sacar un libro o un artículo, que saldrán siempre maltrechos, mediocres, comunes, afeados por la peor de las vanidades. ¡Pero que a los veinte años las almas se cubran con esas nubes grises, oscuras, que las deforman!; que se afirmen sobre un palabrerío hueco para arrancar de raíz toda la tradición, sin rumbo, sin propósito, al acaso, es un síntoma de un estado enfermizo grave, que viene de muy atrás y que se relaciona con el estado social. Es la incultura que rebasa y se derrama. La venimos creando desde hace más de treinta años con una ligereza y una imprevisión culpables.

Este término "cultura", que pusieron de moda los alemanes, significa muchas cosas, es complejo. Por un lado se refiere al desarrollo intelectual metódico, por el otro al cultivo de ciertas cualidades de las almas; pero en su esencia y en sus líneas generales se corresponden y marchan juntos en perfecta armonía. La base, la idea directriz, es la disciplina de la inteligencia. Disciplina de la inteligencia y de la sensibilidad por el estudio metódico, sincero, hecho con amor. Disciplina del alma por la educación de la voluntad que se habitúe a obedecer. Pero en ambos caminos, el objeto no es la simple acumulación de conocimientos, el desarrollo egoísta y malsano que engendra el

sentir inferior, nocivo, vano; o el crear una voluntad fuerte y perversa, dominadora, para aplastar las cosas buenas y bellas que puedan estorbarla en su paso. Por encima de todo este complicado concepto de la cultura brilla alguna idea, que encamine estas fuerzas y las dirija hacia un fin superior, sobre los intereses individuales. En la Edad Media esa Idea era la vida futura a merecerse, y todo el sistema tendía a ese objeto. En estos tiempos nuestros habrá cambiado el ideal, pero seguramente no es el que predomina en el armazón escolar argentino: la escuela, el colegio, la universidad, consagren sus esfuerzos a formar hombres que sepan servirse a sí mismos con la mayor eficacia. No; todo régimen basado en un egoísmo feroz, que pospone, en esa tarea tan delicada de formar hombres, los sentimientos nobles que deben estar en la base de toda cultura, tiene que morir. "Les paroles sont bonnes, mais elles ne sont pas ce qu'il y a de plus élevé", dice Goethe. Y lo que caracteriza una cultura es ese espíritu, siempre el mismo, que anima con un soplo vivo y tonificante todas las enseñanzas.

LAS CAUSAS REMOTAS

Tu me fais l'effet d'un bâton
qui a la merveilleuse proprieté
de fleurir partout où on le plante,
mais qui ne pousse pas de racines.
GOETHE.

Esa generación del ochenta, tan criticada por los nuevos rayos ultrabrillantes de estos tiempos, fué un poco víctima de la ciencia materialista y pedantesca, que marchitó muchas hojas buenas de las almas de veinte años. Spencer, Haeckel, Lombroso y sus discípulos entraron triunfalmente en nuestra mentalidad; algo contrapesados por Renán, Macaulay, Buckle y los poetas y novelistas que fueron nuestros compañeros íntimos en esos dulces años de la vida. ¡Qué tiempos! Bain, los análisis de Ribot, Taine, en su faz menos simpática, arrebataban las inteligencias. ¡Esas negaciones del espíritu, de la voluntad librc, del alma; el determinismo impecable de la mecánica! ¡El pessar y el sentir, la literatura, la filosofía, la abnegación, el heroísmo; el arte, el entusiasmo... eran simples residuos fisiológicos!

A pesar de que estas cosas se expresen en estilos insoportables, de una sequedad pedantesca, tan árida y triste como el desierto africano, resaltaban en nuestros espíritus de alumnos, como las banderolas en un día de sol. Al pasar por las iglesias sonreíamos, como si se tratara de negrerías. El Cristo, la Virgen, la Pasión, los grandes santos... puro fantochismo ridículo. Se toleraba a Estrada y Goyena porque eran almas superiores, y todos teníamos el respeto de la inteligencia: esa buena cualidad databa de Urquiza, Mitre, Avellaneda y Sarmiento. En volúmenes repletos de hechos, de cifras, de láminas ilustrativas, estaban nuestros dioses, sucesores de las viejas y torpes supersticiones. Se había descubierto el misterio del Universo, la Verdad noble y sana.

Emilio Zola y sus discípulos decoraban estas teorías con el arte, un arte que incorporó a su esfera de influencia la inmundicia; y que todavía influye en nuestro país por intermedio de Florencio Sánchez. Siquiera allá, en la vieja Europa, una ráfaga de bello estilo, algún capítulo que era un poema: la tierra

en su eterna y dolorosa germinación, la masa humana que aparecía como una fuerza irresistible de la naturaleza, borraban al personaje inmundo de la novela. Aquí se descubrieron los olores del paseo de Julio como un tema literario; el bodegón, el rufián, el ebrio, el malevo, la prostituta. Un realismo completo, como en *Los Muertos*, sin esa agua colonia salvadora del estilo, que permite terminar la lectura de *La Terre* o de *Germinal.*

¡Quantum mutatus ab illo! La moda de Spencer y de su escuela, pasó. A veces algún curioso se detiene en la autobiografía, para darse el gusto de contemplarlo arrepentido, angustioso, con un desasosiego que va entre líneas, de la vanidad de su obra. A ese hombre no le interesaba Venecia, y pensó que Grecia y Roma eran dos fuentes insignificantes en la historia del mundo! ¡No haberlo sabido antes! ¡Sin embargo, discurría sobre el arte y la belleza! Sus ideas sobre la educación están en la raíz de nuestra incultura, que data de los alrededores de ese año octavo.

Se dijo entonces, como se repite ahora, que la enseñanza debe ser práctica y utilitaria en el sentido del desarrollo de la vida económica e individual. Como elemento único de esas cosas azuladas se ponía el nacionalismo en la escuela secundaria; se substituyeron las historias clásicas y sagradas —Grecia, Roma y Judea— por la historia argentina. Ahora, respecto de la patria, el concepto pedagógico dominante fué siempre simple: gritar ¡viva la patria!, corear himnos muy feos y prosternarse en una forma mística y ciega ante todos sus héroes. Esta parte de la instrucción pública cabe en una circular de una hoja de papel, y no requiere mayor estudio; bastan unas banderas, un piano y un poeta regional.

Esas doctrinas, sobre los planes modernistas, se aceptaron en los países de civilizaciones viejas; pero muy atenuadas. Se suprimió el griego en la rama de las ciencias, pero se mantuvo el latín y las literaturas clásicas en todas las secciones. Nosotros, más meridionales e impulsivos por razón del clima, fuímos hacia la extrema izquierda, extremistas siempre, y de un plumazo, pasamos de la vieja era creada por Urquiza, Mitre, Sarmiento y Avellaneda, a la época ultramoderna. Como dice Anatole France, se cree que el latín fué inventado por los jesuítas, y de ahí la gran inquina.

Esa entidad, algo mística, que llaman el ideal, se venga de sus rebeldes en una forma muy simple: les deja realizar sus propósitos para que aguanten sus consecuencias. El nuevo sistema halagaba a los padrés de familia: sus hijos no perderían

el tiempo recitando a Horacio o Virgilio, ni en los detalles de las guerras médicas, sin relación con los enfermos, los pleitos y los negocios. Satisfacía a todos, por aquello de la línea del menor esfuerzo. Así nuestros colegios prepararían generaciones prácticas, saturadas de hechos, geografías, ciencias naturales, químicofísicas, matemáticas y los idiomas vivos, a los efectos de entenderse con sus comitentes. Era también un ideal que se resume en la proposición que sentamos en otro artículo: formar hombres prácticos para servirse a sí mismos y nada más que a sí mismos.

En cuarenta años de este régimen de estudios secundarios livianos se ha realizado el fin, a medias; pero con toda seguridad se ha formado el tipo de hombre que sólo piensa en sí mismo; incapaz de la acción concertada, que no concibe un fin social, altruísta y generoso, como una norma de conducta. Con más o menos éxito y mayor o menor inteligencia, todos viven su vida; ese es el fin primordial, por encima de todo, a veces por encima del bien y del mal.

Es posible que el padre de familia se sorprenda cuando los colegios nacionales y las universidades le devuelvan a su hijo hecho un hombre, en el sentido práctico de la palabra: un delicioso egoísta, que ni siquiera recordará a sus maestros, indisciplinado y audaz, y que está pronto, como el caballo de carrera, nervioso e impaciente para salir a la caza de la posición política o económica. El padre buscará en vano en el fondo de esa alma alguna de esas ideas que hacen amable la vida, que elevan los espíritus y tonifican las almas. Siquiera alguna estrofa aprendida de memoria; algo que revele cómo de vez en cuando se mira a un cielo entreabierto; que prescinde de su eterno Yo: su destino, su interés, ¡vivir su vida! . . . No; el joven será reacio a todos los movimientos colectivos que no se traduzcan en su beneficio propio e inmediato. Si es inteligente e ilustrado repetirá los aforismos de Nietzsche, las deliciosas ideas de Marx sobre el terror; el odio como germen creador. La estética de Barbusse que elige el estiércol de las trincheras para exhibirlo a una luz gris, en un estilo común y triste.

¡Cómo se contempla la vida después de esos cinco años de estudios prácticos! Se ha desarrollado un instinto de avance rápido y cueste lo que cueste. Se miran de reojo, y con cierta rabia, las posiciones adquiridas que vienen con años de labor; porque ellos tienen más méritos que los más copetudos. No se reflexiona que las horas no se anticipan, sino por excepción, en la vida; que para llegar no basta la atropellada agresiva; que la formación de un espíritu no se improvisa, que es obra

lenta, de paciencia, y trabajo honesto y serio; que la envidia, los rencores, todos esos gérmenes insanos perturban y esterilizan la inteligencia. No; hay que llegar, con o sin cualidades, cueste lo que cueste; hay que vivir la vida aunque se viva sobre la mentira, la farsa, la comedia... Y se ríen, porque el sonreír supone espíritu, de todo aquello que obstaculice su camino. ¡Es la risa del cocodrilo, la risa sin la gracia, la risa trágica, pálida; la risa que es una mueca amarga y sombría!... ¡Vale más arar la tierra que seguir estas carreras para sufrir la angustia del que quiere volar sin alas!

¡Qué chasco para ese buen padre de familia, amigo inocente de las materias útiles, y nada más que esas! Porque él trajo de su país de origen, por lo menos una canción, y esa canción encarnaba un sentimiento suave, que alivia y endulza el trabajo, que reconforta y calma las penas. Su hijo es ceñudo, es grave, lo corroe el llegar... Por eso se libran esas batallas oscuras alrededor de las cátedras, de los consejos, de los decanatos y rectorados. No canta porque no se escribió la canción del egoísmo o arrivismo, y desahoga sus penas con algún grito de odio.

LOS ERRORES DE CONCEPTO

Hacia lo útil al través de lo verdadero y de lo bello.
GOETHE *(W. Meister).*

Excusará el lector que recordemos la cualidad dominante y directriz de nuestro sistema de instrucción pública, tal como se precisó en otros artículos: formar el hombre económico, apto para sí mismo y nada más que para sí mismo. Vale decir que en la portada de nuestras escuelas escribimos una fórmula del más soberano egoísmo. La lleva el niño desde su casa, y al entrar a clase mira con cierto desprecio todas aquellas materias que no tienen un vínculo directo y visible con el fin práctico de su vida. Por eso las almas juveniles aparecen agitadas, nerviosas; y miran con curiosidad, y algo de angustia, el porvenir lejano. Se preparan para una carrera de batallas. Renán pensaba con zozobra en ese descenso del nivel moral del mundo, que traería la muerte de la religión. ¡Qué decir ante estas perspectivas nuestras, en las que todo se esfuma, se pierde, en una lontananza oscura y trágica: la religión, el culto del arte y de la belleza, del ideal en todas sus fases; todos los resortes enérgicos de las almas! Vivíamos de las sombras, de las sombras de las cosas buenas y bellas. ¿Qué nos reserva el porvenir con estos niños engendrados por la economía política? "Gardons la categorie de l'inconnu; la possibilité de rêver", dice con melancolía el delicioso pensador.

Este primer y grave error que corrompe desde su base todo el sistema, se complementa con otro de igual trascendencia. Se consideró el ciclo secundario como si fuera de segunda clase, de inferior categoría al profesional de las universidades. En ese concepto pueril, el eje sobre el que gira toda la carrera de un médico, abogado o ingeniero, es la enseñanza técnica universitaria. Se puede ignorar, más o menos, la gramática, la literatura y la filosofía, y auscultar con exactitud un corazón enfermo o apadrinar un pleito. De ahí la tendencia a reducir el tiempo del ciclo preparatorio, para acrecentar los estudios de las facultades. Así, un bachiller argentino se forma en cinco años de programas pletóricos, abundantes, que se estudian con toda ligereza, muy por encima, para llegar cuanto antes a las puertas seductoras de la Universidad. Y para obtener el di-

ploma de doctor se trabaja seis años en derecho o seis o siete en medicina. Es el trastorno de todas las ideas, el trastrueque de los conceptos más elementales sobre estas materias.

Decía que, en general, todo proviene del mismo espíritu egoísta, porque, en verdad, no se ha procedido de acuerdo con el plan preconcebido. Los años universitarios se creaban y se recargaban a medida que aparecían los candidatos influyentes para dictar cátedras. Un especialista en germen, el político de importancia, el hombre de prestigio, engendran la asignatura de su afición en las academias y luego en los planes de estudio. A ningún consejo, o ministro, se les ocurrió contemplar el conjunto para que las proporciones de cada plano fueran armónicas: habría saltado a simple vista la deformidad, la base frágil, pueril, comparada con esa arquitectura frondosa, repleta de asignaturas, que constituye los planes universitarios. Por el tiempo consagrado a cada ciclo de estudios se puede afirmar que estamos en el régimen de lo absurdo, que no se tiene la noción de lo que significan los cursos secundarios, ni de su papel en el desarrollo de un hombre. Y lo absurdo, en estas materias, trae aparejada la incultura, el mal gusto, la incoherencia, el amoralismo más o menos disfrazado con un ligero barniz de aparente civilización.

En los países de cultura seria, los comienzos son lentos, pesados, metódicos. Desde luego se respeta la tradición. Nadie se anima a romper radicalmente con ella. Se requiere una escuela que conserve la tradición, dice Goethe, sin perjuicio de que se tenga el espíritu para atender a las nuevas formas de la vida. El fin buscado es modelar una inteligencia y un carácter, "llevarlo hacia lo útil al través de lo verdadero y de lo bello". Así se desarrollan, en ocho o nueve años de liceo, todas las facultades del hombre, y se adquiere el criterio científico, estético y moral. Se aprende a llamar las cosas por sus nombres y no por otros, más o menos; lo que implica el pensar exacto y la justeza del razonamiento. Se estudian las literaturas clásicas y el latín porque constituyen el modelo más precioso del decir elegante y exacto; y fluyen de ahí corrientes de belleza moral, de inteligencia, de sentimientos e ideas nobles y elevadas.

Sin esos elementos, toda una faz importante del alma quedará oscurecida, borrada entre tinieblas muy tristes y en un estado de inferioridad muy amargo. Goethe aconseja la música, y el ejercicio de anotar en la pizarra el canto, para inculcar en el niño esa idea de la correspondencia matemática, por decirlo así, entre el signo y la cosa; el coro que enseña la disci-

plina mental, la sensación de la solidaridad entre los tonos; la armonía del conjunto que resulta de un espíritu concertado. Así como los deportes al aire libre enseñan a obedecer, a mandar y la ayuda recíproca.

En vez de fomentar el individualismo ancestral, uno de los vicios de la raza, algo corregidos por nuestros primos los italianos, se le debería combatir con toda energía: "no debe admitirse, dice Goethe, que nada se deje al capricho del alumno... tan sólo la mediocridad trata de colocar su limitada individualidad sobre la universalidad, y oculta sus conceptos falsos bajo el disfraz de una originalidad y de una independencia indomables...". A eso debe tender todo sistema educativo, a penetrarnos de esa idea de que pertenecemos a un grupo, y que su destino está por encima de nosotros. Por otra parte, y vaya de paso, la originalidad no se busca, viene, a veces, de por sí, como flor del trabajo y de la meditación continua, del estudio desinteresado.

Es el nuestro un sistema liviano, rápido para formar apariencias de hombres, sin mayor esfuerzo. Estudios superficiales, exámenes de una indulgencia indiferente, que se desinteresa: todo lo necesario para que el joven crea que la vida no reclama energía. Así, cuando obtienen el certificado de estudios secundarios, padres e hijos se asombran de que alguna facultad los obligue a rendir examen de ingreso. Reciben después su diploma doctoral de fácil adquisición, y ya en la realidad de la lucha social se desesperan si no encuentran el éxito inmediato. No lo buscan por el trabajo metódico; por el esfuerzo intelectual penoso. No; debe venir como la nota de examen, como el doctorado, en plano de suave inclinación.

Así, desde el punto de vista intelectual, el sistema que lleva cuarenta años de vida preparó varias generaciones de hombres superficiales, que dan la impresión de un fantoche al que se le pegaron con engrudo letreros científicos: aquí idioma, allá literatura, ciencias, filosofía, arte..., y al poco tiempo, por cualquier brisa, los letreros se caen y queda la mancha del almidón. El fantasma de escritor, sabio, político, estadista, se pasea muy orondo; se ofrece a la admiración con toda buena fe. Aspira sin límite; muy a menudo lleva una obra maestra que duerme en su mente, y no despertará nunca. Pero si la suerte no le sube a las altas esferas, maldecirá a todos, como víctima propiciatoria de la injusticia social.

Por otra parte y como otra consecuencia, hemos perdido la facultad de hablar y de escribir en forma clara, y de llamar las cosas por sus nombres. Muy a menudo no nos entende-

mos, sobre todo cuando se busca lo fino y de efecto. El gusto tiende a hundirse en este pantano criollo. Se admira a Almafuerte y Florencio Sánchez; se buscan con preferencia las sonoridades verbales, el ruido de las palabras mal o bien empleadas, un culteranismo presuntuoso y vacío.

En nuestros tiempos pasados, sin dejar de ser muy argentinos, sabíamos que Mármol era vulgar. Echeverría era más bien apreciado por el *Dogma* y su artículo *El Matadero*; no se nos ocurría recitar *La Cautiva*. De Andrade se aplaudía la sonoridad admirable; pero, a la sordina, se hablaba de que no era más que un *pastiche* de Víctor Hugo. Era un ambiente muy fino, con una sensación rara del ridículo. El mismo Avellaneda cuidaba con angustia sus discursos y sus frases; cuando los ecos de los cenáculos literarios y políticos corrían, como flechitas doradas y de punta, por toda la ciudad, "una triste sonrisa plegaba sus labios". Por ahí andaban Groussac, Cané, Goyena, López, para realizar una ejecución capital en dos palabras aceradas.

No creemos que el Congreso tenga la aptitud práctica para dictar un plan de estudios; pero en dos artículos podría trazar las líneas directrices: Los estudios secundarios durarán ocho años, y los profesionales cuatro, sin perjuicio de los cursos libres para los especialistas. Para defender esas materias tan atacadas e indispensables, podría agregarse en el primer artículo: la enseñanza del latín y de las literaturas clásicas se desarrollarán en cinco años, y Atenas, Roma y Jerusalén se explicarán en cursos especiales.

Así iremos a lo "útil, al través de lo verdadero y de lo bello".

LA MUERTE DE UN IDIOMA

Ce peuple heureux savait déjá au berceau quels substantifs prennent "im" a l'accusatif...

H. HEINE.

Aquel lector que observa a sus hijos, aún niños, aplicados sobre el verbo y sus tiempos, las palabras generales, el adjetivo, y las preposicones y adverbios, notará en la fisonomía de esos niños todos los signos del sufrimiento más intenso, ese dolor agudo que exaspera el sistema nervioso, de aprender lo que no se entiende.

¡Felices aquellos niños anteriores a Nebrija! Ellos leían las obras literarias sin aprender la gramática. Eran clases encantadoras como aquellas que escuchábamos, en un aula bien asoleada del colegio del Salvador, hace muchos años. Nuestro maestro tenía el culto de la belleza literaria y un desprecio sisimulado, por razones de disciplina, de la gramática. De la hora reglamentaria se dedicaban unos minutos al árido programa técnico, y el resto del tiempo se invertía en lecturas del Quijote, los Manrique, Santillana, Gracián, Calderón, Lope de Vega y alguna oda de Horacio, traducida por Villegas, si no es infiel la memoria:

No siempre, Valgio mío.
Llueve en los campos de la nube el velo . . .

El verso recitado por aquel hombre con cariño profundo, vagaba por el aula entre los rayos del sol, y caía en las almas infantiles bien dotadas, como una semilla dorada en una tierra que ansía abrazarla.

Así, poco a poco se despertaba en el alumno un sentimiento nuevo; el espíritu se sentía como elevado por una fuerza suave a regiones muy amables. El eterno azul lo penetraba con sus rayos muy lindos. En las intimidades de nuestra sensibilidad crecía un sentimiento espléndido, riquísimo, de un vigor inagotable, la religión de la belleza, la compañera silenciosa y encantadora de la vida.

No podríamos decir cómo anduvieron los exámenes oficiales. Tal vez algún pedagogo encontró muy deficientes nuestras

nociones sobre el participio, el subjuntivo, y el concepto claro del futuro indefinido: ¡a los doce años de edad! La idea gramatical del Tiempo nos parecía, a los catorce años, llena de misterios. ¿Y el sustantivo? ¡Elevarse al concepto de las palabras generales, y del sujeto y de los atributos, antes de que asomen los bigotes!... Ahí están implicadas cosas muy difíciles y complejas. Es mucho más sencilla y asequible una bonita fábula de Lafontaine, alguna pastoral de Góngora, o esa música de los contemporáneos de Jorge Manrique. Y se aprende mejor el idioma recordando alguna estrofa de los primitivos, como ésta:

¿A los jazmines contigo
cómo les fué? Y entre el trigo
a las rojas amapolas?
Los azules alhelíes
¿han querido competir
con tus venas de zafir?...

Ocurrió que con el andar del tiempo la teoría se separaba del hecho, la forma del fondo, y un espíritu de maestro vulgar, y más o menos ignorante, predomina en la escuela y asienta a la gramática como ciencia autónoma y especial, que lleva su razón de ser dentro de sí misma.

Se explica que asuma ese papel en la jerarquía de las ciencias la gramática histórica, la vida de las palabras a través de los tiempos. Es un faz de la psicología colectiva, un capítulo de la historia del alma popular. Pero la otra, esa que corre en los manuales escolares, usurpa el lugar y el tiempo que corresponde al idioma.

Una enseñanza racional del castellano debería dividirse en cinco o seis años. Durante los tres primeros cursos —una hora diaria— se consagra el tiempo a la lectura de los clásicos comentarios y ejercicios de redacción. Así, en una forma inconsciente, intuitiva, el niño se compenetra de las cualidades del buen estilo, del decir claro, sobrio y elegante. Después leer a Gracián; Castelar es intolerable, y junto con Castelar otros oradores derivados de ese tono, que pululan en todos los países de habla española. Cuando se han vivido tres o cuatro años en un trato familiar con Jorge Manrique y sus coetáneos, se siente un cierto rubor al leer a Mármol o Almafuerte. Y por más que algún aniversario lo requiera, si hablamos de su arte seremos discretos, moderados, de una prudencia en el elogio llena de virtudes y méritos. No sé donde pondríamos a Santos

Vega y Martín Fierro, pero seguramente su ideal de belleza no sería el más apropiado para consuelo o distracción de nuestras almas.

Suponednos familiarizados con Mozart desde la escuela primaria, y el tango no hubiera nacido, ni otras cosas que acompañan las diversas músicas. En esos tres o cuatro años el joven habrá aprendido a hablar y a escribir, sin gramática, pero con un vocabulario muy rico, muy expresivo e interesante. Sabrá su idioma castellano, porque así se llama y conviene que continúe, en forma empírica, pero lo sabrá, y al redactar una carta o expresar sus ideas, llamará a las cosas por sus nombres justos y apropiados, sin recurrir a perífrasis o eufemismos de mal gusto, que oscurecen los conceptos.

De paso, ese ajuste de la forma, esa busca del estilo preciso, encauza las ideas y el razonamiento. Las palabras se convierten en moldes en los que tiene que entrar, como en rieles, el concepto que corresponde. Si la palabra se va sola, si se prostituye aplicándose a todo lo que le ofrezcan, se siente una molestia interior, se sufre de la disonancia; el desafinar no es indiferente para el músico, trae aparejado un cierto dolor, a veces intolerable. Así, el "hablar y escribir correctamente y con propiedad", según dice el texto, lleva implícito un pensar discreto y bien razonado.

Cuando el niño sabe su idioma, y al iniciarse en los estudios filosóficos, es decir, en los dos últimos años, se presenta el profesor de gramática sin libro, si fuera posible. Su misión será fácil porque su clase se compone de jóvenes que saben ya muy bien la práctica del oficio; y en las vecinas aulas de lógica profundizan esos conceptos fundamentales de su curso. Así llena la gramática su función escolar; y nos muestra las reglas, que son algo como un trasunto de lo que realizaron los grandes escritores.

Es el método indicado por la naturaleza. Los niños aprenden su idioma elemental de la madre, hablando; así como se adiestran en el caminar, caminando. Suponed que para la natación se comenzara por un curso de anatomía y fisiología... Podrá ser útil después, para llevar a la conciencia clara la razón de todos los movimientos. En los cuarenta años de enseñanza de idioma nacional hemos formado generaciones de jóvenes que sabían, tal vez, gramática teórica, mal sabida, porque no la pudieron comprender, pero que ignoran el castellano. Al mismo tiempo, y en virtud de un patriotismo ininteligente y de pulpería, hemos pervertido el buen gusto, al mos-

trarles como modelos iguales a los clásicos los ejemplos de la literatura nacional.

Está bien que en los tiempos heroicos, en medio de las batallas, se cantara la estrofa que apaga la luz de Atenas, de Roma y de Esparta. La tarea escolar es distinta. La patria no se crea a base de exageraciones y mentiras. Es una empresa larga y difícil, en la que cooperan todos los hombres de cada generación. La patria es algo así como una imagen que se hace todos los días, por el acto heroico, o simplemente honesto; por el libro, el cuadro, el pensar de sus hijos. Todos ponen su óbolo cotidiano para embellecerla. Así, con el trascurso de los tiempos, la bendita imagen toma sus formas concretas, lentamente. El historiador la decora ajustando las proporciones de los hechos y de los próceres en la medida que corresponde. El poeta, al cantarla, la idealiza como a la mujer amada. Pero es necesario que el canto sea bello, o mejor es guardar silencio, hasta que brote, en algún momento feliz, la palabra inspirada que la envuelve en una atmósfera de ideal. Por eso existe el amor sagrado, la religión de la patria.

Pensad el esfuerzo, continuado durante tres siglos, que representa nuestra Argentina. Desde sus orígenes, cuando era un villorrio de barro y caña, los modestos castellanos que la fundaron veían en su imaginación cervantesca un futuro glorioso, la bella imagen de la patria, y adoraban eso, que no era más que un ensueño, con un amor tierno, muy profundo y conmovedor. La patria no es odio, no es sangre y batallas. La patria lo abarca todo, y podéis quererla apasionadamente sin que sea necesario cerrar los puños amenazadores. Al contrario, la justicia, la bondad, la verdad, transforman la bella imagen, le dan esa expresión de las madres de Rafael, de dulzura, de suavidad, de luz, que ilumina y enaltece las más íntimas fibras del alma.

LAS AVENTURAS DE LAS PALABRAS

...l'objet et la forme ne font qu'un et ne sauraient exister l'un sans l'autre.

GOETHE.

...l'instrument ne doit qu'accompagner la voix.

GOETHE.

Como en el canto el instrumento, en esto del hablar y el escribir, la palabra es la simple compañera de la idea, la faz alada del pensamiento. Si se desboca, si corre sola fuera de los rieles precisos del razonar, del hecho o del objeto que aparecen en un minuto dado en nuestro escenario interno, entramos con nuestra inteligencia en el terreno de lo incoherente y de lo absurdo, que concluye por confundir en una especie de caos, a todo el mecanismo mental. Y es un régimen de desorden en todo ese reino de la razón que se traduce en hechos graves de todo género, históricos y sociales. Si el pensamiento engendra su forma, ésta a su vez repercute sobre la idea, y suele transformarla de una manera inconsciente, hasta unos extremos que sorprenden.

Si el espacio de un artículo lo permitiera, comprobaríamos nuestra tesis en las diversas épocas de la historia argentina. Otro ensayo de psicología criolla evolutiva, a escribirse. De las diversas maneras de hablar en Buenos Aires desde principios del siglo XVII, sería el título, algo presuntuoso, de nuestro trabajo. A su tiempo lo leerán nuestros amables lectores. Es un tema muy interesante porque implica la descripción gráfica, diríamos, del viejo pensar y de las ideas comunes en cada lustro. Esas erres que se multiplican en las actas de los Cabildos; las frases que salen tropezando de entrada y que dan vueltas alrededor del tema, para acertar a las largas y como en tartamudo, con lo que se quiere decir.

Ese fenómeno fisiológico es un signo del camino que sigue la ideación. Por ello es entretenido, como una comedia. Al través de las palabras y frases contrahechas, vemos el trabajo mental duro y penoso; y hasta se adivinan los gestos que matizarían en forma pintoresca, las deliciosas sesiones concejiles.

Entendida en esta forma la historia, se convierte en un ejercicio muy divertido. Es la comedia humana al través de los siglos, con variedad de trajes y decorados. ¡Ah! esos viejos expedientes hablan tanto! Para el que sabe oír, ese silencio de los archivos está lleno de charlas, que aun se agitan dentro de sus sepulcros.

Compare el lector estudioso la literatura política y administrativa del virreinato, época de orden, grave, protocolar, seria, llena de compostura, de una aristocracia con garbo de dignidad, muy entretenida y curiosa, con los documentos y problemas de los 18 primeros años de la independencia. Sin apurar mucho la atención, se nota el cambio progresivo de la mentalidad. Es distinto el vocabulario, de locuacidad más vivaz. Las palabras fluyen, se atropellan, corren solas, sueltas, por todas partes, como si se hubieran abierto las compuertas. A medida que aumenta el desorden y la anarquía, el lenguaje, como si fuera un eco, se desarticula. Ya no es el castellano. Por su sintaxis, por sus giros, por el nuevo sentido de los términos, es casi un dialecto inferior. Para escribir como el señor Monteagudo, es necesaria la voluntad firme e irrevocable de hacerlo mal.

Con el Congreso del año 26, y el gobierno de Rivadavia, la palabra cambia. En tesis general son discretos, sobrios y atinados. Esos legisladores deben venir de Charcas, o bebieron en alguna parte, su espíritu. También pensaban con justeza, y sabían observar con realidad. Los mensajes de Rivadavia traducen en forma clara y discreta su visión de la República y de la época.

Rosas señala una transformación social, que aún no se ha definido, porque se oscila entre Rivera Indarte y Saldías: los extremos. El estilo del dictador es, como su letra, claro, firme, preciso y enérgico. Llama las cosas por sus nombres, sin perífrasis ni eufemismos, con una exactitud que revela el poder de su inteligencia. Cuando Rosas da instrucciones, son como un itinerario: marca las rutas, las estaciones y los desvíos, y hasta en alguna ocasión calcula el tiempo a perderse. Es el idoma de un hombre de negocios, muy ordenado, muy concreto y realista y que necesita todas sus horas. Fué el tipo del hombre de Estado formidable, con la visión del detalle y del conjunto; un ejemplar humano que interesará a todos los historiadores, y que en medio del infierno argentino de esas épocas atrae, con una fuerza irresistible, a todos los que piensan.

Su público era distinto. Sus poetas y sus periodistas usan

un idioma original y muy feo, que pasa de la adulación melosa, que se pega a nuestra epidermis como un engrudo desagradable, al elogio a gritos, que se agarra de los escalones arrastrándose, para ver si alcanza el tono heroico de la oda. Excuso decir que se vienen al suelo desde el primer paso. Cuando insultan son soeces, impetuosos y bravíos. Es el insulto con la baba de la hidrofobia. Y desafinan, porque se percibe en el acto que no son sinceros. Son artificiales y ficticios, y tienen una manera todavía más servil de rendir homenaje. Ahí las palabras van solas, son formas sin fondo, es decir, párrafos monstruosos; es la piel pálida, amarillenta del cadáver que, sin embargo, simulara la vida. De paso se tropieza con excepciones; plantas de invernáculo, que nacieron y crecieron en un ambiente artificial, por algunas felices casualidades: Alberdi, López, Gutiérrez, Echeverría . . . Se les podría relacionar con los hombres del año 10, educados por los sacerdotes ilustrados del Colegio de San Carlos; pero la relación sería muy vaga. Son abundantes y difusos. Carecen de esa precisión que sólo se adquiere con estudios muy metódicos y sistemáticos. Pero tenían un concepto sano del estilo, de las cosas bonitas y buenas. Había un ideal serio dentro de sus almas, aparte de los ensueños políticos, y fué este ideal azulado el que los salvó en ese naufragio intelectual y moral de la Argentina.

Habrá observado el lector cómo varía, según las épocas históricas, el idioma. No es un simple cambio de forma, que sería inexplicable, sino de fondo, de las ideas, de los conceptos, y sobre todo de los sentimientos.

Ahí esta el secreto resorte que trasforma la sintaxis y el vocabulario. Si la manera de expresar el odio y el amor varían, es porque los sentimientos evolucionan. No se puede negar que en la base del idioma de un país organizado está la escuela; pero la forma de la sensibilidad actúa de una manera decisiva. A pesar de la gramática, se hablará en grosero y vulgar si no educamos las almas; el gusto decae, las emociones se corrompen o degeneran, o son artificiales y falsas, y la palabra las acompaña en todas sus modalidades, como una sombra. De ahí la importancia del curso de castellano, no el idioma nacional, que no existe; de la historia clásica, del latín, de la literatura y de la filosofía. Es el problema del pensar claro y justo y de sentir bien, que se traduce siempre en un estilo preciso y adecuado al tema. Esa facultad es igualmente necesaria en todas las profesiones y gremios; es como el dibujo en las artes manuales.

Así, nuestra historia comprueba la tesis. En el virreinato,

en Mayo del año 10, en las presidencias de Rivadavia, Mitre, Sarmiento, Avellaneda, es decir en las épocas más lucidas de nuestros anales hasta el año 80, los hombres hablaban y escribían con propiedad, y a veces con elegancia. Mitre, Sarmiento y Avellaneda venían acompañados de un elenco de espíritus que llamaban a las cosas por sus nombres. Y si conservamos de esos tiempos un grato recuerdo, si respetamos esas personas ilustres, es porque desde esas alturas en las que moraban, omnipotentes, de un extremo a otro de la República, tuvieron siempre el culto sagrado de la inteligencia y de la belleza.

EL PECADO DE ORGULLO

J'aymerois mieux m'entendre bien en moy qu'en Platon.

MONTAIGNE

El epígrafe de este artículo viene bien a los pueblos. A condición de estudiarse con sinceridad, se pueden sacar de la propia experiencia elementos de juicio que nos den la cordura y el saber moral. Es el objeto de la enseñanza nacionalista llegar a comprender la admirable máxima: "Conócete a ti mismo".

Aquí encontramos como primer obstáculo al pecado de orgullo, capaz de corromper cualquier sistema de instrucción pública sudamericano. Porque una cosa es el nacionalismo pedagógico y otra el entusiasmo artificial y fetichista que se coloca, de entrada y sin mayor análisis, en una postura garbosa y de privilegio. El vicio es hereditario. Entre las cosas inútiles y perniciosas que nos legó la madre patria, está ese pecado grave e incorregible.

Algún día estudiaremos la evolución del orgullo argentino. Es un tema entretenido, pintoresco, una tragicomedia que inicia su vida con la de Buenos Aires. Permite la curiosa materia ciertas clasificaciones que darían a nuestro ensayo un aspecto científico, y si se quiere extremar, algo pedantesco: del orgullo privado, popular y aristocrático; del orgullo oficial o público, los antiguos regidores, los alcaldes; del lado de la escoba, los gobernadores, virreyes, obispos, superiores religiosos, del lado del mango. Como fuentes de investigación, las actas de los cabildos, cartas, decretos, pastorales, algunos expedientes del archivo de la Curia Eclesiástica sobre cuestiones de asilo de criminales y conflictos de jurisdicción.

De ahí se pasa a la segunda época, de 1810 hasta 1830. El orgullo de Mariano Moreno, de Pueyrredón, de Alvear, de San Martín y de Rivadavia, más intelectual y distinguido, menos grosero y brutal que el de los oficiales reales; es un orgullo que se disimula a veces, y se oculta entre los pliegues de la ironía, diremos en esa metáfora que gustaba a Avellaneda. Un orgullo controlado por esa ligera sombra de la desconfianza de lo risueño, que nos ha sido muy útil a nosotros, los argentinos. Hasta el mismo Sarmiento desconfiaba, y muchos de sus arrebatos provenían de alguna sospecha, del eco de alguna risa oculta, inteligente, que molestaría sus oídos.

Con Rosas el orgullo retrocede al período colonial. Es el orgullo franco, brutal, audaz, que exhibe sin piedad ese desprecio profundo para toda la turba de amigos o enemigos, que son sus contemporáneos. Pero no obstante las fuerzas atávicas, ese orgullo trae de compañera de viaje a la ironía, mejor dicho, al sarcasmo; por ahí es argentino, y ese color en el tejido lo adorna, le da cierta elegancia, un algo de espiritualidad, no muy acentuada, que le presta interés y simpatía.

Desde el año 52 hasta nuestros tiempos el curioso sentimiento evoluciona. El orgullo de Urquiza es algo semejante al de Rosas, pero menos intenso, por el contralor de esos admirables hombres del Paraná, tan inteligentes y humanos, creados en un "volterianismo" muy atrayente, que produjo en esta tierra algunos ejemplares muy curiosos y dignos de estudio. Conocimos a algunos, y dejaron en nuestra alma de niños una impresión muy grata, de imborrable recuerdo. Eran algo así como una sombra, un eco de esos estadistas y hombres de mundo de las cortes del siglo XVIII. Algunos, como Emilio de Alvear, no tuvieron ocasión de mostrar sus grandes cualidades. Estaban, tal vez, muy por encima del nivel de cultura de su época. Eran almas muy afinadas, inteligencias muy sutiles, de un gusto muy educado. A Alvear se le podrían aplicar aquellas líneas de Goncourt: "así, sonriendo, haciendo su sabiduría con la de Sócrates, traducida por Ninon, caminaba hacia el término previsto, pronto para morir, pero sin abandonarse, viviendo hasta el fin lo mejor posible, con su espíritu íntegro y lúcido". En ciertos momentos la vida nos abruma con sus recuerdos, las sombras pasan en nuestra fantasía; lejanas, apagadas, melancólicas.

El orgullo de Mitre es de un aspecto austero, imperioso, absoluto. Su correspondencia lo revela de un dogmatismo autoritario que no admite discusión, ¡ni una ligera duda!; es la verdad clásica, majestuosa y augusta la que se cierne sobre la cabeza de los hombres. Ahí no se vislumbra un solo hilo risueño, salvo en ciertos momentos, en que el enojo trae el sarcasmo, como marca de fuego. Sarmiento y Avellaneda son más humanos y tienen sus expansiones. Sarmiento es de un realismo encantador. "Cuando se presente una hornada de coroneles, escribe, haga valer mi antigüedad. Tengo vergüenza de ser teniente".

Excusará el lector la digresión, que no nos aleja del tema, como parece. La idea que traslucía en el cambio escolar que sacó el viejo plan de estudios, hace cuarenta años, era la de sustituir la enseñanza clásica por otra nacionalista. Hasta el

idioma cambió de nombre y se llamó "idioma nacional". Naturalmente, todas las otras disciplinas más dúctiles, y flexibles siguieron la misma tendencia: la historia, la literatura, la instrucción cívica y moral. Este nacionalismo no es el sano, higiénico, político y socialmente, que nos aconseja estudiarnos para aprender reglas de conducta, instituciones, leyes adecuadas a nuestra naturaleza. Un nacionalismo que nos haga seguir la línea del deasrrollo del alma colectiva, y note sus defectos, sus causas y remedios. No, es el nacionalismo francamente orgulloso y vano.

Parte de la base falsa de que basta decir en clase, el genio de un poeta o el talento de un pensador, para que las cosas existan. Por desgracia no sucede así, y el exceso de elogio, el ocultar todos los defectos de nuestros próceres, siempre impecables e intachables, produce dos malas consecuencias. Excita la crítica extraña que agrava su severidad irritada por nuestra falta de mesura, y da a los niños nociones superficiales o falsas de los hechos y de los hombres, que dejan indiferente su sensibilidad. En vez de retratos se muestran oleografías, embellecidas, muy a menudo, por manos torpes e inhábiles.

El amor patrio, que se ha comparado con el amor filial, es de una penetración lenta, viene por una prédica hábil, continuada. La patria se decora con sus héroes, pero vive muy a menudo a pesar de las desgracias políticas o de la pobreza intelectual y moral. Es una resultante de la vida en común, de una compenetración recíproca de los sentimientos e ideas que se fusionan en el alma colectiva. E interviene en el curioso fenómeno toda la corriente de la historia, cargada de una vida de emoción que actúa más allá de las tumbas. La patria no consiste en gritos o proclamas. La patria crece en el silencio de la intimidad familiar, es el culto de los muertos, de los padres y abuelos, es el amor de los hijos que nos prolonga el horizonte muy lejano; es el arte, la literatura, las fuerzas espirituales que la adornan y embellecen, para que nuestro amor sea intenso, y en los momentos graves "crezcan los corazones", según decía el viejo rey de Castilla.

Así la patria implica inteligencia que colore después con su luz todas las capas populares. Ese modelo a imitarse fué creado por Grecia y Roma. Está en ese museo de la Historia, junto con otros patrones de ideal belleza, para enseñar y sugerir a los hombres las cosas nobles y bellas; las virtudes excelsas. Tan es así, que alguna de las más grandes naciones pone en sus estandartes, para decorarlos, el verso del poeta latino: "Dulce et decorum est pro patria mori".

AL MARGEN DE LA CIVILIZACION

"...la civilisation étant le resultat de la collabora-
" tion alternative de la Grece, de la Judée et de Rome."
E. RENAN.

Siempre se pertenece a una civilización; buena o mala, brillante o modesta, más o menos fina, moral y bella, pero todo país, aun los más atrasados, viven dentro de un sistema ideológico, formado por la raza en el curso de su historia. Se tienen ciertos sentimientos y emociones, un determinado ideal, un concepto de la belleza, de la bondad y de la moral, de acuerdo con esa corriente que arranca de un fondo lejano del pasado y arrastra todos los esfuerzos ancestrales para mejorar la vida y elevar las almas.

En esos sitemas todos los elementos se corresponden; una línea directriz imprime su sello a todas las manifestaciones de la vida colectiva: política, teatro, literatura, filosofía, todo parece engendrado por la misma fuerza, por una semilla única que llevara virtualmente el complicado desarrollo de una época. Por eso cambian cada tres o cuatro lustros los sistemas filosóficos, las teorías estéticas, los conceptos sobre la vida. Los nuevos hechos engendran distintas teorías, que nos dan la ilusión de lo estable y definitivo, y nos valemos de esas nuevas verdades con un meritorio entusiasmo.

Sería fácil demostrar la tesis en cualquiera de las grandes épocas históricas. El individualismo económico y social de la primera mitad del siglo XIX (supresión de los gremios industriales, libertad absoluta en la carrera de cada uno, sufragio universal) corresponde con el romanticismo artístico y con las teorías de Darwin y Spencer que sintetizan el proceso histórico en esas verdades hoy desacreditadas: la lucha por la existencia y la supervivencia del más apto. Es un crecimiento desmesurado del Yo, que todo lo absorbe, un Yo monstruoso que le hacía preguntar a Heine: "¿qué dirá la señora de Fichte ante esas pretensiones filosóficas de su esposo?"

Ahora nos hemos embarcado en plena solidaridad: Colora todo una filosofía llena de armonías, de amor y dulzura, en un régimen en gestación, que suprimirá las luchas, los antagonismos y los odios entre los hombres, exacerbando los odios,

por aquello de "similia similibus curántur". Todo se socializa, y de nuevo la humanidad emprende la carrera hacia ese milenio inasequible, que como la sombra nos persigue sin dejarnos alcanzarle.

Tomad la época de Rosas en nuestra historia argentina: una dictadura brutal y al parecer anacrónica, basada en un nacionalismo feroz, salvaje, que lleva a esos extremos en los que un exceso de afirmación compromete la misma vida. Como ideal decorativo está el desprecio de la riqueza y del lujo; un orgullo enfermizo que se apoya sobre su pobreza para sonreir con algún gesto heroico al género humano. ¡Ah!, en esa tela argentina hay más de un hilo que viene de Don Quijote! ¡Naides es más que naides! En todos los documentos oficiales, en las notas, decretos y proclamas, predomina ese tono presuntuoso, despreciativo, característico de Rosas, ese tono del que se sabe dueño de la verdad política y social. El orgullo del jefe desciende a sus súbditos. Todos taconean, tosen y sonríen, y agitan sus melenas y blanden los puñales con la seguridad de gesto del que defiende una causa santa. En el fondo se observa un curioso misticismo formado por el culto de Rosas al amor a la patria, una patria brava, sangrienta, ceñuda, algo brutal.

En esta época contemporánea, el lector reflexivo habrá observado el rasgo común, la cualidad dominadora de Taine, en todas las manifestaciones de la vida social. En política, literatura, arte, universidades, aparece una democratización creciente, avasalladora. El teatro se coloca al nivel del conventillo de extramuros; la novela florece con una fuerza extraordinaria, como las yerbas tropicales que cubren en días toda una región; la novela semanal, picaresca, sentimental, a diez céntimos el pliego, brota de todos los quioscos. Las universidades y colegios, arrastrados por una fuerza irresistible, descienden a toda prisa para tomar el nivel común. Los críticos y los autores desprecian el gusto, la mesura, la fineza de espíritu. Así como el romanticismo tiene el culto del Yo, del superhombre, de lo excelso, ahora se reza a todo lo que sea vulgar, mediocre, grosero o torpe. De ese espíritu nace el ansia desesperada del éxito, del dinero, de la celebridad, cueste lo que cueste, aunque sea de clase inferior o desastrosa. Los hombres se ponen cascabeles y salen a la calle impávidos: el problema es surgir metiendo ruido.

Ahora bien, no obstante todas las transformaciones históricas, nosotros los argentinos pertenecíamos a esa civilización nacida en el Mediterráneo, formadas por tres corrientes que vie-

nen de Atenas, Roma y Jerusalén (1). Vale decir, que en nuestra intelectualidad estaban las ideas madres filosóficas y científicas de los pensadores antiguos. Si hablábamos de justicia, de belleza, de libertad; si por algunos instantes la reflexión interior nos ponía frente a esos problemas trágicos: el origen del mundo y su destino, la naturaleza del alma, Dios; los conceptos de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno; con o sin nuestra conciencia clara, nos bañaba esa corriente de belleza e inteligencia, creada, hace muchos siglos, por los pensadores de la Grecia. De ahí venían todos los sistemas filosóficos, nuestras nociones estéticas, el deseo de ascender hacia esa claridad de espíritu a que aspiraron nuestros padres, y que es el signo más expresivo de su nobleza de alma.

Por otra parte, nuestro sentimiento de la justicia, la indignación o amargura que suscitan en un alma generosa las iniquidades sociales, nuestra moral, el espíritu de abnegación y altruísmo, vienen directamente de Jerusalén. A pesar de todos los sistemas de moral seudo-científicos, incluídos siempre en el Sermón de la Montaña, la divina máxima dicha con esa celestial dulzura y bondad, "amaos los unos a los otros", se viene repitiendo al través de los siglos, en medio de la sangre de las batallas, como la única estrella de salvación y esperanza, que alumbra en este mundo terrestre tan oscuro y tétrico. Esas narraciones bíblicas fueron el encanto y el consuelo de los hombres durante muchos siglos y continúan desempeñando la sagrada función entre los pueblos más cultos de la tierra. Hace cuarenta años se observó, con el criterio spenceriano, que todos esos eran cuentos y tonteras. Se sometieron al criterio de la pedantería de la ciencia histórica los cuentos de hadas y se resolvió que era más útil intensificar los estudios de la naturaleza para las niñas, y la instrucción cívica para los niños.

Así, Grecia, Roma y Jerusalén desaparecieron de la inteligencia y de la imaginación argentinas.

¿Cómo serán los jóvenes de 1960 si se persiste en el mismo régimen? Nuestro admirable idioma castellano se habrá convertido en un dialecto malevo, pintoresco, cínico y brutal. Toda la tradición clásica y cristiana, los deliciosos episodios bíblicos, la epopeya homérica, Salamina, Platea, Maratón; todo eso yacerá en los últimos estantes de alguna biblioteca pública. Nos habremos desarraigado por completo, realizando sin saberlo el ideal de la cultura bolchevique. Para Marx, las únicas fuerzas nobles y serias que hacen la historia, son las económi-

(1) E. RENAN. Histoire du Peuple d'Israel.

cas: el entusiasmo, el heroísmo, la fe religiosa, los ideales que arrebataran a los hombres, son simples disfraces; en el fondo están los monstruos más o menos animales, positivos, de alma cruda, los factores económicos en lucha. Tendremos como ideal de belleza el teatro de nuestros días robustecido por la grosería creciente. Y cuando se quiera mostrar al extranjero el símbolo nacional, nuestro título de orgullo, sacaremos de los pesebres a Nemrod I, campeón de Durham, o a Wéllington II, campeón de la carrera. ¿Y el campeón humano?, preguntará el historiador; ¿el escritor, el poeta, el artista argentinos? Naides es más que naides, se le contestará, con una sonrisa de cocodrilo.

Si hay algo que por su esencia no es democrático, es la cultura. La cultura presupone la desigualdad intelectual desde que su base es la "clase" de maestros y la de "alumnos". Los países más celosos de esos principios de democracia admiten el viejo régimen en su civilización. La Academia Francesa es de puro espíritu de aristocracia. En Francia se elige una reina de la belleza, la séñorita Agnés Sorel, y todos la reverencian porque es bonita. Es posible que algún feminista proteste y proclame la igualdad de las mujeres: para establecerla habrá que recurrir al vitriolo. El príncipe de los poetas era Verlaine, y lo es ahora Paul Fort. En los pueblos inteligentes, esas desigualdades resultan agradables y amables. Nosotros somos más absolutos, nuestra democracia es rígida: naides es más que naides, viene gritando desde el fondo de la Pampa y desde los años lejanos.

EL NACIONALISMO EN LA ESCUELA

"...et pour en faire tout a fait un homme il ne lui
" manquait plus qu'une âme."

H. HEINE.

"Necesitamos una educación nueva, una educación
" moral y nacional, educación que transforma íntegra-
" mente a los individuos."

FICHTE. *(Discurso a la Nación Alemana).*

Si el lector desea tener una noción clara sobre ese grave problema del nacionalismo en la escuela, lea el discurso a la nación alemana por Fichte. El gran pensador desciende en esas conferencias de las alturas metafísicas donde el aire se enrarece y a veces nos sofoca. Su estilo es claro, los temas concretos y encarados en una forma práctica. Por un tiempo el mundo deja de ser un producto del espíritu que se vuelve, después de una penosa ascensión, a su punto de partida. Las circunstancias terribles en que coloca a Prusia la batalla de Jena arrancan a todos los filósofos de esos elevados picos de donde se contempla lo absoluto, al yo y al no yo. Hay que crear una patria, y esa obra maestra tiene que ser una creación del espíritu. Por ahí la ley metafísica era buena, útil y provechosa: la patria es espíritu, es alma, es idea.

Lo que mejor aprenderemos con Fichte es una dirección metodológica, una manera de andar por entre precipicios, sin perder el rumbo y el equilibrio. La enseñanza nos vendrá "a contrariis", es decir, que la diversidad de pueblos, de antecedentes y situaciones históricas nos lleva por otros caminos pero con igual fin.

El problema para Fichte se plantea así: crear un alma nacional alemana, y dotarla de ciertas cualidades de nobleza y solidaridad que lleven al individuo en una forma casi instintiva a sacrificarse por el bien común, por un ideal que alumbre el camino de la futura historia de un pueblo. Esa esencia no existía. Goethe, Kant y el mismo Fichte, antes de Jena, tenían ideas de cosmopolitismo.

La patria estaba en el plano de los civilizados, de la cultura, de los intelectuales de todas partes. Nuestro Alberdi

bebió esas ideas en alguna lectura y las expuso en sus libros como antítesis a esa patria más estrecha del terruño, de los caudillos, de la barbarie con sangre, de su época. Napoleón despertó a cañonazos a los idealistas alemanes. Otros sucesos menos épicos nos prestan análogo servicio.

De todos los problemas políticos actuales, el de la patria es el más grave y angustioso. Por eso debe abordarse con toda energía, aun a riesgo de tropezar con prejuicios que contribuyen a nuestra decadencia. "El mal que aqueja a la patria, escribía uno de esos hombres de Estado alemanes, es el debilitamiento de los caracteres. Los historiadores no tienen valor; los poetas aislados y sin contacto con el pueblo, y por consiguiente sin acción sobre él, permanecen encerrados en su torre de marfil; los críticos no tienen amplitud de vistas e imparcialidad; la mayoría de los publicistas son de almas cobardes y viles. La Alemania es un caos de afeminamiento; la generación presente asemeja a un viejo que vuelve a la infancia..." Ante ese espectáculo coloreado por los ecos de los cañones de Jena, el sublime filósofo sube a su cátedra y comienza a decir con un entusiasmo de apóstol: "de nosotros, de nuestro trabajo depende la salvación... Todo el mal viene de nuestro egoísmo; egoísmo de los gobernados y de los gobernantes. Cada uno parecía vivir aislado; el individuo no pensó que formaba parte de una colectividad a la que debe saber sacrificar, si es necesario, su existencia y sus intereses personales..."

Uno de los beneficios de las disciplinas filosóficas, y el más importante, es el habituarnos a pensar en forma sistemática. Así, en general, se considera a la patria como un hecho aislado en la psicología del individuo o de la colectividad. Sin embargo, es evidente que forma parte de ese conjunto de sentimientos que componen la vida espiritual. Si, por hipótesis, se altera el amor filial y el régimen de la familia, porque algún germen nocivo a base de egoísmo los corrompe; si las relaciones políticas y privadas sufren a su vez una alteración; si los niños son indisciplinados, ociosos; si les falta el respeto más elemental; si cunde la anarquía intelectual y moral, la patria, que es uno de los componentes del grupo, se colocará a nivel, en el mismo tono general de los demás sentimientos.

Si la patria se transforma en las diversas épocas de la historia de un país, es porque el tono dominador del alma colectiva ha variado, y por su influencia todas las emociones, todos los sentimientos adquirieron nuevos y distintos matices característicos. Como buen filósofo, Fichte encuadraba a la

patria dentro de la vida general del pueblo. Y esa situación que traía la batalla de Jena, no era juzgada como consecuencia de la falta de patriotismo, sino como un efecto de toda una vida moral asentada sobre errores que empiezan en la escuela.

El lector habrá observado ya que en ese pensar la patria viene a ser como una flor del estado moral e intelectual sano de un país. Va en ruta paralela, pero muy atada a la situación de la familia, a la disciplina de las escuelas, al régimen de las universidades. Es solidaria con todas esas cosas; o, mejor dicho, tiene sus múltiples raíces en todos esos centros que la alimentan con sus más ricas sustancias.

Nuestros dirigentes, desde hace cuarenta años, pensaron a la patria como algo aislado, sin relación con los otros elementos del juego mental. Se creyó que bastaba enseñar la Historia Argentina, cantar el Himno Nacional muy a menudo, saludar la bandera todos los días, para formar el patriotismo. Y de ahí que todos los programas, desde la escuela primaria hasta el modesto ciclo secundario de cinco años, recibieran ese barniz nacionalista, puesto desde afuera, por ese maestro que maneja el pincel. Esos colores deben venir de adentro de las almas, como una resultante de la salud moral que desarrollan una familia y una escuela educadoras. ¿Acaso le basta al anémico pintarse la cara para crear la salud?

Así, hay que cultivar desde la escuela ciertos sentimientos que constituyen las raíces profundas y ocultas de muchas cosas, y, entre otras, de la patria. En primer lugar el sentimiento del respeto. Respetar es difícil, pero es suave y agradable, dice Goethe, en su admirable *Wilhelm Meister*, que es una especie de biblia de la cultura más seria y al mismo tiempo fina, noble e inteligente. El respeto, añade, es un sentido superior que debe agregarse a la naturaleza del hombre. Por el respeto el hombre conserva su dignidad al mismo tiempo que rinde homenaje a lo que está por encima de él, a las jerarquías morales, a los valores cívicos, intelectuales y artísticos; por el respeto se considera a los seres que la enfermedad, la desgracia o el azar coloca en un nivel inferior.

Este respeto lleva implícita la solidaridad porque es una corriente espiritual que compenetra las diversas clases sociales y las une por vínculos de una esencia más noble que la grosera economía de Carlos Marx. Era el lazo que ligaba al antiguo patrón colonial con el gaucho, o el agregado de la estancia, y con la servidumbre. Entre clase y clase, los puntos de contacto eran tan numerosos y continuos, que la gradación

se hacía en un suave plano inclinado. Esa era la robusta base moral de la vieja patria argentina del año 10. Suprimid el respeto de los gauchos a Güemes y de Güemes a los gauchos, y ese poema, que reclama aún el poeta de estrofas sonoras para cantarlo, seguramente no habría sucedido.

Esos alumnos que respetan a sus padres y maestros, que aprenden en clase a respetar lo bello, lo verdadero y lo bueno, serán muy patriotas. Bastará que se les muestre de tiempo en tiempo y con inteligencia algún símbolo de nuestra Argentina, para que sientan crecer dentro de su alma el amor de la patria. Entra en el molde de esas palabras armoniosas que oyeron recitar en el aula. Es una imagen creada con mucha sangre y muchos dolores y sacrificios, y a ella le vienen bien los elogios y hasta las oraciones, siempre que sean discretos y pensados con mesura. ¿No decora el joven a su novia y ennoblece su pasión con las bonitas estrofas que aprendió en la clase? Si se sobrepone al instinto es por esa cultura de la escuela. Lo mismo ocurre con el sentimiento patriótico. Para querer a la Francia como la quieren sus hijos hay que saber amar con los versos de Ronsard y de Musset. Todo está relacionado dentro de un sistema férreo en cada época y cada pueblo, al que imprime su rasgo común y característico la cualidad dominadora de que nos hablan Hegel y Taine.

No bastan las palabras y los discursos para incrustar en las almas esos sentimientos. Se requieren hechos que produzcan ese admirable resultado de sustituir el instinto egoísta por el movimiento altruista espontáneo. Habituad a los jóvenes a realizar el esfuerzo prescindiendo de sí mismos y de las recompensas exteriores. Que todos los días, al mismo tiempo que se canta un lied, se trabaje una hora en las escuelas en beneficio de los desgraciados de la parroquia; no para ganar el cielo o evitar el infierno, sino por la simple fuerza del deber. Ayudemos a que nazca en el fondo de las almas ese imperativo interior por ejercicios repetidos de conducta altruista. Así se prepara el terreno de la patria que reclama para fecundarse el desinterés, la generosidad, el sacrificio, "que les crezcan los corazones", decía don Alfonso el Sabio al referirse a sus caballeros.

Fichte aconsejaba a sus compatriotas el estudio de su idioma, de su historia, de su literatura y de sus leyendas tradicionales. Nosotros carecemos de una literatura; y nuestras leyendas, de un simbolismo algo pueril, se reducen a Santos Vega o el episodio de Lucía Miranda. Nuestro idioma es ajeno, es el castellano, y las tentativas para desarrollarlo, nos

dieron malas obras en el teatro, y otras cosas en otro género. Así, el consejo de Fichte nos llevaría a la barbarie. Debemos mirar ese idioma admirable y esa literatura de los Manriques y de Guillén de Castro. Ahí estarían nuestros maestros en el hablar. En resumen iríamos a injertar en el viejo tronco hispánico, para formar una rama autónoma, pero impregnada de ese gusto, de esa riqueza de tonalidades.

Habrá observado el lector que ese ceremonial, base de nuestro sistema educativo nacionalista, es algo secundario y de una eficacia relativa; un complemento de otra tarea más seria y difícil, la de formar las almas. El problema no se resuelve con fiestas, banderas, coros y desfiles. Ese color de la patria debe venir de adentro, ¡pero desde muy adentro de las almas!

EL CUIDADO DE LOS SENTIMIENTOS

"C'est dans le sentiment que gît la conscience, dès " lors la moralité. Malheur á celui á qui ces vérités ne " sont pas démontrées! Il ne connaît de la vie que les " rebuts; il ne connaît des plaisirs que la jouissance des " sens."

NAPOLEÓN.

Al lector le habrá ocurrido algunas veces eso de pensar y comprender por los sentimientos. Es decir, que su emoción se sustituye a la inteligencia, y los problemas angustiosos se aclaran como si una luz intensa lo iluminara. Si no lo recuerda, haga un examen de conciencia y no habrá perdido su tiempo.

En una época algo lejana, en la que estudiábamos mucha psicología, algún autor decía, con un aire paradojal, que pensábamos con la sensibilidad y sentíamos con el espíritu. Dios nos libre de profundizar un problema grave y que corresponde a los técnicos y jefes de gabinetes, donde se miden y dibujan las emociones y las ideas con una exactitud gráfica. Sería un bello ideal reducir a Wagner o Goethe a unas tablas llenas de números y líneas quebradas, de un aspecto de esas cosas de utensilio espiritista; impresionantes, escritas en pizarras muy negras con letras o números y líneas de una nitidez blanca o roja; de elegancia y mucho relieve. Ocurre a mënudo que cuanto más claras y fundadas las conclusiones, nos dejan en un estado de ignorancia, y con ideas más confusas que antes. Y acudimos a algún poeta o crítico literario para que nos enseñe algo, apartándose de la ciencia: hay siempre razones que la razón ignora, y son las más sabrosas.

Es que generalmente, y en la mayoría de los casos, en esa función delicada y entretenida de comprender y de pensar, la sensibilidad trabaja a la par del espíritu. De ahí el desgaste y la fatiga del sistema nervioso. A muchos nos sería imposible escribir una página con el solo espíritu. Sin una emoción, más o menos apasionada, que acompañe el acto mental, como la orquesta al canto, la inteligencia decae, y la voluntad.

Y este fenómeno observado en el campo artístico y literario no le es peculiar; se ve en todos los hombres de todos los oficios. Sólo se ejecutan bien las obras hechas con amor, dice un

refrán del proletariado. Vale decir que la acción de los sentimientos en el desarrollo de la vida es más importante que la intelectual; y que se incurrió en un grave error político al sacrificarlo todo a la instrucción científica, dejando de lado la sensibilidad de los hombres. Si no cuidáis los jardines, crecen las yerbas ordinarias, las plantas feas o nocivas, que por la grosería de sus raíces matan todo lo bueno, lo bello y lo noble que constituía el mérito, la razón de ser del parque. Si no cuidáis los sentimientos, las almas frágiles de los niños se cubren de esas sombras siniestras que proyectan los instintos, las pasiones, el egoísmo, los siete pecados capitales que viven en el fondo de todos los seres.

Spencer y sus discípulos argentinos del plan de estudios positivista, no se preocuparon mayormente de esas cosas. En algún artículo anterior mencioné la autobiografía del célebre filósofo, que es toda una revelación de un carácter fundamentalmente egoísta, frío; una inteligencia cerrada a todas las emociones bellas y nobles que idealizan la vida. De la mujer a la música y al pasar por todas las demás artes, sus ojos sólo veían unas formas chatas, vulgares, y su espíritu tenía el raro don de marchitar, por simple contacto, cualquier gota de belleza que estuviera a su alcance. Atenas, Roma, Venecia, eran hechos sin mayor interés.

Ese positivismo no era el verdadero de Augusto Comte, sembrado en todos sus capítulos de fuerzas muy puras e idealistas. Siquiera lo hubiéramos adoptado, como los brasileños al fundar su república. Comparad a esas fórmulas spencerianas con el grito de Hegel desde su cátedra: ¡Todo lo que hay de grande, de verdadero, de divino en la vida, es obra de la idea!

Ahora preguntará el lector: ¿Cómo se cuidan los sentimientos? El problema es muy grave porque comprende todo lo más interesante para la vida de un país, desde la familia, que radica sobre el amor, hasta el culto de la patria. Porque entre esos gérmenes morbosos del interior del jardín humano, los hay que atacan a ese árbol venerable que nos cubre a todos con su sombra eterna, la patria. Si se abandona el cuidado prolijo de los sentimientos y la limpieza de las almas, en la corrupción triunfante puede verse envuelta esa imagen querida. De ahí que en ciertos momentos sea necesario decir a gritos las cosas desagradables y que lastiman el amor propio nacional.

Este cuidado de los sentimientos corresponde a la cultura literaria y artística. Son los poetas y los artistas de genio los que alumbran las almas, y como una consecuencia directa de su influencia, la tonalidad general del espíritu y de la vida emo-

tiva se eleva gradualmente aun a base de leyendas o de fantasías que ponen con cara risueña a Spencer. A Ruskin, ante la tumba de San Marcos, le decían sus compatriotas intelectuales: "Todo eso es un cuento, jamás reposó aquí el cuerpo de San Marcos". "Sea, dijo el famoso apóstol de la Belleza, que Dios haya dado o no a los venecianos esas reliquias, no tiene importancia; pero les dió más alegría y paz en el supuesto tesoro, que la que nosotros encontramos en nuestras mejores realidades".

Así, desde la escuela primaria conviene cuidar la sensibilidad de los niños. Leedles los episodios bíblicos que vienen acompañando a la humanidad cristiana desde hace tantos siglos; los episodios clásicos de los orígenes del cristianismo. La Virgen encarnará en sus almas el sentimiento filial elevado a un grado sublime. El Cristo simboliza el espíritu de sacrificio, de abnegación de solidaridad humana más formidable y heroico. No hay teoría filosófica ni texto de moral seudocientífica que tenga ese vigor y esa riqueza divinos. De todas esas escenas fluyen corrientes de un idealismo extraordinario, que riegan las fuentes de sentimiento y las encauzan y ennoblecen. Así se decora el amor filial en todas sus fases. Y el cumplimiento de los deberes sagrados de padre, de esposo, de hijo, se nos presenta robustecido e idealizado por tradiciones milenarias.

Si en las escuelas secundarias se debe comenzar por la historia clásica es porque allí nace y florece en una forma maravillosa el amor de la patria. Todos esos acontecimientos magistrales de la vida de Grecia y Roma, esas batallas épicas que cantaron los primeros poetas del mundo, narradas después por los maestros de la historia, no tienen rival en ninguna época ni en ninguna literatura. Así el niño vive en la atmósfera sublime. A cada paso encuentra el modelo del carácter patricio, y la frase lapidaria, irreemplazable, que lo consagra. Los alemanes, con todo su orgullo militar, pusieron en sus banderas el verso del poeta latino, una maravillosa síntesis del sentimiento patrio: "Dulce et decorum est pro patria mori!"

Comenzará el lector más realista a comprender que éstas también son realidades de los hombres como las otras. Más interesantes porque el conocimiento de las ciencias no transforma y ennoblece el espíritu como esas fantasías bellas, suponiendo que no fueran más que eso. Nada se consigue con ilustrar al pueblo si esa parte fundamental del alma que da el tono a la vida se desorganiza, carece de un ideal firme, de un punto de mira que sea la estrella directriz de la existencia. Es preferible el viejo obrero de los gremios medioevales que mientras golpea con su martillo el yunque, canta la canción milenaria que lo

consuela, a ese que formamos en nuestras escuelas spencerianas, que sólo sabe entonar el himno del odio y que se tranquiliza con infernales visiones apocalípticas de sangre y exterminio.

Así, el lector padre de familia debe reflexionar sobre ese tema de que la inteligencia y la instrucción es sólo una parte de la cultura. Si la escuela le devuelve, por hipótesis, un erudito, que sabe un poco de todo, pero impregnado de la filosofía del arrivismo; un egoísta feroz incapaz de sentir lo bello y lo bueno, que llama tonteras y se ríe de esas cosas delicadas que formaron el alma de nuestra humanidad cristiana, y que sólo aprecia las sólidas realidades, tal vez el ejemplar le parezca monstruoso, porque encontrará que se ha deformado todo, hasta el amor filial.

DE LA HISTORIA EN LA ESCUELA

. . . les pensées, même des plus sages, ne sont guère plus que des questions bien posées.

RUSKIN.

. . . les auteurs qui n'alterent ni une date ni une généalogie, mais dénaturent les sentiments et les moeurs, qui glardent le dessin des événements et en changent la couleur, qui copient les faits et défigurent l'âme.

TAINE.

. . . je vois bien que le moine écrit la chronique, mais quant a ce que dit la chronique, j'y crois rarement.

GOETHE.

Una vez nuestro respetado amigo Lafone nos mostraba en su Museo de la Facultad de Filosofía el cuerpo momificado de una niña de veinte años. . . de los tiempos prehistóricos. Así como acurrucada, la joven parecía tener frío, o en actitud defensiva contra algún perverso ataque. Desgraciadamente no se podría decir si era bonita, o fea, menos si había muerto ignorando los dulces misterios de la vida. ¡Una momia de veinte años sugiere tantas cosas! Y el sabio arqueólogo sonreía de estos comentarios fuera de la ciencia. ¡Fuera de la ciencia! eso que constituye el encanto, la nobleza de la historia; comprender las almas; el estudio de la vida interior, de los odios, de las ambiciones, de los amores y ternuras de los hombres.

Esos problemas son muy entretenidos porque no se comprenden con la razón; se penetran por una especie de instinto que Dios regala al historiador de raza. Conservamos un manuscrito del Siglo XVII de un religioso de gran erudición y piedad, que da alguna luz sobre esa momia. Es el mismo hermano Ramón que nos sirvió de guía en un ligero estudio sobre Lucía Miranda (1). Ese libro contiene grandes verdades, porque su caligrafía, las tintas coloradas con amor, los matices de oro viejo son deliciosos y suaves. Además, está escrito en un papel de hilo muy fino, de esos que barniza y acaricia el tiempo y que defiende contra su cortejo de polilla y humedad. Al-

(1) Ver "En los jardines del convento".

gún día hablaremos con el lector, muy en secreto, de esa linda obra.

Es que la historia implica inteligencia y emoción. Por sí sola, la momia medida, ubicada, catalogada, nada significa: es como una piedra bruta; a lo más indicará una flecha y una manera de depositar los muertos. Así le diremos al lector que sin el sentimiento que dé alas al estilo, esa ciencia es de una monotonía vulgar, irresistible; y de la ciencia sólo conserva la pedantería, y un gesto, y alguna postura molieresca. Tal vez exageramos, pero sin el acompañamiento del tono emotivo el mundo es muy poco interesante, inclusive el de la historia. Si la intuición no interviene, los hechos aparecen falseados; y los héroes pierden ese lustre de la vida que constituye su más preciosa esencia. Así cuando Durkheim y sus discípulos se apoderan de uno de esos temas espirituales y delicados, a fuerza de exactitud, de intelecto puro, de método objetivo, sin amores y sin odios, los transforman de tal manera que los desconocemos; la mariposa regresa al gusano, y deja en ese pensar austero sus alas doradas y su gracia.

Así, bien entendida, la historia es una de las materias más educativas, porque mueve a la vez la inteligencia y la sensibilidad. Pero con nuestros métodos las deja en paz, y la mentalidad infantil descansa durante esa hora de clase. Es una pena, porque no sólo se pierde el tiempo sino que se les inspira a los alumnos cierta antipatía de una ciencia amable.

Desde luego, si el propósito es despertar en el alumno la actividad moral, el curso de historia debe excitar su inteligencia y su imaginación, no por una simple curiosidad, como quien descifra acertijos; pero más bien por una especie de amor, un interés apasionado de la vida de los personajes y el desarrollo de los hechos. Aquí ocurre como en las piezas de teatro: el autor debe mostrar las almas, los caracteres y la atmósfera en que se mueven con todo el relieve necesario, para que den la ilusión de la vida.

Ahora no es imposible que el lector empiece a sorprenderse, y se diga que estamos en plena paradoja. Nuestra tesis se expresa en estos términos: en la clase de historia el alumno debe convertirse en historiador, él crearía la historia; tiene que construir los personajes, los caracteres y los grandes episodios; distribuye los papeles y rehace el escenario. Convenimos en que ese plan de clase contradice toda la práctica tradicional y todos los prejuicios que ésta arrastra pesadamente.

Alguna vez el lector habrá regalado a sus hijos una caja de cubos colorados. Son como los ladrillos con los que se cons-

truye una iglesia, un castillo, un campo atrincherado, de acuerdo con un planito. Los niños pasan las horas haciendo y deshaciendo el modelo. En la playa del mar trabajan en la arena y reproducen todas las fantasías que se les ocurren. Algo análogo sucederá en una clase de historia si les entregamos los documentos en vez de los cubos o la arena del mar.

Supongamos, para aclarar las cosas, que el lector enseña historia argentina y que debe explicar en clase la Revolución de Mayo. En vez de recitar un texto o escucharlo de boca del alumno, le entrega un cuaderno con todos los documentos relacionados con esos días célebres. El discípulo los llevará a su casa para leerlos con mucha atención. Porque, además de aprender su contenido debe ordenarlos, interpretarlos, redactar con cierta lógica el desarrollo de los sucesos. Es una tarea análoga a la de los cubos de juguetería, pero más difícil. Hay que pensar sobre cada línea de cada discurso; y como consecuencia viene una cierta familiaridad con todos esos señores que actúan en el Cabildo. Poco a poco, en el alma del niño la tarea intelectual se colora con un poco de emoción. Los héroes de la escena adquieren cierto relieve, se observa cómo asoman las almas y sus pasiones al través de los papeles, y en ciertos momentos, si el joven tiene un poco de poder imaginativo, verá algo así como las sombras de Saavedra, Castelli, Leyba, Escalada, el obispo Lué y el doctor Villota. Durante ese tiempo de estudio, de reconcentrar su alma sobre ese hecho, habrá trabajado con todas sus facultades intelectuales y con su sensibilidad. La visión directa e inmediata de las cosas trae un despertar de la emoción. Y en algún instante de esas horas rápidas surgirá en su mente el acontecimiento en su forma integral, completo, visto con todas las fuerzas espirituales.

Al conversar con sus héroes, al conocerlos en detalle, y en esa manera inmediata, sin el intermediario del texto, a menudo árido o demasiado sobrio y seco, concluye el alumno por encariñarse con esas épocas pasadas y sus hombres. Así se inicia el patriotismo en el colegio, a fuerza de vivir en intimidad con el alma de la patria, que aparece en el fondo de los grandes sucesos.

Si el profesor enseña historia colonial y debe explicar los Cabildos, en vez del recitado monótono se le dan al alumno una docena de actas: tipo de organización quieta y pacífica del Cabildo; tipo de elección alterada por la intriga y las pasiones; modelo del actuar de un gobernador rabioso o de mal genio, que nos presenta a los romancescos predecesores de muchos magistrados de la historia posterior. De esa manera el estu-

diante se penetra de la esencia de un régimen constitucional en una forma muy eficaz; vió moverse a los regidores en el salón oscuro y abovedado del viejo edificio, los vió arrodillarse, poner las cédulas reales sobre sus cabezas y besarlas. Para estudiar las atribuciones del Cabildo se eligen aquellas actas en las que se votan fondos, se reglamenta el comercio, la industria y las fiestas. Y después de esos días consagrados a reconstruir el pasado muerto, el alumno sabrá su materia mejor que por cualquier libro o texto: por elaboración propia de su espíritu y de su sensibilidad. Además de conocer los Cabildos en todos sus detalles, sentirá una simpatía, una cierta ternura compasiva que se desarrolla en su alma, y mira a esos viejos institutos como algo sagrado, porque allí empieza a aletear el alma de la patria.

Nada más monótono que una batalla en el papel o el mapa. Dadle al alumno el parte del generalísimo y la correspondencia de sus subordinados y con un mapa y una corta exposición de geografía física y del terreno, dejémosle trabajar solo. Que rehaga el plan y las diversas circunstancias de la batalla; que siga las operaciones con su lápiz, y como en los otros casos, si sabe pensar y es algo romántico, poco a poco irá penetrando la belleza moral de esa guerra por la magnitud del esfuerzo que significa la victoria, o por el sacrificio heroico que impone la derrota. Amará a esos viejos guerreros porque en su fantasía vivió con ellos las emociones de los combates. Un juicio exacto, sereno y bien informado es la mejor base de un patriotismo sano y hondo.

Si el lector se detiene un poco ante este método, observará que se hicieron trabajar todas las fibras espirituales y sensibles del joven en las dos o tres semanas que se dedicaron a los grandes acontecimientos. El alumno debió razonar, combinar, hacer análisis y síntesis; y para tonificar su pensamiento se despierta la emoción que da un relieve especial a esos capítulos de la historia. No se reviven con indiferencia todos esos lustros de la vida del pasado. El alma más mediocre se siente elevada al contemplar esas reliquias de los muertos.

COMO EDUCA LA HISTORIA

L'amour, comme l'enseigne Dante, est l'animateur universel, qui circule á travers tous les signes de la nature, oû il est successivement loi mecanique, instinct, puis connaissance du bien et du mal.

MAURICE BARRÉS.

...il faut faire son oeuvre et son chemin, quand même, et regarder l'étoile.

MISTRAL

...le cosse tutte quante —Hann'ordine tra loro; e questo é forma— Che l'universo a Dio fa simigliante.

DANTE.

Al principio era la acción, dice Fausto, después de vacilar entre el verbo, el espíritu y la fuerza. Pensar es actuar, actuar es pensar, repite Goethe en *Wilhelm Meister;* y en otra página advierte: "sólo por nuestra actividad nos conocemos a nosotros mismos". Recuerda que debes vivir, es uno de sus lemas favoritos; es decir, realizar todas esas cualidades que duermen en un estado virtual en la semilla originaria. Es el deber primero en un hombre, como en un pueblo. Elevado o modesto, grande o pequeño, hay en cada ser humano, que conoce su destino, un ideal a cumplir que es la razón de su vida. Si lo abandona u olvida entra en ese grupo que fulminaba Dante: "e guarda e passa".

Cuando en estos estudios usamos la palabra "ideal" entendemos algo muy preciso y distinto; no invitamos al lector a ascender a regiones azuladas, vagas, románticas, y más o menos difusas entre la realidad y la poesía. Ideal es un concepto mejor de la vida; y por "mejor" se expresa algo más moral, más elevado, que dignifique y justifique la existencia. Así el ideal es indispensable a todo hombre, como a todo pueblo que aspira a ascender, que se mueve y no se satisface con la simple sensación presente.

Vive para un ideal el cabañero que busca durante años para crear un tipo de animal, es decir, un mejoramiento de una raza y un beneficio para la sociedad. Y cuando se emociona al re-

cibir la deseada copa de oro, es la fuerza impulsora del ideal la que reacciona dentro de su alma y le proporciona unas horas de intensa y noble felicidad. Es que entró en la línea de Goethe: hacia "lo útil a través de lo verdadero y de lo bello".

Vive para el ideal el político que lleva algunos conceptos teóricos a realizar, y que se traducirán en el mayor bienestar de su país, en una influencia saludable, en un prestigio brillante, sólidamente implantado.

Vive para el ideal el poeta o el escritor que cultivan sus cualidades y contribuyen al crecer del buen gusto, de la cultura y de la inteligencia. Viven para el ideal, aunque se concreten a distraernos con emociones delicadas y bellas, pero que perfeccionan nuestras almas y decoran la patria.

Viven para el ideal todos los que se sobreponen a la sensación o instinto pasajero y vulgar, y apuntan a fines más altos, más altruistas y generosos. Así el ideal es inseparable de toda alma sanamente organizada.

Habrá visto el lector la importancia social de ese concepto, algo despreciado, en forma risueña, por los que ignoran su contenido. A menudo se oyen lamentos sobre la apatía de las nuevas generaciones. Se extrañan ese alzarse con entusiasmo, esas corrientes frescas que van en busca de cosas bellas, de verdades generosas; esa rebelión contra lo injusto, lo malo o lo torpe, que demuestra la vida de gérmenes muy nobles en el interior de las almas. Parece que nada conmoviera a este pueblo, aparte de esas cosas gruesas que pegan en todas las sensibilidades; como si los espíritus estuvieran siempre abatidos por los problemas relacionados con el goce actual y momentáneo de la vida, es decir, con el instinto. En cuarenta años no se han producido más que dos movimientos ideológicos: la reforma del matrimonio y de la instrucción religiosos, y la ley electoral, que apasionaran al público. Las ideas sociales y políticas, las distintas corrientes literarias y artísticas, nos llegan enfriadas, y apenas emocionan a pequeños cenáculos, a gente más o menos aislada, que por alguna ley hereditaria se impone la necesidad de pensar.

Ahora bien, todas estas cosas tristes aparecen porque durante cuarenta años se descuidó la enseñanza racional de la Historia, que entre otras funciones, desempeña la muy noble de educar las almas. Nuestra vieja Argentina no era así. Tuvo su unidad moral manifestada por su voluntad firme de alcanzar ciertos ideales. Desde fines del Siglo XVIII se estremece con la noción algo vaga, confusa, lejana, un ideal remoto envuelto en sombras, vigilado por la iglesia y el rey, de su independen-

cia y de una mayor cultura. El padre Neyra, Maciel, todos los prohombres coloniales hablan con un entusiasmo ingenuo, de universidades, de ciencia, literatura y arte. En esa patria chica los recuerdos eran muy vivos y la tradición mantenia con toda solidez la sucesión histórica. Unitarios y federales, rivadavistas y decembristas, Rosas, Urquiza, van animados del mismo ideal, en su marcha trágica, angustiosa, en ese alumbramiento doloroso de la nueva patria.

Para mantener intacta y robusta esa persona moral de la patria, con una voluntad, un espíritu, un solo deseo colectivo, y que entren en la conciencia clara del país, y así sienta su unidad mental como la percibe el individuo, era indispensable que la Historia la mostrara; que en vez de perderse entre los hechos, las instituciones o las batallas; de pasar las horas contemplando fetiches, hiciera la síntesis de nuestra vida. También se sonríe ante esas síntesis y esa filosofía de nuestra historia. No dejan de tener sus razones. Para dominar con el espíritu el desarrollo de un pueblo, para poner de relieve los movimientos de su alma, para descubrir en el hervidero de los hechos las pasiones o ideas directrices, para agarrar esa secreta esencia que lo empuja y lo eleva, a pesar de todo, a realizarse, se requiere haber vivido muchos años en las alturas, de penoso acceso, de los grandes sistemas filosóficos.

"La Francia es un ser geográfico. Ese nombre tiene ante nuestros ojos una forma concreta", dice Vidal de la Blache. "Francia es una persona", escribía Michelet. Esa característica envidiable de ser una persona concreta es la prodigiosa creación de unos cuantos historiadores de genio, de artistas, de filósofos, de pensadores, es una enseñanza de la historia dirigida por hombres superiores que tuvieron la clarividencia política de ese papel educativo de esa ciencia. El propósito fundamental no debe ser enseñar en detalle el rosario de héroes y de hechos. Esta tarea es inferior, al alcance de todo el que aprendió gramática y a redactar. Tenemos que desentrañar la figura animadora de la patria, a fuerza de estudios inútiles y desinteresados. Esa imagen debe relacionarse por un análisis bien prolijo con toda la vida argentina. Hay que demostrar la unidad intrínseca de esa vida, y cómo todos los hechos, todas las ideas, todas las tendencias obedecen en el fondo a una voluntad única que preside desde sus orígenes la evolución de la patria argentina.

En la historia de las ideas sociales esa unidad de nuestra Argentina aparece a simple vista, en cuanto se echa una mirada de conjunto. Desde el P. Neyra, a mediados del Siglo

XVIII, hasta Mitre, Alberdi y López, las líneas filosóficas son análogas, y adolecen del mismo empirismo y ausencia de sistema. En una conferencia que tuvimos el honor de pronunciar desde la prestigiosa cátedra del Instituto Popular de *La Prensa* (1), demostramos el punto con muchos comprobantes. Es curioso el fenómeno, pero todos nuestros pensadores y en las distintas épocas, parecen empujados por la misma mano, como si, en la realidad concreta, pensara por ellos esa Argentina que se desarrolla con rigurosa lógica al través de su historia.

Crea el joven lector que todos los hechos de nuestra vida son como las ramas, las hojas, las flores del ceibo, la realización de las ideas, sentimientos, sueños encerrados en la semilla. Nada es arbitrario o caprichoso, todo obedece a un plan pensado de antemano, "che l'universo a Dio fa simigliante".

(1) Véase "En los jardines del convento".

UN POCO DE HISTORIA Y OTRO DE HISTORIAS...

L'utile n'a qu'une importance partielle; pour bien être maître d'une science, il faut l'étudier pour elle même.

GOETHE.

Uno de nuestros maestros, Fustel de Coulanges, dice que la historia es una ciencia difícil. Menéndez y Pelayo escribió una larga disertación sobre si es arte o ciencia. Para Taine es psicología, para otros política, factor económico; siempre ciencia. La cuestión en abstracto estará siempre por resolverse. En concreto la historia es una época o un hombre reflejado al través del temperamento de un escritor. El hombre concibe las cosas a su medida, decía el viejo Protágoras. Entre esas cosas va incluída la historia. Cada uno, autor o lector, la ve a su manera y los personajes se deforman o embellecen según la inteligencia y los sentidos que los perciben. Así, Napoleón recorrió todas las gradas de la jerarquía de los héroes, y se reviste con todos los colores, desde Lanfrey, que lo trata de bandido, más o menos, hasta Masson o el mismo Taine, que lo endiosan.

En Mitre, por ejemplo, predomina el intelecto puro, la objetividad serena de un juez que considera impasible y desde gran altura el desarrollo de los sucesos y de los hombres. La voluntad lenta, firme y tenaz, unida al equilibrio interior más perfecto, que constituyen la base de su persona, imprime su sello a la historia de San Martín y de Belgrano, a la traducción de Dante, a todo el curso de su vida pública y privada. Es el eje de su sistema interior, la cualidad dominadora, que tritura todas las ideas y percepciones para encajarlas dentro de su propio molde. Todo se sucede en su vida como dentro de un plan preconcebido con inflexible lógica, desde el principio hasta el fin, para realizar dos ideas directrices que son como las estrellas de su existencia: construir políticamente la Argentina y escribir su historia; llevarnos poco a poco a la unión moral e intelectual, es decir crear la persona, la entidad psicológica, el alma armonisa de la patria, al fundir todos los sentimientos e ideas contradictorios que angustian la vida

colectiva, dentro de algunas fórmulas de una generosidad muy amplia, que acerquen y amparen a todos los argentinos.

Por eso, desde que asume un papel importante dentro del país, es acuerdista y conciliador. Fué antirrevolucionario el 74, el 76 y el 80; y en 1890 renunció a la presidencia de la República por un ideal de concordia. Desde esa altura, a la que la acción y el estudio habían elevado su alma, las disidencias políticas eran cosas efímeras, choques de intereses, caprichos ambiciosos. ¿Qué importaba que fueran presidentes Sarmiento o Elizalde, Roca o Tejedor, Mitre, Irigoyen, Sáenz Peña, ante ese propósito de consolidar la unión moral e intelectual, la fusión de los sentimientos argentinos? La unidad y la salud del alma colectiva constituían, a su juicio, la fuente sagrada de las fuerzas morales que hacen el progreso y la felicidad de un país. Por ahí encarna una esencia pura, noble y elevada; por ahí es un héroe simbólico en la cultura nacional, y se sobrepone a todos los estadistas y pensadores argentinos. Esa dulce paz en que vivimos desde hace varios lustros, esa suavidad de las costumbres políticas, esas corrientes espirituales que por un trabajo insensible y subterráneo forman lentamente el alma argentina civilizada, vienen de las ideas y de la sensibilidad de ese hombre.

En Vicente F. López la historia es emoción, y como Carlyle, se apasiona, ve en carne y hueso a los héroes y siente los amores y los odios como si los personajes estuvieran ahí cerca, al alcance de su mano. Comparados con los maestros célebres, Mitre estaría más cerca de Guizot, y López de lord Macaulay. Para el uno, la historia es ciencia precisa; para el otro, una de las bellas artes. Así pensaron los griegos al encarnarla en una bella Musa.

La mayoría de nuestros historiadores más modernos entran en la escuela de Mitre, por sus temas, por la manera de encarar los sucesos y los hombres. Su empirismo es acentuado. Se diría que no reflexionan sobre la trabazón de los acontecimientos en el "tiempo" y en el "espacio", según la fórmula exacta del Maestro, de la que sonreían sus enemigos literarios y políticos, Cané y L. V. López en esa época feliz en la que la política y la inteligencia andaban siempre juntas. Ese "tiempo" y ese "espacio" eran síntesis que significaban esto: las cosas y los hombres deben considerarse como eslabones de una cadena que arranca en el remoto pasado, y que está fuertemente atada a todo lo que en su actualidad vive, y que contribuye a formarlos. Así, en Mitre como en Alberdi, en otra esfera, aparecen los primeros esfuerzos del pensamiento argen-

tino para sistematizarse y tomar conciencia clara de sí mismo. Desde este punto de vista ideológico merece un capítulo aparte en la historia de nuestras ideas sociales.

La línea general de casi todos nuestros escritores e historiadores es el empirismo. Las cosas son porque son, jamás devienen o se mudan por el resorte de una fuerza interior que las empuja. Permanecen firmes, estables, aisladas. El cambio vendrá, en todo caso, por causas de afuera, influencias externas, como la enfermedad contagiosa o la muerte por accidente. Pensar que la historia de cada país, como la de cada hombre, consiste en el desarrollo de un haz de cualidades encerradas en la semilla originaria, como sería la historia de la magnolia o de la vieja encina, parece una fantasía o un simple disparate. Nada que sea orgánico, sistemático, pensado o frío, atrae a esta alma argentina algo histérica, caprichosa, y que se llena con las apariencias efímeras, si son bellas y sonoras.

Seríamos injustos si omitiéramos el nombre de Groussac, con su *Liniers*, que es una joyita, y el ensayo sobre Alcorta, el primer estudio hondo de nuestra evolución constitucional Pero ese historiador está formado con una base muy sólida de la alta cultura filsófica y literaria europea, y, además, tiene talento.

Nos habíamos referido en otro párrafo a los temas favoritos, o favorecidos, por nuestra ciencia histórica. Las guerras, las biografías en forma de crónicas, las instituciones, y en época más reciente la economía política, tienen la preferencia de nuestros intelectuales. A veces se salen del método estricto para apasionarse, como los abogados, en algún pleito gordo. En general predomina una sana objetividad, y la monografía es monótona, oscura, muerta; o cuando se entra en ciertos tópicos, Rosas, Urquiza, se transforman en jueces instructores. Se comprueba cómo ocurrieron las muertes violentas de X. . . o Z. . ., y se pronuncia la sentencia, con costas. ¡Como si la misión del historiador fuera la de juzgar, o la historia un curso de moral!

La historia no juzga, reconstruye, resucita y explica el devenir de los hombres y de los sucesos. La sentencia puede venir como un apéndice, un complemento, pero no es lo esencial. La ciencia descubre los documentos, los traduce, los critica, establece su sentido correcto y gramatical, con la ayuda de esas disciplinas auxiliares de nombres pedantes y misteriosos: eurística, diplomática, etc., etc.

Generalmente las cosas se encuentran fuera de todas las reglas y de todos los métodos escolares, como ocurre con el ra-

zonamiento y la ciencia de la Lógica: Son los ladrillos que se amontonan metódicamente, clasificados, en pilas bien atadas y con rótulos, muy a menudo equivocados, al pie del escritorio donde se sienta el historiador. Sin embargo, esa tarea preparatoria es delicada y difícil, requiere la perspicacia y la prolijidad que caracterizan a un escribano de registro ante un título sospechoso. Hay arquitectos que se ocupan en dar a esos documentos su puesto en el tiempo y en el espacio, y el edificio se eleva con toda la apariencia de una cosa muerta, o como se presenta un león embalsamado en un museo. No se podrá negar que ahí están la Revolución de Mayo, Artigas, las Asambleas del año 13, el Congreso del año 26, Rivadavia, Rosas, Urquiza y Mitre. Están embalsamados, como retratos más o menos parecidos, pero es una pintura lacia. un dibujo flojo y artificioso, que por su falta de interés se acerca a la oleografía o a la dureza de los antiguos daguerreotipos. Las instituciones surgen como obras caprichosas y aisladas, sin relación con el medio, ni con el pasado, como si hubieran sido hechas, en una forma abstracta, y para un país abstracto, que vive en la mente del jurisconsulto. Las críticas son respetuosas, de un respeto místico, religioso, como si el historiador no se atreviera a contemplar su ídolo cara a cara.

Varios factores contribuyen a esa situación intelectual que analizaremos en otros artículos. En primer lugar actúa un nacionalismo falso y contraproducente. Para endiosar a los próceres se ocultan todas sus debilidades, sin pensar en que ese es el método más seguro de matarlos definitvamente; o en el caso contrario se les cubre de todas las monstruosidades imaginables. Así creamos dioses y diablos falsos que ni interesan ni asustan.

COMO SE ESCRIBE LA HISTORIA

. . .les actions des hommes d'Etat prenent quelque ordre et quelque clarté dans les écrits des philosophes qui en traitent....

A. FRANCE.

Ces horloges avaient du bien de fois sonner l'heure de la mort et de la naissance, et tout ce qu'on voyait rappelait que le passé peut s'unir au present.

GOETHE.

Algunos de nuestros lectores, jóvenes y estudiosos, desearán escribir sobre nuestra historia. A ellos dedicamos este artículo, que será un consejo, o mejor, un rápido examen lógico para orientarse en la difícil tarea. El que se propone trabajar una época para describirla suele a veces no saber cómo y por dónde se empieza, no obstante tener reunido el documental y haberlo filtrado al través de la heurística, diplomática y todas las artes de interpretar, que rebasan en reglas y métodos expuestos en forma grave, cuando no solemne.

Hay en cada país, y en cada una de sus épocas, algún elemento vivo social que predomina e imprime carácter, y explica la marcha del grupo. A su alrededor se teje la historia, se producen los conflictos, las revoluciones o las guerras. Será el Estado como en la Prusia moderna; será la religión católica, como en España; serán ensueños de libertad o de orden; alguna aspiración tradicional a realizarse, como en la Alemania e Italia contemporáneas; pero siempre se encuentra el factor que actúa y domina esa vida colectiva. Esta característica, bien determinada, tiene que ser el eje del futuro libro del joven historiador.

Para aclarar el concepto, supongamos que se trata de historia argentina. Hay algunas épocas que se cree conocer, pero a medias; y se pasa asimismo por entre espacios llenos de bruma, que no fueron despejados. Ocurre esto con todo lo que corre entre el Siglo XVI y mediados del XIX. ¿Se sabe algo del período colonial, a pesar del tiempo perdido en seguir paso a paso el descubrimiento y primera población, sin perder detalle, y con una tenaz prolijidad? Excusamos decir que ese

excesivo análisis confunde un poco el aspecto de ese período. Sobre Rosas está la obra de Saldías, en forma de crónica externa y que no profundizó ni se preocupa de las fuerzas sociales y económicas que empujan al país, ni de las relaciones necesarias de los hechos; y otros folletos y libros más o menos improvisados e igualmente superficiales. A Ramos Mejía *(Rosas y su tiempo)*, le perjudica el afán por realizar, ante todo, la belleza literaria; pero le corresponde el mérito de haberse orientado por un buen camino. Quesada, en su *Epoca de Rosas*, es sintético, por una feliz casualidad, y además es sobrio y claro; y percibió el significado de esa dictadura en nuestra evolución histórica, en una forma que parece ser definitiva. Pero se puede afirmar que el material no ha sido aún debidamente explorado, de acuerdo con la importancia del tema.

El período de Rivadavia se ha estudiado en su faz meramente política y externa. Conocemos la crónica de los sucesos, algo de chismografía, disquisiciones constitucionales, y otras sobre la reforma religiosa, que no adelantan mucho sobre lo que llegó a entender Vélez Sársfield. Pasaremos de largo sobre el período que va desde el 80 hasta nuestros días, porque no se ha escrito aún esa página de historia tan importante. Como regla general, se puede decir que falta siempre en nuestros historiadores el sentido de la continuidad de los hechos; están los eslabones de la cadena, pero no se ve el hilo que los une, ni se define la naturaleza del vínculo. Los personajes juegan un papel decisivo, como si en realidad tuvieran en sus bolsillos las fuerzas de la historia. A veces, alguna carta indiscreta, una frase pescada al vuelo, el discurso o el libro que tuvieron la debilidad de escribir, nos demuestran una cierta desproporción entre los héroes y la magnitud de la obra que se realiza en su nombre y bajo su enseña, no obstante esa indulgencia inagotable, casi paternal, ese feliz optimismo de nuestros escritores.

En su *Desarrollo constitucional* anotaba Groussac este defecto de síntesis: "sobre ser bastante inexactos, dice, los análisis que de nuestras cartas orgánicas se encuentran en las historias generales o particulares, parecen encaminarse a desvanecer, en vez de acentuar, aquella noción de continuidad que la palabra desarrollo implica". Y podría agregarse ese descuido de las causas profundas, del movimiento y trabazón de las ideas y sentimientos que mueven a un país. Ahora bien; en la historia argentina, desde sus orígenes hasta Rosas, hay dos elementos que constituyen el eje del proceso evolutivo. Es la

familia, que junto con el factor económico, de principal influencia, nos dan la clave de los sucesos.

En esa vieja sociedad argentina, tanto en el litoral como en el interior del país, el individuo en esa plenitud, como lo concebimos ahora, no existe. Está comprendido dentro de la familia, que es la célula primaria, el átomo que contribuye a formar el grupo. Piense el lector que todos esos centros grandes o pequeños, con múltiples afines, que dan un aspecto complicado y pintoresco a un pueblo moderno, no se sospecharon hasta 1810. Después del Estado, la familia era la única asociación que uniera a los hombres. Era algo así como una imagen reducida del imperio español. En ambas instituciones la base era el poder absoluto: en la una, del Rey, "vicario de Dios puesto sobre los hombres para dirigirlos en justicia y en verdad"; y en la otra, del padre, páter, sacerdote, que representa a Dios y al Rey dentro del hogar, ungido por la Iglesia, como el Rey por el óleo santo, por el sacramento del matrimonio. Y sus respectivas misiones son análogas: mantener la piedad cristiana y la severa disciplina, el respeto de Dios, del Rey y del padre de familia. El cuadro es bello, majestuoso, ordenado con arte, lleno de ideales que ennoblecían la vida, como esos interiores pintados por los artistas holandeses del Renacimiento.

En esa familia, que en otra oportunidad calificamos de familia taller, se vive de la madre tierra y del trabajo esclavo. Es la oligarquía cerrada que se apoya en los latifundios. Las dos instituciones, tan admirablemente correlacionadas, siguen su marcha armónica durante casi dos siglos. Al acercarse el año de 1810, el comercio libre, la riqueza, las nuevas ideas sociales que Jovellanos, Capmany y otros publicistas españoles bebieron en la literatura francesa, comienzan a alterar el viejo régimen familiar; los vínculos se corrompen; los niños incurren en faltas de respeto, ante el riguroso tono de esa familia, hasta pretender elegir sus novias y correr por su cuenta y por su propio impulso la aventura deliciosa de la vida. Las madres empiezan a alzarse contra un sistema de embrutecimiento metódico del espíritu y de la sensibilidad femeninas. ¡Cómo se extrañan, en estos casos, las fuentes de información literaria y artística! ¡Siquiera una novela, una comedia, algunos retratos que nos permitan penetrar esas encantadoras esfinges del Siglo XVIII! Desde este punto de vista el historiador argentino tendrá excusa si hace un poco de novela. A veces, después de recorrer numerosos expedientes, de la montaña de papeles sale

un miligramo de radio, una palabra, algún gesto que le da un poco de luz.

En *El Telégrafo* y *El Semanario* se suelen encontrar rasgos sugestivos. Oportunamente, los comentaremos con el lector. En el ínterin, y prescindiendo del método intuitivo, algo difícil, un instrumento delicado, del que sonríen nuestros historiadores, se puede estudiar seriamente esa organización de la familia y sus consecuencias de todo género. Y crea el joven estudioso que descubrirá cosas muy interesantes. No es imposible que muchos de nuestros fenómenos históricos más trascendentales provengan de sentimientos creados en esa casa-quinta patricia.

No cabe duda que ese conocimiento es mucho más entretenido y científico que la administración de los virreyes, las actas de los Cabildos, la expedición a la Colonia, la vida del señor Monteagudo, o el análisis de una intelectualidad supuesta del padre Castañeda. Por esos caminos, que apenas hemos diseñado, se penetra en las intimidades de nuestra vida argentina y se contempla la historia externa: instituciones, congresos, batallas, revueltas, anarquías más o menos espontáneas, como en el teatro la comedia o el drama vistos desde las bambalinas. Los actores políticos sufren una ligera disminución, pierden su barniz decorativo, a veces se quiebran los cartones de las máscaras, porque se ven los gruesos hilos que los mueven y los llevan de aquí para allá. Y a menudo nos sorprende la voz misteriosa del apuntador, que llega como un eco desde el fondo lejano de la historia.

II

...il n'a d'autre moyen pour connaître a peu près les actions d'autrefois, que de voir à peu près les hommes d'autrefois.

H. TAINE.

Le goût de l'histoire est le plus aristocratique des goûts; il court des dangers...

E. RENAN.

Algún lector nos pide que desarrollemos nuestra afirmación sobre la importancia de la familia en nuestra historia. El punto es tan claro y evidente que cabe en los cortos límites de este artículo.

Al acercarse la revolución de 1810, nuestra familia sufre

un cambio de grave trascendencia. Todas las ideas y sentimientos nuevos, que perturban los ánimos a principios del Siglo XIX, dejan su forma algo vaga e imprecisa, y se concretan. Son necesidades, deseos, aspiraciones sentidas con gran intensidad. Las almas son más sensibles, los padres quieren con más ternura a sus hijos y viven en cierta amistosa confianza con ellos. El antiguo "pater" solemne y duro, que mata toda la alegría expansiva del hogar, deviene más familiar y bonachón, sin llegar a ese exceso del mundo contemporáneo, que está por suprimir la autoridad paterna.

Entre marido y mujer las relaciones son más afectuosas y consideradas, porque los matrimonios se convienen en una forma más espontánea. La primera libertad conquistada dentro de la familia fué la de casarse. ¡Los nombres de esas heroínas se olvidaron! Las niñas que se alzan contra esa valla formidable de prejuicios milenarios, y entre besos, lágrimas y risas, ablandan al déspota colonial y demuelen toda una tradición. son los precursores de nuestra independencia; inician el movimiento democrático dentro del hogar, que traerá como consecuencia la democracia política.

Al afirmarse, de hecho, la dignidad de los hijos y su papel en la casa, asciende la pobre madre, y en especial aquellas que sólo trajeron al matrimonio "la decencia de su persona", como se dice con cierto énfasis muy español en los contratos de esponsales. La instrucción de la mujer y su importancia social, constituyen uno de los temas favoritos de los escritores de la época. Se adivina una inquietud, un desasosiego moral, como si las almas atravesaran un período de crisis dolorosa. Los sentimientos más principales entraron en conflicto; la dignidad de la madre, su decoro, el amor, las relaciones con los hijos. Así todas las bases de la familia se agitan en medio de un gran trastorno moral.

La Revolución de Mayo y las guerras reaccionan sobre la familia. Los hombres salen a pelear y quedan las mujeres con todas las obligaciones y responsabilidades. Y como desempeñan bien sus nuevas funciones, adquieren de hecho la importancia del cargo. La madre ocupa un lugar eminente en el hogar. Y este cambio se traducirá en las leyes que la declaran heredera del marido, con exclusión de los hermanos y demás parientes colaterales. Con razón decía Tarde que en cada artículo de un código civil está oculto un sentimiento, una aspiración, un ideal entrevisto y obtenido después de rudas luchas.

Esa reforma legislativa, las otras que reducen la autoridad

paterna y el límite de la mayor edad, implican la consagración de un nuevo estado de cosas. La familia se achica. Todas las ramas colaterales del viejo tronco quedan en una situación precaria. La esposa reemplaza a los hermanos en dignidad, importancia y jerarquía; al mismo tiempo la institución se convierte en una democracia en cuanto lo permite la naturaleza de las cosas.

Observe el lector que el movimiento interno de la familia corresponde con la forma política del Estado. El viejo régimen implicaba una familia teocrática, de gobierno absoluto, donde la mujer es una simple figura decorativa. El nuevo es una democracia religiosa y tiene por base otro tipo de familia.

Pero no es en esa familia de las clases acomodadas donde se observan las raíces de los acontecimientos históricos. Es la otra, más importante, la familia proletaria, la que actúa de una manera terrible y decisiva. Se la ve en el fondo oscuro, trágico, subterráneo, de nuestras guerras civiles. Desde fines del Siglo XVIII se observan, como nubes negras que amenazan en un horizonte lejano, los gérmenes de las futuras montoneras, engendradas en las rancherías de los suburbios de las ciudades, y en las chozas de la pampa. En sus relatos misioneros los obispos hablan de ese estado familiar grave, porque en resumen su principal tarea es la de regularizar uniones libres y bautizar. Desgraciadamente la bendición nupcial, o el agua de la pila, no cambian por sí solas la mentalidad de las gentes. Y aquellos hogares continuaban en su papel de engendrar el mal, y todos los sentimientos antisociales crecían, como los gérmenes contagiosos, en las cuevas proletarias.

Porque es en el hogar donde se forman los sentimientos que nos mantienen unidos en la vida social. El respeto de las leyes, de las jerarquías, esa facilidad que tiene el hombre civilizado para obedecer de una manera espontánea: la solidaridad, el sentido de la cooperación, todas esas cosas nobles, esa sensibilidad que reacciona ante la injusticia y el mal, todo eso viene del interior de la familia, es la obra lenta y cotidiana de la madre que poco a poco va incrustando en nuestras almas, entre abrazos y besos, esas semillas doradas.

Así, cuando cayó el poder español, las masas proletarias no tenían vínculos que las unieran; eran como los granos de arena de esas montañas de médanos que la menor brisa dispersa. Los ejércitos de la montonera estaban prontos para comenzar la diabólica tarea, sin que pudiera evitarlo ninguna fuerza humana. Sus caudillos y sus respectivas ideas y voluntades eran factores sin importancia en la evolución histórica. Por su naturaleza,

por las relaciones necesarias de las cosas, usando la definición de la ley de Montesquieu, la montonera y la guerra civil tenían que producirse. En el escenario aparecían los personajes con uniformes de generales o coroneles, y los historiadores aceptan sus apariencias de autores del drama. Son simples fantoches, como las hojas y las ramas que arrastra el huracán y muy a menudo se estrellan contra los obstáculos en forma torpe, con toda inconsciencia. Así siguen sus marchas trágicas, al azar de los vientos que soplan, en un hablar de tonteras; y repiten las frases huecas que oyeron de algún Monteagudo, de esos periodistas de estilo sonoro y período redondo, al mal gusto del tiempo, hasta que las caballerías cansadas caen a los pies de Juan Manuel de Rosas.

En alguna estadística de esas épocas se establece que el 75 por ciento de los hogares estaba constituído a base del amor libre, o algo peor, del amor que pasa. De ahí venía esa historia repugnante, esa sucesión de gauchos miserables que por poco no arrasaron la modesta civilización que nos dejara el imperio español.

III

Tout ce qui fait le lien de la vie humaine, tout ce qui a un prix pour l'homme a une nature spirituelle . . .

HEGEL.

Platon avait l'âme d'un grand poète, et Condillac l'âme d'un chirurgien anatomiste. L'âme ardente et tendre de Platon a senti des choses qui resteront à jamais invisibles à Condillac et gens de son espèce.

STENDHAL.

. . . dans un temps rapide comme le nôtre, il ne faut dire que ce qui peut servir à quelque chose.

A. DUMAS, *fils.*

Tal vez llega el momento en que nuestro bondadoso lector vea la conveniencia de precisar mejor los conceptos, y que se defina ese ideal argentino, causa eficiente del movimiento de la historia. El problema es difícil, y para presentar las cosas, como es debido, se requeriría algo más que los límites de un artículo. Así nos resignaremos a lo más esencial, sin parar en detalles muy entretenidos, pero que abundan mucho.

El lector excusará que, en una forma algo metafórica, se considere al pueblo argentino como una persona cuyo proceso mental se inicia con la fundación de Buenos Aires. Ese pue-

blo piensa y siente a través de los documentos oficiales, actas y súplicas de los Cabildos y de sus virreyes; y por medio de sus poetas y escritores, tan elementales y modestos como e quiera, pero que dejaron documentada la sensibilidad argentina.

Es un fenómeno curioso que todas las manifestaciones del pensar argentino concuerden en cada época, como si fueran la obra de un solo individuo, y que tengan cierto aspecto sistemático y cierto orden lógico. Es más interesante ver cómo las ideas se van engendrando de unas a otras en los distintos períodos, y el curso de los fenómenos apasiona al observar que forman una larga cadena, perfectamente eslabonada. He ahí un tema que recomendamos a los jóvenes estudiosos que deseen servir noblemente a su país.

Hasta 1810 nuestro ideal se concretaba en ciertos modelos económicos. Un poco más de holgura para comerciar, vender los cueros y las carnes saladas. A veces en ciertos documentos se observa el aleteo del espíritu que se esfuerza por engendrar algo de otro orden más fecundo. El P. Neyra, Maciel, Basavilbaso... con sus preocupaciones de una esfera moral e intelectual, constituyen fermentos activos que perturban las conciencias. Se habla de la física, de las ciencias naturales, de las matemáticas y de la filosofía. Son entidades nuevas, curiosas y de mucho interés. Algunos oyeron decir que esas cosas eran bellas y ennoblecen las almas. Era algo así como un mundo nuevo, original, cuya rica esencia se sospechaba por algunas lecturas de más o menos y por referencias de viajeros distinguidos. Así, había una vida superior a esa criolla, más pintoresca, más variada y confortable. De eso estaban convencidos como de un dogma religioso; ya era artículo de fe.

En las horas de la tarde las brisas idealistas cruzaban los jardines de San Francisco o Santo Domingo, y reforzadas por esos aromas mundanos, penetraban en las sacristías. ¡Qué tertulias aquellas con los padres lectores! Es una verdadera pena que alguno de esos jóvenes entusiastas, que después hicieron la revolución, no dejara algún apunte detallado de las reuniones conventuales. Puede estar seguro el lector de que no se les ocurría la independencia, ni otro ideal político que el imperio español. Tal vez alguno, más o menos contagiado por los ingleses, espiaba el momento. Sobre este tópico los archivos de Londres deben encerrar cosas muy interesantes.

Así llegaron al año 10. Y cuando suena la hora de la revolución, el reloj debió moverse en forma automática, con la vieja cuerda de más de dos siglos. No había variado su ideal:

facilidades para enriquecerse y un poco de estudio para decorar la patria con esas bonitas ideologías europeas. La familia oligárquica, suavizada por las nuevas costumbres, y ese espíritu que se introducía por las rendijas, concretaban sus fines en forma modesta. La corte virreinal satisfacía las pequeñas vanidades, que son las más importantes. Con la relativa libertad de comercio otorgada por Ceballos, debidamente ampliada, y alguna universidad, se quedaban contentos. El Estado español, dirigido con más tino, habría cumplido por cien años más su misión providencial. Al llegar el sacudimiento trágico ese Estado falla. Sus resortes no funcionaban, y los instrumentos de gobierno se le caen de entre las manos. Por la fuerza de las cosas la familia oligarca asume las responsabilidades, y empieza la dura y penosa tarea de darnos patria. Su mejor caudillo, Cornelio Saavedra, es vencido por la tendencia que lleva implícita la anarquía. Aquella idea de constituir el congreso con los diputados de los cabildos venía del riñón mismo del hogar criollo: una república moderada, conservadora y religiosa. Querían la independencia, es decir, sustituir al virrey y nada más. A la gente de Saavedra, seria, grave, conservadora, con un sello colonial, debía chocarle profundamente esa revolución social, ese trastorno de los métodos, que simbolizaba Moreno.

Así, es ese grupo, al parecer arcaico, formado por las familias oligarcas, el que servirá de contrapeso a todas las fuerzas sociales engendradas en el hogar proletario y que traen la guerra civil, el caudillaje, la anarquía y la montonera. Esa familia se consagra a elaborar, época por época, el ideal argentino, sacándolo con dolor del fondo de sus entrañas, hasta principios del Siglo XX, fecha en que concluye su misión histórica y desaparece. Pero deja un país rico, libre, civilizado, con un orden civil estable y presidido por un Estado tan poderoso que asombraba a sus mismos autores.

Ese Estado constituye el ideal de los argentinos después de 1810. Como Alemania e Italia modernas, nuestro país aspiraba a la unidad y esa unidad sólo puede encarnarse en un Estado fuerte, omnipotente, que avasallara en su marcha irresistible todas las resistencias individuales. Ese Estado lleva su ideal propio de crecimiento dentro de sí mismo, con independencia de la voluntad popular, más o menos caprichosa y efímera.

Es que en el seno de la familia oligárquica, único elemento organizado que nos deja España, actúan esas fuerzas misteriosas y subterráneas que empujan el desarrollo de un pueblo. Lo

que se llamaba masas democráticas desempeñaron el papel de espíritu que niega. Eran el símbolo del caos, de la miseria, de la ignorancia. Carecían de aquellas nociones, o más bien instintos políticos más elementales. Alguna vez, si el lector tiene paciencia, le demostraremos con cifras el estado de ese pueblo del año 10; y el papel insignificante que desempeña en el movimiento de Mayo.

La tradición, los sentimientos ancestrales, toda la carga que arrastra la corriente humana en la sucesión de los siglos, estaba en el interior del hogar airstocrático. Allí fermentaban los conceptos de cultura, de inteligencia, de paz, de justicia. Todo ese idealismo político nuestro, esa generosidad y nobleza de las leyes constitucionales; ese espíritu de libertad, de altura moral, de vida noble y digna, que caracteriza en medio de las vicisitudes históricas al alma argentina, viene de ese grupo de la corte virreinal, heredero de lo más preciado de la vieja civilización castellana.

La esencia de ese Estado nacional argentino es de una naturaleza espiritual curiosa. No obstante todos los antagonismos sociales, las contradicciones lo refuerzan, porque lo obligan a colocarse por encima de los intereses y pasiones encontrados, y a absorberlos en síntesis jurídicas muy profundas. Así realiza aquel concepto hegeliano que aclara Caird en esta forma: la vida espiritual es el proceso triunfante sobre las oposiciones más rígidas y absolutas. Al través de luchas bravas que duran medio siglo, el Estado surge siempre con más o menos vigor, a veces terrible y sangriento, otras muy lacio y flexible, hasta que se consolida en una forma definitiva en 1880; y resume en su vasto seno a federales y unitarios, provincianos y porteños; todos los antagonismos políticos o sociales.

El Estado, decía Hegel, es la sustancia social que llega a la conciencia de sí misma: reúne el principio de la familia y de la sociedad civil... Su verdad, su verdadero fin es la unión, y el individuo debe confundir su vida en la vida general. Nuestra evolución histórica confirma el pensar del gran filósofo. Y gracias al cielo, el Estado argentino es una realidad inconmovible, con raíces profundas, y que cumplirá sus destinos por su ley propia, con independencia de las voluntades más o menos efímeras que pasan.

LOS PROCERES

Ici l'historien est vraiment poête. Il faut le même génie pour ressusciter que pour créer.

H. TAINE.

Toman la verdad como insulto. No quieren que sus próceres sean hombres, sino héroes y semidioses.

ALBERDI.

El tema de este artículo es difícil y escabroso; aunque descansemos en aquella sagrada desconfianza, algo risueña, que caracteriza a los argentinos, que por desgracia no trasciende en su literatura histórica. Aquí, como en muchas cosas nuestras, el maestro es Alberdi, en esas páginas sueltas, que son superiores a las "Bases" y otros libros suyos sistemáticos. Hace mucha falta una edición de sus obras escogidas, dirigida con un criterio crítico fino, que prescinda de ese montón de hojas que tuvieron un interés transitorio, y conserve esas normas generales, tan sanas y discretas, de un excelente gusto, y que repensadas por él, resultan de un sabor muy argentino.

En el estudio de nuestros próceres tenemos un criterio apologético, más riguroso que el de los hagiógrafos. Estos escritores suelen complacerse en la descripción de todos esos demonios interiores que dominara el alma de sus santos; no omiten sus vicios, las irregularidades de los caracteres, los conflictos pasionales que sacuden y amargan sus vidas. Es un método eficaz para dar relieve a las virtudes y ponernos en un íntimo contacto con el héroe. La santidad originaria que acompaña al hombre elegido, desde la cuna y como un regalo del cielo, es poco interesante. Preferimos aquellos otros más frágiles que sufrieron mucho para ser buenos; son más humanos y están más a nuestro alcance. María de Magdala es más atrayente que Santa Clara. Sus pecados desaparecían ante los ojos de Cristo, envueltos en una aureola de intenso amor.

Los hombres, inclusive los próceres, son una mezcla de elementos contradictorios que forman la trama de nuestra vida. El mal, el espíritu que niega, el instinto que corrompe, más o menos perverso, está en el fondo de todos los caracteres. Casi siempre su influencia se detiene en la región de las ideas, en

los anteproyectos del acto insano. Pero si no se le contiene, por una sólida disciplina interior, consumará su desarrollo, y se transformará en un hecho. Entonces es indispensable un refuerzo de la vigilancia, porque un hecho es algo vivo, que lleva en sí nuevas cosas que pugnarán por entrar en acción. Así se forma poco a poco la cadena de la vida de los hombres buenos y malos.

Pero el mal forma una parte tan importante de nosotros, como el bien. Vale decir, que si sólo se conocen las cualidades nobles y buenas, el saber será incompleto, cojo, y el prócer dará una impresión de falsedad, de algo artificial, modelado sobre una fantasía, pero que no responde a lo real. Estos personajes imaginarios carecen de interés, aun en los poemas, cuando no representan algo vivo y concreto aunque más no sea la imaginación o el temperamento de un historiador de genio.

En esta misma tendencia apologética, se requiere mucha discreción y tino para que sea aceptable por el lector de buena fe. Se corre el riesgo de que asome la duda, sincera en el alumno argentino, risueña en el extranjero. Así, Julio César y Napoleón suelen aparecer en la historiografía argentina como punto de comparación. Algún distinguido escritor relacionó al primero, la perfección humana, según Momsen, con Facundo Quiroga, y el segundo cabalga a la par de San Martín. De Wáshington se abusa en todas las historias sudamericanas. Cané, refiriéndose a Goyena y Ricardo Gutiérrez, recordaba a lord Macaulay juzgando a Byron. El pecado es de alguna edad, e incurrieron espíritus muy distinguidos y finos, que han formado escuela. Excuso decir al lector que alguno de esos pecadores no eran ingenuos, y sabían a qué atenerse sobre el fondo de las cosas.

Era la influencia del medio. De grado o por fuerza habrá que someterse al patrón ideológico nacional. Sin embargo, el fenómeno constituye un síntoma de incultura social que exige esta forma de escribir la historia, y que se irrita con el modesto historiador que dice la verdad, muy atenuada. Alberdi, que era de otra escuela, pasó su vida en el destierro, en un purgatorio, en castigo de sus aficiones políticas y literarias, que desentonan en el ambiente nacional.

Sin embargo, si nuestros próceres no interesan a las nuevas generacionese, es por culpa de nuestra ciencia histórica. A fuerza de perfeccionar el dibujo, la humanidad desaparece del retrato. A medida que el elogio se intensifica el santo se esfuma, y poco a poco es sustituído por una figura convencional, que cabe muy bien dentro del género de la oleografía, o de las

bellezas de panorama que decoran las paredes de los restaurantes de segunda clase. El lector los habrá observado más de una vez, en actitudes famosas con las banderas, en posturas teatrales, como discursos de ceremonia.

Alguna vez, uno de nuestros historiadores publicó algo referente a la vida privada de un prócer. El acto le fué reprochado en forma cruel. ¡Un héroe nacional desgraciado en su hogar, mezclado en graves intrigas de comedia, que afectan su persona inmaculada! Era el pecado de sacrilegio. Desde luego, se afirmó que semejantes detalles no pertenecen a la historia. Otra prueba de incultura. Tan pertenecen esos hechos a la historia que constituyen la clave que nos permite descifrar las almas y penetrar en su intimidad. Y más de una vez el caso de la nariz de Cleopatra se ha realizado. En este nuestro, ¿quién sabe hasta dónde la amargura del desengaño sentimental no influyó en su alejamiento del país? ¿Acaso ese detalle no colora su vida en el destierro con cierta emoción que lo hace más interesante?

Un historiador argentino habría suprimido en una vida de Enrique IV su correspondencia con Gabriela. Aquella carta escrita la víspera de la batalla de Yorí: "Ya está escrito quién será el vencido, pero puedes estar segura que no volveré vivo y que mis dos últimos pensamientos serán el primero para Dios, y el otro para ti", no habría sido considerada por un historiador serio argentino. A su juicio empequeñece al prócer, lo saca de su pedestal, de una esfera en la que sólo se tratan asuntos graves, para mostrar la faz débil, el lado romántico o mujeriego. No obstante su apariencia amable y frívola, ese detalle nos permite comprender la naturaleza de la sensibilidad del famoso monarca.

Los próceres se ven mejor, como con cristal de aumento, en esos pequeños hechos. Es en la vida diaria donde se manifiesta clara la realidad de un alma. Por ahí se les conoce, se traba, al través de los siglos, una amistad íntima, se penetra en el interior espiritual. Y se les quiere o se les odia, según fueron, pero no nos dejan en esa indiferencia glacial: la monotonía de nuestros prohombres que desfilan en los capítulos de la historia como fantoches, con gestos convencionales.

Si Rosas nos interesa tanto es porque, llevados por motivos especiales, siguieron otro método de estudio. Se le observa desde niño. El nacer y desarrollo de sus sentimientos en el interior del hogar, todos sus defectos y cualidades se puntualizan, en la luz plena, sin reservas ni disimulos. Fué analizado como hijo, como esposo y padre, en todas las relaciones de familia.

Se estudió su medio ambiente, los amigos, la parentela; las ideas políticas y sociales que lo dominaron. Se anotaron sus métodos de administrar sus negocios privados, sus tratos con los peones, su concepto de la industria ganadera, sus libros de cuentas; sus modales, su galantería, sus aventuras, su risa, su buen humor; sus enojos terribles, sus gustos. Sin quererlo juntaban un material precioso, que aun no fué explotado. Y el resultado fué contraproducente. Es el prócer más conocido, más familiar, más en contacto con todas las generaciones que vienen, y el que más curiosidad despierta. Mientras los otros residen en santuarios, en un decorado misterioso, ocultos entre las nubes de homenajes que los envuelven y no los dejan ver, Rosas vive, vive mano a mano, en confianza con todos los que se acercan a su época. Nos reímos de sus gracias un poco burdas. Entre las mazamorras y sus bufones trae a veces el recuerdo de Falstaf, un Falstaf hombre de estado, en el sillón de Enrique IV: "Un hombre de bella presencia, corpulento, de mirada graciosa y actitud noble y jovial", dice Falstaf describiéndose a sí mismo (1).

En general a los hombres les agrada encontrar en el prócer la cuerda que desafina y los trae por algún lado al redil común. Admiramos la gloria de Austerlitz, pero el cuadro se completa con la gracia y la coquetería de Josefina y la indiferencia tan torpe de María Luisa. Todo ese conjunto de cosas menudas constituye la esencia de la historia, porque nos permiten penetrar en el interior de las almas. Por ahí el novelista y el historiador se dan la mano. Ambos crean la vida. Así, con razón decía Foustel de Coulanges que la historia era una ciencia muy difícil.

---

(1) Ver Shakespeare, **Enrique IV**.

A TRAVES DE LAS NUBES: UN POQUITO DE FILOSOFIA

...chaque homme a sa philosophie, comme sa poetique, comme son amour...

Mme. DE STAEL.

...il faudrait lui montrer les cinq ou six grandes idées que nous avons sur l'esprit et le monde. Cela seul lui donnerait la mesure de notre intelligence.

H. TAINE.

En algún otro artículo anunciamos esta rápida entrada por la tierra de las abstracciones. Trataremos de que sea suave y ligera. Es seguro que el lector argentino, de esos criollos de fundamento, se vuelve risueño, y tal vez nos preguntaría con sorna, ante el título de este estudio, ¿para qué sirve? Y un tono algo despectivo, subrayará sus palabras.

Desde luego sirve esa filosofía para ordenar la vida moral de un pueblo o de un hombre. Es cierto que colora las cosas, y a veces su visión las deforma; pero aún en estas hipótesis raras, sus luces embellecen, acentúan, ponen un relieve en todas las líneas que las hacen más interesantes y vivas, como en los claroscuros de Rembrandt. Se diría que al contacto del espíritu el Universo se conmueve y se agita, y todas las apariencias se transforman y muestran otro aspecto distinto; alguna relación inapercibida; un conjunto que se crea y se presenta lleno de vida, por alguna idea nueva, fecunda, que yacía enterrada entre los hechos, y que sale a la luz y penetra en la conciencia y la alumbra. Así puede el lector, decididamente contrario a estas abstracciones, poner de lado a Schopenhauer, pero hay una huella en su espíritu que viene de ahí; y cuando escuche a Parsifal o Tristán en el teatro recuerde que mucho de esa alma sublime está entre las páginas del *Mundo como representación y como Voluntad.*

Algún crítico decía que un sistema filosófico era como un poema, una visión del Universo; el mundo que se refleja a través del temperamento de Hegel o de Nietzsche. Así los filósofos serían grandes poetas, pero con una inteligencia más amplia y robusta. Debemos confesar que algunos de esos espíritus, los más interesantes, nos dejan esa impresión estética de los poetas y de los músicos. Hay momentos en la obra de Kant o Hegel en los que la fuerza emotiva de la idea es tan

intensa que rivaliza con el arte. Cuando después de una honda reflexión sobre la ética Kant nos dice: "hay dos cosas que llenan el alma de un respeto creciente, el cielo estrellado sobre nosotros y la ley moral en el interior del alma", está en la misma región que Wagner al escribir los coros de Parsifal. "La juventud, dice Hegel, es ese tiempo feliz de la vida en el que se puede alcanzar el reino de la verdad, que la filosofía habita. Y todo lo que hay de grande, verdadero y divino en la vida, es obra de la Idea". Hay que leer estas cosas a media noche, en el silencio profundo, envueltos en la oscuridad, para percibir su música interior; la suavidad de misterio que traen dentro de sí esos conceptos.

Decíamos que sirve para ordenar nuestra vida y que nos enseña a pensar. Si el lector hace su examen de conciencia, observará que a su alma la forma una serie de percepciones acompañadas de un canto emotivo, que le da algo así como su tonalidad general. Para mantener unida esa muchedumbre y que no se disperse y lo conduzca a la incoherencia, es necesaria una filosofía, un lazo de unión y un elemento director. Buena o mala, ordinaria o distinguida, grosera o idealista, o del simple buen sentido, casi todos los hombres construyen su sistema antes de los veinticinco años y con él marchan a través de la vida. Es por eso que es exacto y profundo el párrafo de Taine que nos sirve de epígrafe. Esas ideas generales son la esencia del alma de un pueblo o de un hombre. Si son mediocres u ordinarias quiere decir que corresponden a espíritus inferiores, individuales o colectivos. Por dos o tres de esos conceptos es que viven todavía Atenas, Roma y Jerusalén. Es la sustancia noble que da interés a la vida y coloca en el cuadro de honor los pueblos cuya historia merece recordarse.

Para un pueblo, una filosofía, es decir, la conciencia de sí mismo, de la continuidad de su vida moral, de su papel en la historia, es algo indispensable. Mientras no la tenga caminará un poco sin rumbo, a ciegas; y en estas incertidumbres se pierden fuerzas muy preciosas. Y puede malograrse su influencia política y descender a ese nivel de los países sin mayor importancia y que se reemplazan el día en que se siembran de trigo nuevas llanuras. Ese papel de panadero y carnicero de la Europa no es suficientemente bello como para halagar el orgullo patrio y darnos una hidalguía estimable. Los griegos producían uvas, higos, aceitunas y una miel muy delicada. Pero no fué por ahí que conquistaron el aprecio de los hombres. Así, y sin quererlo, volvemos a Hegel. En la vida de un pueblo, lo bello, lo divino, lo grande, es obra de la Idea.

Nuestros próceres no fueron pensadores. Apenas, y de vez

en cuando, Alberdi y Echeverría tuvieron la sensación de este vacío del alma argentina y se esforzaron por traer a ese camino a los jóvenes. Echeverría concretó una especie de método para el estudio de nuestra alma nacional que revela un espíritu culto y fino, y con la inteligencia de la materia. A falta de otras fuentes de información aconseja la literatura periodística como campo de búsqueda de datos para conocer el grado de cultura de cada época. Ahí se encuentran todas las ideas dominantes expresadas en la forma que les daba el público, con todas las alteraciones que produce el medio social.

El joven historiador puede seguir en esa prensa el movimiento ideológico de su país, y completarlo con los debates parlamentarios. Con ese material le será fácil hacer la síntesis y enseñarnos cuáles son las características de la persona moral de la Argentina. Desde ya le podemos adelantar un dato desconsolador: la Argentina es empírica, de un empirismo feroz. El mismo Echeverría, y eso que era poeta, aconseja "no salir del terreno práctico, no perderse en abstracciones". Nos gustan las ideas generales cuando se traducen en algo concreto: ferrocarriles, policlínicos, laboratorios. Como el héroe de Dickens queremos hechos, y hechos que hagan más confortable la vida de los sentidos. Por eso la Facultad de Filosofía y Letras es la cenicienta de la Universidad. Sus productos, de una naturaleza especial, actúan a la sordina, por un esparcimiento de ciertas nobles esencias, muy finas y sensibles; son flores de invernáculo que decoran un país y visten a los dueños con un aire de gente distinguido. Sus efectos se notarán, dentro de algunos años, en el interior de las almas. Un cierto amor de lo bello, de lo noble y de lo bueno; un gusto que se mejora, y coloque en su lugar muchas cosas que hoy se aprecian; una cierta inquietud espiritual, el deseo de realizar en nuestra Argentina esas obras de inteligencia que le traigan el respeto de los pueblos por el genio de sus artistas, por la elegancia de sus escritores, por la luz de sus doctrinas filosóficas... ¡Estamos en pleno ensueño! Tal vez dentro de cincuenta años empiecen a brotar en este suelo esas plantas de privilegio que constituyen una civilización seria. Todos los grandes deltas fueron cuna de culturas escogidas. Así, no es imposible que el bello ideal se realice

Habrá que trabajar mucho. Rehacer desde sus cimientos la instrucción pública. Volver, a imitación de la Europa actual, a los estudios clásicos, al trabajo científico y literario que va por encima de los intereses momentáneos. Debemos crear nuestra Filosofía Argentina; que aparezca nuestro ideal propio de la Verdad, de la Justicia y de la Belleza.

EN PLENA METAFISICA

Si je ne crois pas en Dieu, il faut que je crois en moi, et, me connaissant comme je me connais, j'aime mieux croire en Dieu.

A. DUMAS, fils.

. . . L'homme y passe a travers des forêts des simboles...

BAUDELAIRE. . .

Pensez-vous que Dieu fit l'Univers pour le laisser tourner autour de son doigt?

GOETHE.

Aunque al lector no le parezca, la metafísica anda siempre un poco por el aire que respiramos, y sus gérmenes, buenos o malos, se introducen en nuestra inteligencia y a veces la perturban. Así, se hace filosofía sin darse cuenta, de una manera inconsciente. Y mâs de una vez en el discurso político aparece una luz, que viene de muy alto, y sin culpa del orador, y el público la absorbe maquinalmente.

En todas las revoluciones hay un fondo de metafísica, más o menos bien digerida. El Ser Supremo y la infalible Razón de Robespierre, venían de los enciclopedistas y de Rousseau. La lucha de clases, el grito del tenebroso Marx: ¡proletarios de todos los países, uníos!, la fatalidad inexorable de un régimen social nuevo, tienen sus orígenes remotos en Hegel. El Estado, como encarnación absoluta y final de la vida, está también en esa metafísica. Se pensaron esas cosas a principios del Siglo XIX, en el gabinete de estudio de un profesor bonachón, amable y risueño, muy amigo de la vida social, siempre que no se hablara de cosas serias, sino de chismes, de mujeres honestas o alegres, de asuntos entretenidos. Es claro que el admirable filósofo no se imaginó la clase de substancias que podrían sacar de sus doctrinas dos o tres fanáticos, de espíritu perverso y mediocre.

Así como la metafísica adaptada a la política por Robespierre, es de una vulgaridad pueril, la de su émulo Lenin es más inferior. A algún repórter le decía el famoso agitador ruso que él se guiaba por el aforismo hegeliano: todo lo real es racional

y lo racional, real. Pero lo interpreta al revés, como lo habría entendido el portero de un comité comunista. Es decir que todas las fantasías que razona en su mente de místico son reales, prácticas, adaptadas a la vida. Jamás se le ocurrió semejante inepcia a Hegel. Así como Robespierre confiaba en las aptitudes milagrosas de su club de descamisados, para resolver los problemas políticos, este otro habla del "esfuerzo creador colectivo capaz de encauzar y dirigir por sí solo la vida económica de un país. Se ha visto a qué horrores lleva ese místico "esfuerzo creador", que sería de una filosofía de chacota si no viniera envuelta en un desastre pavoroso. Y ahora piensa en electrizar toda Rusia, por aquello de que lo real es racional y lo racional, real.

Observará el lector que la metafísica es algo muy concreto y que desciende, más a menudo de lo que se cree, para mezclarse en la vida de los hombres. Hace treinta años Herbert Spencer ejerció una influencia funesta en nuestra instrucción pública y en nuestra política. Aquella teoría sobre la ineptitud del Estado para administrar, fué la base de esas leyes que entregaban los servicios públicos a empresas particulares. Eran épocas pueriles, pero deliciosas. Todo era científico, sometido a métodos solemnes, y los hombres adoptaban ciertas actitudes graves y de una seriedad molieresca. El derecho, sobre todo el político y el penal, eran ciencias con mayúscula. El crimen se diagnosticaba en el laboratorio, como la albuminuria o la diabetes. ¡Las cuestiones constitucionales! . . . aquí la verdad se escribía en letras primorosas, como en los manuscritos iluminados de la Edad Media. Ahora todas esas ilusiones duermen en paz. A veces algún retardado se despierta dando golpes de platillo. Lo espera siempre algún sociólogo, dueño de la nueva verdad, más entretenida y concreta que las otras, pero en el fondo igualmente vana.

No siempre la metafísica ocasiona estos desastres. Cuando Fichte pronunciaba sus discursos a la nación alemana, eran oídos por ministros de Estado como Savigny, Stein, Humbolt, y su metafísica llevaba implícito el imperio germánico. Esa admirable política de Hegel, que desarrolla un ideal del Estado que encarna todas las fuerzas y el espíritu de un pueblo, contribuyó al progreso de una cultura prodigiosa. Es evidente que el sublime filósofo no pudo pensar que todo su idealismo trascendental pudiera terminar en un soviet, en la dictadura de los miserables y en los misteriosos "esfuerzos creadores colectivos" que van a saldar todos los conflictos. Es la misma retórica de Robespierre, ampulosa, hueca, dogmática y con la seguridad

que tienen en su pensar todos estos hombres que viven en lo absurdo. Es curioso cómo se repite la historia y las mismas tragedias, igualmente vanas, vuelven a representarse.

De los países sudamericanos uno de los organizados con mejor inteligencia es el Brasil. Ahora bien, los brasileños adoptaron las ideas de Augusto Comte, y al amoldarlas a su manera de ser, han creado un país de una civilización consciente. Tienen sus caminos trazados para resolver todos los problemas desde la escuela hasta la familia. Al escribir en sus banderas el lema positivista "orden y progreso" incorporaban a su escudo una síntesis filosófica. Daban una prueba de alta cultura, de refinamiento intelectual, de fe en el poder de un sistema.

Si la metafísica no se cuida en la enseñanza, ocurre que los alumnos recogen la ración indispensable, para la vida intelectual, de los aventureros de la filosofía.

En cabezas huecas, los grupos *Claridad* y la literatura de Barbusse causan estragos, como la escuela naturalista y el materialismo de Haekel y Büchner, hace cuarenta años. A los veinte años teníamos en nuestras manos la solución de todos los problemas. El mundo había cedido ante el empuje de Spencer, y no se encontraban misterios, ni a precio de oro, salvo alguno que el maestro expresamente dejara. Ahora tenemos el nuevo profeta Marx. El famoso escritor Wells, de vuelta de Rusia, dice que no desespera de poder afeitarlo, antes de morirse. Después de Hegel, la barba salvaje es lo más original del pensamiento de ese hombre tenebroso, el ángel del odio.

Es increíble cómo se deforman al pasar por esa barba los conceptos más nobles y profundos de la filosofía alemana. Aquí, en nuestro mundo universitario, desprovisto de criterio metafísico, sus fantasías oscuras, lóbregas, escritas en un idioma obtuso, tienen su influencia. Estos venenos sólo se combaten aclarando las conciencias. En ningún pueblo civilizado se desarrolla el comunismo. Así, para mostrar la incurable mediocridad de Marx, enseñemos la verdadera filosofía de Hegel.

Habrá visto el lector que la metafísica es seria, grave, que puede afectar su tranquilidad. Ya que se ha suprimido a Dios de la escuela, que constituye una metafísica, debemos sustituirlo con algo equivalente. Es peligroso tener esos tronos vacantes.

LA DIRECCION DE LA VIDA

. . .nous ne savons ni découvrir ni utiliser ce que la nature a voulu faire de nous, ce qu'elle a mis en nous de plus excellent.

GOETHE.

. . .ce sont là, en quelque sorte, les notes les plus profondes et les plus sourdes du concert de la nature.

SCHOPENHAUER.

Florence était encore dans la gloire. La philosophie était étudiée en même temps que les arts utiles et comme une partie intégrante de ceux-ci.

RUSKIN.

Algunas veces, en tiempos muy próximos, integramos tribunales de exámenes de ingreso. Se sacaba la impresión de que, sometidos esos jóvenes bachilleres a un ligero examen de moral, se habría reprobado un 80 por ciento. No es que ignoraran la fealdad y vileza de la mentira y los demás mandamientos, pero apenas conocían los enunciados. Los oyeron en sus casas, o recitados en la escuela con la misma monotonía que se pone en los tiempos del verbo; o tal vez algún profesor de colegio nacional bordó su discursito de circunstancias sobre esos temas. Mejor papel se asigna a la moral cívica por sus relaciones con el derecho político. En resumen; todas estas disciplinas que se refieren a Dios, al alma, a lo verdadero, lo bello y lo bueno, se toleran con un desgano visible; y el deber mezclado con cosas efímeras y vanas, puesto al nivel de las leyes electorales y de otros elementos jurídicos, sale un poco vulgarizado y maltrecho; pierde su poesía y su idealismo, ese elemento sublime que coloca a la moral en la línea épica de las almas.

El problema es grave, porque guiados por Spencer y alguna curiosa teoría de la libertad de conciencia, suprimimos la enseñanza religiosa. La corriente venía de Francia, donde la lucha política se combina con la religión en una forma tan cerrada que no se pueden separar. Nosotros nos embarcamos con el alma liviana en la tendencia revolucionaria, en una forma artificial, porque en el fondo no había perjuicio grave en rellenar

los deliciosos episodios del viejo y del nuevo Testamentos con las máximas morales. Por más ingenio que tenga el profesor, su palabra no puede rivalizar con la de Cristo o de San Pablo. Y Moisés dicta un curso más pintoresco, una moral más majestuosa desde la montaña sagrada, que el mejor de nuestros profesores normales.

En Francia se suprimió la moral religiosa, pero fué sustituída por otra equivalente, la de Kant, enseñada con verdadero entusiasmo por profesores eximios como Burdeau, Lachelier y Boutroux. Se pensó, como Mme. de Stael, que todo lo que achica o deprime nuestras facultades envilece el espíritu: si el cielo, dice, hubiera acordado al hombre mayor genio, tendría más virtudes. León Daudet, católico y monarquista, describe esa enseñanza laica en estas preciosas líneas: Burdeau poseía a la perfección el vocabulario filosófico alemán. Muchos de sus alumnos hablaban el alemán corrientemente, porque se había decidido que una de las condiciones de la "revancha" era practicar a fondo el idioma del enemigo . . . Es difícil expresar el encanto profundo, la atracción de dificultad vencida que tenían esos jercicios sobre la filosofía de Kant. Nos parecía que el mundo exterior, reduciéndose sobre el plano de nuestra conciencia, tomaba un significado nuevo, y que caminaríamos de descubrimiento en descubrimiento. Nos explorábamos en todos nuestros rincones, como si nuestras almas fueran tierras desconocidas, rodeadas de paisajes maravillosos. Jamás en el curso de mi existencia he vuelto a encontrar esa magia, esa embriaguez, esa euforia, comparable solamente a la del opio, cuando desaparece el dolor; como una diosa resentida, arrastrando un murmullo de seda. "En mi tiempo, decía Alfonso Daudet, la formación intelectual se hacía por medio de la retórica, suplantada ahora por la clase de filosofía". Sería el caso de preguntarnos: ¿con qué se hace la formación intelectual argentina?

Así, en todos los regímenes políticos, y en todos los países civilizados, la enseñanza de la moral ocupa un lugar de predilección; y no se limita al simple enunciado y frío comentario de las reglas conocidas, o a leer de prisa un manual cualquiera. No; se trata de materias que se muerden con lentitud porque no basta recordarlas; hay que tomar el sabor, impregnarse poco a poco de la delicada sustancia, de tal manera que no escape una sola fibra de toda nuestra alma. Enseñad la moral religiosa, o la de Kant, o la de Santo Tomás, pero se debe enseñar alguna muy a fondo.

En la gran guerra se pusieron de relieve estas cosas y ambas morales salieron triunfantes, en un abrazo fraternal, porque

en esas alturas heroicas se borran todas las pequeñas y efímeras disidencias. El sacerdote oficial, después de marcar el alza de su batería, dispensaba la absolución y el último consuelo al soldado herido. El cuadro era bello. No se imaginó jamás una escena más sublime, un contraste más intenso. En medio de los horrores de la batalla, la mano que bendice toma un color de epopeya, se agranda, se diría que en esos instantes toca a una divinidad invisible oculta entre el humo de los proyectiles; como si rebasaran esos sentimientos que iluminan la muerte. Ahí cerca, otro oficial espera su hora, sin pensar en un cielo que entreabra sus puertas para calmar una última angustia. Tiene en su interior las lecciones de Burdeau, Lachelier o Boutrour, la ley del imperativo kantiano, la noción del deber que templa las almas y les da el vigor y la resistencia del acero. Ambos recibieron una enseñanza intensiva de la moral. Y al leer esas relaciones uno se explica el entusiasmo del filósofo estoico. Alguna vez, en el silencio de su pensar, concentrado en sí mismo, vió en el fondo de su alma la imagen del imperativo categórico, la idea sagrada del deber. Y era tan sublime y luminosa, decía, como el cielo estrellado de una noche serena.

Para "vivir su vida", como se dice en la nueva retórica, para desarrollar su idea oculta, diremos con más modestia, se requiere un plan trazado desde la juventud, con todas sus ilusiones, esperanzas y sabrosos optimismos. Es el dibujo que precede al modelado de la estatua. Aquí la materia prima es preciosa, nada menos que el espíritu, lo más noble en el hombre. Es una materia dócil si se la gobierna a tiempo, blanda, que recibe con facilidad las impresiones. La escuela nos da los elementos necesarios para crear el tipo a realizarse en el curso de la existencia. Afina las facultades y los sentimientos. Nos dice cómo se piensa en el Universo y se percibe en su realidad fugitiva y efímera; nos enseña a reconcentrarnos en nosotros mismos con la filosofía. La moral nos da las direcciones generales, y al trazar los caminos limpios nos sostiene en el peregrinar de la vida. Cuando llegan los momentos graves, los conflictos de las pasiones, el arranque impetuoso de los instintos, los mejores vacilan, la voluntad se oscurece y el errar es fácil si falta la tonalidad del alma. Son esas las notas profundas que acompañan a la sordina el concierto de la vida interior; que dominan las disonancias y sumergen en esa armonía prodigiosa de los imperativos categóricos las voces que desentonan.

Si esta enseñanza se completa con la cultura estética, el plan de vida será honesto, socialmente sano y además elegante. Se buscará la armonía de las líneas y de los colores;

huiremos como de la peste de todo lo que es feo, ordinario y grosero, aunque sea indiferente desde el punto de vista moral. Se pondrá un exceso de cuidado para evitar esas faltas de gusto y de mesura que envilecen al modelo.

Si el lector lo desea, puede sacar alguna consecuencia grave de este artículo. Si no enseñamos moral religiosa, y si la moral científica se trata con ese desparpajo que usamos respecto de todo lo que sea especulación intelectual, ¿qué clase de hombres formarán nuestros colegios? La respuesta es desagradable porque dicha con toda crudeza significa que no nos aflige preparar generaciones de amorales. Es exacto que la familia contrapesa el criminal descuido. Pero su acción es de una eficacia relativa. Es una prédica sentimental que se realza de una manera algo inconsciente. Es el calor del hogar que nos envuelve en una atmósfera muy sana, y contribuye a que se desarrollen las virtudes morales. Se requiere algo más; sobre todo para esos hombres destinados a dirigir la sociedad; algo más preciso, más sistemático, adquirido con penoso esfuerzo espiritual, para que esos conceptos entren muy adentro de nuestro ser, y allá, desde el fondo del alma, aclaren nuestra conciencia y toda la vida interior. Hemos jugado a la vida, sin propósitos, en un vagabundear optimista y risueño. Debemos construir nuestra felicidad de una manera más seria y sólida, como el artista que modela su ideal. Todos tenemos la aptitud, dice Goethe, pero debemos profundizarla ejercitándola.

I

COMO PENSARON LOS ARGENTINOS

Tout Homme, dans cette chétive forme qui est la sienne, contient tout un Rayaume spirituel, un reflet du Tout.

CARLYLE.

Tout influe sur nous, et nous changeons sans cesse avec ce qui nous environne.

MAINE DE BIRAN.

Le "nil admirari" n'est pas une marque d'intelligence. La pomme qui tombe parait chose tout simple au commun des hommes, elle ne le semble pas á Newton.

SAINT-BEUVE.

Que hay un pensamiento y una sensibilidad colectiva, es algo indudable; y que se agita y se mueve y tiene una vida íntima, sin perjuicio de las variaciones de su calidad. En ciertas épocas el pensar de un pueblo decae, se vulgariza, es inferior y sin interés, como en la España del Siglo XVIII y una buena parte del XIX. Así se puede trazar la curva del movimiento de la inteligencia popular, que se refleja en los escritores y filósofos. Algo parecido ocurre con la vida emotiva. En el siglo de oro español, las pasiones eran fuertes, el amor brioso y romántico, los sentimientos heroicos. No se habría podido escribir *El alcalde de Zalamea* y los dramas de amor y celos de Calderón en los tiempos de Carlos III o de Carlos IV. A la vida moral de esa época corresponde mejor la insignificancia de Moratín, tan escaso de temperamento como de espíritu, o el sentir de los cholos de don Ramón de la Cruz. En el Siglo XVIII, no se amaba con esa energía, esa briosa primavera de los años imperiales.

¡Ah! ¡Si quisieres amar!
¡Si dieses como las otras
zagalas en dar favores
a sus firmes amadores!

El idioma de los tiempos de gloria es siempre más acerado, más expresivo y más intenso que el otro de las épocas lacias y de flojera moral. Así el estado del alma colectiva influye en el poeta o en el filósofo.

Se puede afirmar que un artista o un escritor se forma respondiendo a una necesidad ideal muy sentida por su pueblo, y que tenderá a satisfacerla. Si no hemos tenido un poeta es porque en el alma argentina no apareció aún esa deliciosa urgencia de cantar. Algunas estrofas, como las de Obligado, esperan tranquilas el momento favorable para crear alas y volar entre las almas de veinte años.

Con el pensamiento ocurre algo parecido. El filósofo no podrá nacer en un país que no lo extraña, y que lleva su vida sin preocuparse de los problemas misteriosos que angustian e inquietan a los hombres. Esa indiferencia, convertida en algo normal, es un signo de inferioridad del que debemos prevenirnos. ¿Será una resultante de la mezcla de razas? Gobineau ha disertado en dos volúmenes sobre este tópico, pero le confesaremos al lector que, no obstante su talento, la lectura es más bien desagradable por su pesimismo cruel en esta sociología sudamericana.

Este vacío de la vida mental argentina no es un hecho nuevo. Desgraciadamente y desde los primeros tiempos se nota la ausencia de esas curiosidades nobles. Por eso no tenemos un solo pensador en el verdadero sentido de la palabra. Tal vez esta circunstancia influye en el menor interés que despiertan nuestros lectores, aún los más famosos. Nadie lee para distraerse a Alberdi o Echeverría. Son lecturas de obligación, de los años de aprendizaje. Además, muy rara vez muestran sus almas, es una objetividad abrumadora, tanto que a menudo uno se pregunta si la tendrían, o si su naturaleza fué tan pobre que no pudo forzar los puntos de la pluma. Vicente Fidel López es la excepción, especialmente en sus novelas y en su autobiografía, y junto con Sarmiento son los dos autores más entretenidos de nuestra literatura, y también los más populares.

Y, sin embargo se piensa, y la línea de ese pensar algo quebrada, con sus alzas y bajas muy curiosas, se sigue en nuestra historia a través de los documentos oficiales, de los periódicos y de los libros. En otra oportunidad le mostraremos al lector esa vida íntima argentina tan efímera y pintoresca. Hay épocas muy curiosas. En el año 26, por ejemplo, sopla cierta aura de metafísica política; excuso decir que nunca pasaron de esa línea nuestros pensadores. Se habla del organismo social co-

mo de algo misterioso y se reconoce que está por encima de nuestras voluntades. Desde el punto de vista ideológico ese Congreso del presidente Rivadavia es muy curioso. En los legisladores del Paraná las ideas están más hechas, a veces parecen cosas sólidas que se pueden agarrar; y resultan bellas, porque, como en las máquinas, según decía Zola, la precisión en la forma constituye la belleza del derecho político.

Pero todas estas cosas entran en una categoría algo inferior del pensar. El espíritu que penetra el alma de un pueblo lo eleva a regiones más altas. Esas regiones no han sido contempladas por el alma argentina. Alberdi, que es uno de nuestros mejores ejemplares intelectuales, se preocupó, con alguna rapidez, de dar las bases de una filosofía argentina. Sobre ciertos capítulos piensa con justeza y perspicacia. Así, cuando explica cómo cada época engendra su filosofía, de acuerdo con sus necesidades, sus anhelos y sus circunstancias: "que la filosofía del Siglo XIX, dice, no es la filosofía del Siglo XVIII, porque cada siglo, teniendo su misión peculiar, es decir, sus ideas, sus cuestiones, sus intereses, sus tareas, sus fines exclusivos y propios, quiere tener y tiene también su filosofía peculiar. Porque aun cuando la filosofía es una en todos los tiempos y países, pues que la verdad es una en todos los instantes y lugares, hay, sin embargo, momentos en que la filosofía se ocupa exclusivamente de la indagación de ciertas verdades, que son las que importan a ese momento y a ese lugar, por medio de cierto método, de cierto proceder que es el que conviene a la verdad en investigación, y de aquí es que la filosofía se divide en distintas épocas y en distintas ramas, que la costumbre ha hecho que se llamen filosofías diversas".

Esta es la mayor altura a que llegará el pensamiento argentino en materia metafísica. Una reflexión sobre cosas prácticas: "primero, que en indagar si las ideas son sensaciones, si la memoria y la reminiscencia son facultades distintas, debe averiguarse cuál será la forma y la base de la asociación que sea menester organizar en Sud América". Hasta en el enunciado de las cuestiones se observa el desconocimento del objeto final de la filosofía. Para Alberdi no existe la filosofía en el sentido europeo y civilizado de la palabra. En el fondo se pondría risueño si se le hablara de Spinoza, Kant, Descartes o Hegel, como de personas que merezcan el estudio de la gente seria. Los grandes misterios de este universo no sorprenden a Sud América, ni le interesan tanto como algún problemita de derecho público. Se carece de ciertas curiosidades que son el principio de todo progreso moral e intelectual.

Es un fenómeno curioso este desinterés de la Argentina respecto de todas esas cuestiones trascendentales que tanto afectan al alma europea. Se traduce el fenómeno en el pueblo por una indiferencia religiosa absoluta; y en los pensadores por ese prescindir tan persistente y despreciativo de todo lo que no se relaciona con la vida práctica. Los Estados Unidos tienen a Emerson y a William James; y aun esos mismos arrebatos colectivos más o menos descarriados, como los mormones, que indican la existencia de un ideal. Sin dejar de lado los negocios viven con los ojos puestos en las cosas nobles. Los problemas de ultratumba los apasionan, y la metafísica ocupa un lugar distinguido en sus universidades. Nosotros estamos todavía con Alberdi: "¡Nil admirari!". No hemos llegado a la primera reflexión, que según Maine de Brian, es la más difícil. Sería conveniente que comenzáramos a asombrarnos de algo: "desde que uno se asombra, dice Maine, deja de contemplar a la naturaleza a través de su propia costumbre; se encuentra en presencia de una naturaleza real, la interroga y recoge la respuesta". Ninguno de nuestros escritores interrogó este universo. Van siempre arrastrándose por el suelo, sin ocurrírseles mirar unos instantes la profundidad misteriosa del cielo. Todos se ajustaron a los deseos y necesidades de su pueblo. El hecho no deja de tener su melancolía. Esas sutilidades, dice Saint-Beuve, revelan las naturalezas elevadas y delicadas; son de una especie noble y siempre estimada por la humanidad. Es una pena que no se pueda escribir con honor ese capítulo de nuestra historia literaria, que constituye el título de nobleza de un pueblo y le da su puesto en el cuadro de la civilización.

II

COMO PENSARON LOS ARGENTINOS

Le temps qui semble emporter les autres de vive force, nous dérobe furtivement á nous mêmes.

SÉNECA.

Si inventeur qui soit un esprit, il n'invente guére; ses idées sont celles de son temps, et ce que sont génie original y change ou ajoute est peu de chose.

TAINE.

Alguna vez recomendamos al joven estudioso la evolución de las ideas argentinas, como un tema de tesis muy interesante. En Francia se acaba de publicar una historia del sentimiento religioso, desde las guerras con los protestantes hasta nuestros días. Y es probable que esta corriente espiritual se intensifique, y que el estudio de las almas se sustituya al de las batallas, instituciones y economía. Estas últimas están demasiado vistas, y se conocen en todas sus fases, y lo que se ignora se adivina, pero esa curva que describen las ideas y sentimientos a través de las distintas épocas, esas transformaciones en el pensar constituyen los fenómenos más curiosos y entretenidos. Sobre todo, nos ponen en contacto con las almas, que son el verdadero y final objetivo de la historia.

El historiador europeo le llevará siempre una gran ventaja al sudamericano, por la abundancia de documentos artísticos y literarios que encuentra en sus archivos y en los libros impresos. Nosotros poseemos unas fuentes literarias y artísticas muy pobres y, además, escasas. Pero con un poco de paciencia, y otro de buena intención, se puede llegar a ciertas descripciones curiosas, y hacer las correspondientes síntesis.

A medida que nos acercamos a nuestra época, y a contar del 80, los espíritus se exteriorizan en la poesía, la novela y el teatro. La historia de los tiempos actuales está documentándose con buena y mala literatura, pero que, aparte su valor estético, contiene datos muy sugestivos. Así, el futuro historiador podrá describir los sentimientos populares basado en esa serie de sainetes y dramas que reproducen con una realidad fotográfica el idioma y la vida del conventillo; y decir cómo se amaba, cuál era el concepto de la moral, de Dios, de la amistad, a prin-

cipios del Siglo XX; y cómo reaccionan las almas ante el dolor o la injusticia; cómo se ríen y de qué cosas, los matices de su alegría como de su tristeza. Toda el alma popular argentina está en ese caló pintoresco y ordinario de los diálogos, en las escenas y en los personajes que pasan, con un realismo que no deja de sorprender y alarmar.

Esta es la historia psicológica, algo despreciada por los eruditos "¡et pour cause!". Se preocupará poco del itinerario de los conquistadores; en cambio, el episodio de Lucía Miranda, el cuento de la Maldonada, absorberá su atención; y si por casualidad pescara algún verso de un poeta criollo, algún refrán, una imagen esculpida en la carpintería del barrio, la escena de una sesión agitada del Cabildo, algún expediente de amor y celos en el archivo de la Curia Eclesiástica, tendría un verdadero regalo; porque esos hechos pequeños permiten entrever las almas. Hasta ahora los coleccionistas despreciaron estas cosas; no les parecen lo bastante serias como para una ciencia tan grave, y la presentan en una forma poco amable acompañada de la heurística, la diplomática . . . ¡disciplinas formidables! Y para enseñarnos a comprender lo que vive, comienzan por expulsar el soplo vital, como dice Mefistófeles en su diálogo con el estudiante. En esa historia del derecho público, observa Goethe, se ven suceder las leyes como enfermedades hereditarias; pasan de generación en generación, se deslizan sin ruido de un lugar a otro, y por ellas la razón deviene locura, y el beneficio peste.

Para esas épocas anteriores al 80, los diarios de sesiones de los Congresos son muy útiles y contienen un verdadero tesoro de documentos espirituales argentinos. Un diputado podrá tener la dulce ilusión de que piensa por su cuenta, con libertad absoluta y la plena autonomía de su inteligencia. Es un error de introspección, habla por los demás, repite ideas y expresa maneras de sentir que flotan en el ambiente social, y en su respectivo comité. Es un eco de la mentalidad colectiva más o menos consciente de su propio pensar, y cuando acierta y triunfa, es porque coincidió con los sentimientos de las masas. Su mejor y principal éxito suele consistir en que lleva a la conciencia clara de todos, lo que se veía en una forma algo confusa, como las luces ocultas tras una capa de niebla. Para que no se ofendan los hombres políticos, les confesaremos, muy en secreto, que a los escritores y a los poetas y pensadores les ocurre el mismo fenómeno, del que su amor propio sufre con menos intensidad, porque son más modestos. En cuanto a los filósofos están fuera de la cuestión, porque la esencia de su

pensamiento confirma la efímera vanidad de este rodar agitado y angustioso del Universo.

Ahora bien: el joven alumno deberá leer esas actas lápiz en mano, y con mucha prolijidad. Debe prestar siempre una mayor atención a las cosas inútiles, a los párrafos de relleno, en los que se complace el orador, porque ahí es donde aparece la pequeña luz del alma. Mientras se concreta a fundar el proyecto o rebatirlo, habla el libro o el intelecto puro. Pero llega siempre el momento de las expansiones, sobre todo en las disputas políticas, o sobre las leyes fundamentales. Ese es el instante en que el cinematógrafo puede funcionar, y comienzan a presentarse fisonomías insospechadas y con gran relieve.

Ese escenario permite observar cómo trabaja la mentalidad y cómo razona. Y tan es la tarea del pensamiento más colectiva que individual, que el estudioso ve las diferencias fundamentales no sólo en las distintas épocas, sino en los diversos grupos coetáneos. No se trata aquí de los dogmas y demás ideas de un partido, sino el del método seguido para alcanzarlas y de la lógica abstracta de cada uno. Entre la mentalidad de las asambleas de 1813, 1816 y 1826 hay diversidades substanciales en las cosas serias, y en las otras más ligeras, pero muy importantes.

El historiador debe hacer una pequeña clasificación de los sentimientos a estudiarse entre las palabras inútiles. La vanidad y el decoro tienen sus formas peculiares en cada Congreso; como la ira y todo su acompañamiento. En cada tiempo de la historia se insulta a su manera y la risa es diversa. Hay épocas muy educadas, como la del Congreso del año 26; a la manera del señor Rivadavia, ceremonioso, serio, solemne y sólido en sus razonamientos.

De pronto sale el párrafo sobre el arte, la literatura, la filosofía, la observación pasajera sobre grandes problemas metafísicos. El orador se explaya y nos muestra sus sentimientos respecto de la patria y otros puntos interesantes. Todos estos datos son muy sugerentes, sobre todo si se rubrican con aplausos y el comentario favorable de los periódicos, lo que nos demuestra que esa manera de pensar es la colectiva, que esas ideas y emociones vienen directamente del pueblo.

En épocas más recientes, algún discurso de V. F. López cuando se suprimió un verso del Himno Nacional; las oraciones de Magnasco, Estrada, Goyena, Wilde, Pellegrini, del Valle... constituyen un índice precioso del estado de refinamiento alcanzado por el alma argentina. El lector notará la diferencia y el progreso realizado, al compararlos con los Con-

gresos anteriores. Así, toda esta labor política y literaria es más bien social. En estos artículos, por ejemplo, el lector coopera sin pensarlo. Nosotros percibimos sus deseos, sus angustias ante una decadencia intelectual y moral peligrosa; adivinamos su anhelo por un poeta que cantara en armonía con su sentir; un pensador que lo elevara a las nobles regiones de la idea; un historiador que decore esos cuadros de nuestra historia, que pinte clásicos con la emoción que soñamos.

A veces, por feliz acaso, habremos puntualizado una idea algo confusa, o llevado un poco de luz a la conciencia colectiva sobre esas cosas que vagan, algo enredadas, como entre brumas, en el fondo de las almas. El escritor se concreta a escuchar los balbuceos del espíritu del pueblo. Su papel es modesto, y por eso, cuando algunos afortunados llegan al gran prestigio o a la gloria, todo refluye sobre la Patria que pensaba y escribía, o creaba la emoción por su intermedio.

LOS ESTUDIANTES EN LA LITERATURA PICARESCA

En nuestros tiempos los estudiantes llevaron el espíritu picaresco del claustro a las aulas; y de las aulas a los solemnes y tradicionales cenáculos universitarios. Es una fermentación de los espíritus jóvenes que cambió de objetivo, porque ese hervir del alma estudiantil forma parte de la tradición. En toda la literatura medioeval y moderna, el estudiante ocupa un lugar distinguido y risueño, fuera del pupitre, naturalmente.

Días pasados recorríamos viejos impresos. Son siempre entretenidos y más curiosos que los modernos. ¡Será que el tiempo borra los ribetes y pone su pátina tan suave y armoniosa! El mundò viejo es más sereno, más apacible, y las pasiones de los hombres se presentan envueltas en una ligera bruma que las aquieta.

Tanto empuje, tantos odios y amores, para concluir en un expediente apergaminado, con cierto olor de humedad, que es lo único que ve el historiador. Sin embargo, es simpático. En su lecho definitivo los personajes de la historia o de la ficción, viven la vida que nosotros les prestamos estudiándolos con amor.

Entre esas cosas del pasado había algunos sainetes, entremeses, loas y otras alegrías de esos tiempos que fueron; y referencias de la Calderona, una actriz famosa, bonita, de gracia y mujer distinguida, que apasionara al rey don Felipe IV. Excusará el lector que le confesemos, a la sordina, nuestra debilidad por las pequeñeces de la historia; casi las preferimos a los hechos más graves y trascendentales.

Es que las almas de los hombres se muestran en esa insignificancia del mundo diario de la vida con algo de espontáneo, de sincero, que no ponen en su vida pública.

Entre otras cosas pertinentes encontré un entremés basado en la vida escolar. Un alumno audaz de capa, guitarra y espada, —ahora suelen usar revólver— enamorado, pendenciero, con su ojeriza con la policía, representada por el alguacil de las escuelas.

Perote no se ocupa mayormente de los estudios. De esas dos partes del programa escolar de Renán: estudiar mucho y divertirse mucho, cumpliría tan sólo la segunda. Ante todo, se

recrea. Es una ocupación adecuada a la edad, y más en armonía con los veinte años, que la de demoler cosas más o menos ignoradas. ¡Cómo si no sobrara tiempo en la vida para echarse encima las responsabilidades por los asuntos serios! Perote es un niño del Renacimiento. Entiende que en esa vida que pasa, brotan las flores y las frutas, una primavera con la que obsequia la naturaleza a los jóvenes. Así, terminada su clase, toma la guitarra y canta:

Andaba yo en la rúa enamorado
de una platera como un ángel bella,
tan necia que había dado en ser doncella.

Aquí sale el alguacil; un alguacil universitario, bonachón, inofensivo, a pesar de su aparente energía, y que dió en quitarle una guitarra todas las noches.

A tres que me quitó, pido a un amigo
un galgo que tenía, y de la cola
atéle la guitarra por los trastes.

Aparece el alguacil; corre el galgo aullando, y la guitarra suena al chocar con las piedras. Y las beatas y los criados, y los buenos burgueses en sobresalto, contaban que habían visto

un diablo que cantaba y que tanía.

—¡Alto! —grita el alguacil a Perote, cruzándose por su camino— ¿quién eres?— ¡Qué lindo preguntar! Un estudiante que se va a acostar. Huye Perote, refúgiase en una casa, perseguido por el alguacil y el escribano; y les grita de adentro, con voz de mujer: —¡Justicia! ¡aquí de Dios!— Escribano y alguacil se consultan: ¿Qué es esto? ¡Una mujer se queja en esta esquina!— Tapan la luz hasta saber el caso.

—Paso, paso, que soy doncella! —dice Perote; y se contesta a sí mismo, con su voz natural: —No hay paso, estése queda, ¡vive Cristo!, ¡que le corto la cara!

Alarma y ataque de alguacil y escribano: —¡Responde!, ¡bellacón! ¿dónde está la doncella? . . . la que aquí forzando estabas. ¡Yo mujer, hay mayor bellaquería! —¿Pues quién es?— ¡Qué lindo preguntar! ¡el estudiante que se va a acostar!

Escribano y alguacil malhumorados se retiran a su casa y entran a cenar tranquilamente. Y Perote la emprende a aldabonazos. ¡Qué necias aldabadas! — ¡Ah! ¡de casa! ¡Se-

ñores! ¡Ah! ¡señor alguacil, mire que es cosa importante, piadosa y provechosa! ¡Qué importuno! ¿Quién es?, pregunta el alguacil desde el balcón. Y Perote le contesta de la calle:

—¡Qué lindo preguntar —un estudiante que se va a acostar!

El alguacil de escuela, dominado por esa inagotable picardía, hace las paces. Aparecen las discretas damas, compañeras infaltables de esas alegres jaranas: Doña Lucrecia, doña Margarita, y cenan y cantan todos en coro:

¿Quién es? ¡qué lindo preguntar!
Busque al estudiante
que se va a acostar.

En Quevedo, las escenas escolares carecen de gracia. No obstante su reputación, es generalmente ordinario y grosero, y no tiene esa exactitud del idioma del Lazarillo. En la vida del Buscón algunas escenas universitarias son de una crueldad indecible. Vivían en grupos, hospedados por algún dómine Cabra, o por alguna ama. "¿Amas, dice Guzmán de Alfarache, no sería bueno darles una razonable barajadura, o siquiera un repelón? A las de estudiantes, digo, que son muy honrada gentecilla. ¡Qué liberales y diestras están en hurtar, y qué flojas y perezosas para el trabajo! Ama solíamos tener que sisaba siempre, de todo lo que se le daba, un tercio.

Esos estudiantes dejan una impresión risueña, de alegría vivaz y turbulenta. Es la juventud que se expande, la vida que rebasa. Se estudia y se canta. No se pierde el buen humor aunque la vida sea a menudo dura en aquellas hospederías.

La cocina es singular:
una agua con yerbezillas
que está puesta a escallentar
en la olla sin fregar
para lavar escudillas.

¿A qué se debía esa serenidad de espíritu? ¿Ese inagotable deseo de saborear la vida, esa deliciosa despreocupación? . . . Nuestras juventudes son algo trágicas, graves; piensan en problemas muy serios, sienten una inquietud mental progresiva. Este año pasado no se celebró la fiesta del estudiante; no hubo los desfiles tradicionales, ni los bailes. Es un síntoma grave, porque puede ser indicio de la vejez precoz. ¿Vendrían estos fenómenos anormales de las nuevas ideas sociales, del maximalismo y demás extremismos en boga en las universidades? ¡Cu-

riosas influencias de los diversos grupos "¡claridad!" llenos de confusiones, y que oscurecen las alfas escolares. Meditar sobte el tenebroso Carlos Marx no es un buen método para suavizar las almas, ni engendrar ideales, de esos bellos, azules, que van por encima de la vida y a veces la dominaron.

¿Serían la filosofía escolástica, los clásicos y la teología disciplinas más adecuadas para entonar las almas? Aquellos escolares estaban seguros sobre la Verdad, tenían sus nociones hechas, principios inmutables, majestuosos, decorados como los altares. Y vivían en plena paz moral. Si arriesgaban algún desorden, era como Perote, con guitarra y espadín, a propósito de la serenata a doña Lucrecia o a doña Margarita, únicas entidades que agitaban las almas de esos hombres a los veinte años.

Si fuéramos hombres políticos, le diré al lector a la sordina, crearíamos el barrio escolar, con los palacios universitarios, las diversas escuelas, las clásicas casas de huéspedes, los teatros y "restaurants" baratos, las plazas para los deportes. Una policía especial con un alguacil de escuelas, cuidaría del buen orden; un alguacil tolerante, humano, que dejara pasar las guitarras que cantan a la media noche. —¡Ah, de casa! ¿Quién es? ¡Qué lindo preguntar! ¿Busca al estudiante que se va a acostar?

EN PLENO SNOBISMO

La sagesse a ses excés, et n'a pas moins de besoin de modération que la folie.

MONTAIGNE.

Considerada con ciertas perspectivas, la historia de los españoles y argentinos durante el siglo pasado, presenta afinidades entretenidas. Ambos entablan la lucha ideológica con el pasado, a pesar de la ignorancia y la barbarie de las masas populares. Porque si las de acá siguen, envueltas en sus ponchos, a los caudillos gauchos, las de allá gritaban: "¡Vivan las cadenas!", tras de Fernando VII, inferior del punto de vista moral e intelectual al más guaso de nuestros capitanejos.

Los españoles distinguidos de nuestra época persisten en esa tarea difícil, como nosotros. Buscan la rama francesa o alemana para injertarla en el tronco patrio; imitan la conducta de los italianos que durante el Siglo XIX estudiaron en Alemania, y trajeron los profesores alemanes a sus universidades. Así piensan Ramón y Cajal, Pí y Suñer, Altamira, los políticos como Lerroux, Joaquín Costa, tal vez el espíritu más distinguido de la España moderna. En síntesis, se define esa tarea para toda la raza en un esfuerzo de desarraigo del pasado que pesa sobre las almas y detiene su expansión.

Nosotros hemos realizado una democracia superior a la española. Desde luego hemos mantenido, desde la caída de Rosas, la libertad de hablar mal del gobierno, un derecho inapreciable, elemental para completar la felicidad de un ciudadano. Bajo la dinastía borbónica, en pleno Siglo XX, se condenó a Unamuno a presidio por haber escrito o dejado entender un parecer despectivo o risueño respecto del Rey. Ese hecho enorme no produjo en Buenos Aires una impresión, siquiera lejanamente parecida, a la del estreno del teatro Cervantes.

Así, nuestra vinculación espiritual con España, muy deseable siempre que se estableciera con esa tendencia que representan Ramón y Cajal, Unamuno y otros, se encierra, por ahora, dentro de los límites de un delicioso y delicado snobismo. Nuestros grupos más cultos, esa alma argentina refinada y elegante que decora la patria y la embellece, no se inmuta ante la cárcel de Unamuno. En cambio, la emociona un recado de Su

Majestad, dicho desde el escenario, por actores distinguidos de comedia, entre "La malquerida", "La dama de armiño" o "La niña boba", ignoro si con el traje de la pieza, y responde desde el tablado del teatro, entre los aplausos cuyos ecos se confunden con los que provoca el drama, como lo habrían hecho los coloniales con don Felipe V y don Luis I: se pusieron sobre sus cabezas y la obedecieron como a cédula e carta de su Rey y Señor natural... ¡Qué habrán pensado Ramón y Cajal, Blasco Ibáñez, Pí y Suñer, Lerroux, Alvarez, los manes de Joaquín Costa! ¡Y aquéllos que murieron para darnos una personalidad original!

El lector reflexivo podrá relacionar estos episodios amables de nuestra crónica pintoresca del año 21, con esa fiebre danzante a la que nos referíamos en otro artículo. Hay una cualidad dominadora idéntica en ambos hechos. Viejos y jóvenes bailan esos bailes que aturden e irritan los nervios como el alcohol; bailan en todos los momentos, a toda hora; un paso de danza entre los platos sustituye a las aceitunas, a los rábanos, a las almendras verdes, que distraían antes a los dientes ociosos en los entreactos de una comida. Es una manera de pasar el tiempo sin necesidad de hablar, tarea penosa, porque supone la de pensar y mueve la imaginación, más perezosa que las piernas, y más difícil. Por eso se eligen esos bailes que vienen, junto con su música, de las viejas cabañas de negros esclavos. El baile antiguo requería, como un complemento indispensable, la palabra, el espíritu que sonreía entre las ondas de aquellos valses cristalinos de Strauss. No se comprendían los lanceros entre mudos. Cada movimiento acompasado y despacioso era la ocasión para el diálogo rápido. Eran danzas creadas en los salones aristocráticos, por gente muy afinada, que buscaba el placer espiritual y elegante, la belleza de las figuras de la cuadrilla o del minué, que exhiben la gracia de los cuerpos, en el movimiento flexible, fácil, lento, que no trae fatigas, ni sudores. como los deportes; la música que sugiere la danza. Esas fiestas producían una saludable excitación espiritual. El cuadro de esas mujeres bonitas, en actitudes de gracia, en un ambiente de decoro y de respeto, era tonificante para las almas. Se iba a un baile para ver un espectáculo de belleza, de belleza ligera encarnada en algún grupo de niñas o de señoras que todavía pisaban la edad en que un suave matiz de inocencia pueril completa el encanto.

Busque el lector el espíritu de las machichas, tangos, "foxtrots", que suenan en el salón del Cervantes o del Plaza, y el espíritu que animaba todos los detalles del homenaje al rey.

Apartemos las formas diversas, los puntos de más o menos buen gusto, para penetrar al interior de las almas, y a poco que se reflexione se observará que es el espíritu de la machicha, del "fox-trot" y del tango, el inspirador de esa ceremonia. Es la misma incoherencia, felizmente pasajera, la misma frivolidad, el respeto a ciegas, intensamente "snob" de los oropeles y del decorado de las cortes.

Excuse el lector estas verdades crudas y crueles. Pero hay algo que debemos cuidar mucho, la patria moral e intelectual, porque es la única eterna e imperecedera, la que reacciona en las derrotas, y perdura a través de la misma conquista. Alguna otra vez lo dijimos: esa patria la construímos todos, a diario, con nuestros actos públicos y privados. La bondad, la inteligencia, la belleza, contribuyen a su adorno; y nuestras acciones torpes, mediocres y frívolas son los lunares pequeños o grandes que la afean. ¿Qué dirá el futuro historiador de estos tiempos, de esta Argentina que se inclina ante el snobismo de esa manera risueña y de novela picaresca? Y no se diga que son actos aislados, porque se cumplieron en medio de un consenso general, sin que desentonara en ese concierto arcaico, digno de la época del virreinato, una sola voz.

Nadie ignora que atravesamos un período de crisis caracterizada por un snobismo moral, intelectual, político y social, que tiene sus ventajas porque así empiezan los renacimientos literarios, y el entusiasmo aparente por las cosas nobles es un camino divertido para alcanzar la realidad, en estas especies difíciles. Lo terrible, lo mortal es ese hielo de la indiferencia, o el desprecio de lo que no se comprende. Y esta reflexión nos consuela, hasta del homenaje famoso, y de todos los excesos en que se incurrirá, con buena intención, y sal "snob" que le da sabor.

Este oficio del escritor tiene momentos buenos, pero otros muy desagradables. No obstante, hay que pensar aquellas líneas de Dumas (hijo): "Quand le travail de l'esprit n'est pas la plus noble de toutes les professions, c'est le plus vil de tous les metiers", y aunque la verdad sea chocante, hay que decirla, por amor a la patria.

LA ACTUALIDAD DE MAQUIAVELO (1)

En estos tiempos difíciles, Maquiavelo es autor predilecto. El perspicaz y admirable espíritu florentino brilla a cada instante, iluminando el escenario del universo. El *Príncipe* ayuda a comprender muchas cosas, y sugiere reflexiones tristes sobre el revivir de sus viejos conceptos morales, ingratos y angustiosos.

El famoso libro fué escrito en el campo; entre lecturas del Dante y Petrarca, o *uno di quei poeti minori* como Ovidio. Verá sus amores y sus pasiones para recordar las suyas, *e godermi un pezzo in questo pensiero.* Por la noche después de encanallarse con el hostelero, el carnicero y otras gentes por el estilo, jugando a los dados, *a cricca, a tric trac,* entre injurias y vociferaciones, *si combatte un quattrino,* e invocar a San Casiano, se retiraba a su escritorio. Ahí pasaba las horas en íntima comunión con los antiguos, *mi pasco di quel cibo che solo e mio e che io nacqui per lui.*

Los clásicos le dieron el estilo sobrio, claro, preciso; su genio le dió el método. De un punto de vista técnico el *Príncipe* es una obra maestra. Cada una de sus máximas se sostiene con una serie de hechos, hábilmente elegidos, y que se someten al control de la psicología, porque "los hombres son siempre idénticos y tienen las mismas pasiones. Así en igualdad de circunstancias los mismos hechos sugieren las mismas reglas de conducta".

El *Príncipe* no intenta justificar sus conclusiones de un punto de vista ético. No es un tratado de moral política. Es un libro objetivo, imparcial, que describe aquellos medios de triunfar, adquirir prestigio y popularidad. Y demuestra su exactitud y eficacia con la experiencia histórica. Así cuando recuerda que los romanos no aceptaron ese principio *de' savi de nostri tempi,* de confiar en la acción del tiempo, sino más bien en su valor y prudencia (*virtú*) porque el tiempo arrastra de todo y puede conducirnos al bien o al mal, se refiere a una política seguida por siglos, de no eludir los problemas, de abordarlos de inmediato.

(1) Marc-Monnier, De Dante a Luther; Mariani, Risorgimento di Machiavello.

Se ha dicho por sus críticos más benévolos que la moral de Maquiavelo fuera la de su época. Y se entendía que estaba ya catalogada en el trágico cementerio de la historia. Lo curioso es que revive con una fuerza y un brillo inusitados.

He releído el *Príncipe* en estos meses para comprender mejor los acontecimientos de esta época de tristezas y angustias, que ha disipado tantas queridas ilusiones de cultura, de inteligencia, de justicia, de mesura. Y más de una vez, entre las líneas elegantes y precisas, veía el alma noble del gran italiano que soñaba entonces con esa gran Italia, que concluye de formarse por el hierro y el fuego. En nuestra alma argentina viven muchos elementos muy ricos, tal vez los más apreciables, que vienen del pensar y del sentir de Italia. Conviene recordarlo de cuando en cuando.

El *Príncipe* nos da la clave de muchos misterios y es evidente que ilustra los hechos contemporáneos, los aclara, colocándolos en el cauce ordinario de la historia, que es bien triste. Es curioso este revivir de toda la mentalidad del renacimiento que se creía bien muerta en cuanto a la Moral. Porque en las otras manifestaciones de la vida las analogías son muy marcadas. El mismo amor de la energía, el entusiasmo artístico, la religión de la belleza, la ráfaga sensual que arrastrara la sociedad del Siglo XX. Creíamos que la moral fuera la excepción y que el imperativo de Kant para los unos, el misticismo para otros, constituían las bases éticas de la vida. Fué un dulce error, un sueño de espíritus idealistas, que se desvanece entre el humo de las batallas.

La ley de Quinton sobre la invariabilidad de la temperatura, ¿será aplicable a la moral y a la inteligencia? ¿Permanece la moral idéntica a sí misma desde las primeras épocas, dichas salvajes, no obstante el barniz superficial que la cubre en los tiempos de paz y cultura? Remy de Gourmont pensaba que el poder intelectual no había variado, y así lo demuestra comparando el genio de los primeros inventores con el de los modernos.

A medida que envejece este universo parece más difícil y complicado. ¿Renunciaremos al propósito de comprenderlo? No; la vida perdería su interés. Reflexionemos que el absurdo y la incoherencia son también obras de Dios, que forman parte del mundo, y que su misión es tan necesaria e imprescindible como la de los otros elementos. Esta filosofía ecuánime nos da la santa conformidad y vuelve la calma al espíritu.

Transcribo a continuación algunos párrafos que subrayé en mis lecturas del *Príncipe*:

"Nos formamos una opinión de los gobernantes por la mentalidad de los hombres que los frecuentan.

"Hay tres clases de cerebros: uno que entiende por sí, otro discierne lo que otro entiende, el tercero no entiende *ne sè ne altri;* el primero es excelentísimo, el segundo excelente, el último inútil.

"Un príncipe debe pedir siempre consejos; debe preguntar mucho y escuchar a todos con gran atención; y si observa que alguien vacila en decirle la verdad, manifieste su disgusto.

"Los súbditos cambian gustosos de gobierno porque creen mejorar.

"Un medio excelente de colonización consiste en despojar a los pueblos de sus tierras, de sus casas; sustituyéndolos con los súbditos del vencedor.

"No debe olvidarse que es necesario ganar las simpatías de los hombres o destruirlos. La ofensa debe ser tan cruel que imposibilite la venganza.

"En los negocios de estado los males previstos se remedian fácilmente, pero si se les deja crecer hasta que todos se aperciban, son incurables.

"Quien se adueña de un país y no lo destruye, será destruído. La libertad es una palabra de reunión y refugio.

"Sin la ocasión el talento y el coraje son inútiles.

"Nada es más fácil y peligroso que el ensayo de nuevos sistemas de gobernar.

"Para llegar al gobierno en las repúblicas no se requiere mayor mérito o suerte, sino tino (*una astuzia fortunata*).

"Debe aprenderse a no ser siempre bueno. Las crueldades, bien usadas (*se del male è lecito dir bene*), que se ejecutan de un golpe, sin insistir, son útiles para los súbditos. Un pequeño número de buenos ejemplos evita los desórdenes y crímenes. Al fin, los tumultos trastornan al estado, mientras que los castigos sólo afectan a los particulares.

"Se pregunta si es mejor ser amado que temido. Como es difícil reunir las dos condiciones, es preferible el miedo al amor. Los hombres se inclinan a considerar más a quien se hace temer.

"Un príncipe prudente debe hacerse reputación de bueno, de clemencia, de piedad, de lealtad, de justicia. Debe tener estas buenas cualidades y la energía para desplegar las opuestas, cuando sea necesario,

"Un príncipe no debe cumplir su palabra cuando le trae perjuicio y si las circunstancias han cambiado. Es necesario aparentar bien su papel (*è essere gran simulatore o dissimulatore*).

"Sólo debe hablarse de bondad, justicia, buena fe y piedad; esta última condición es la que más impresiona a los hombres."

Dejamos al lector el entretenimiento de relacionar esas reflexiones con los hechos y los hombres y los discursos de esta trágica época. No se puede negar que el desarrollo de la historia da una cierta actualidad al secretario florentino.

EL SNOBISMO VIRREINAL

Pour se divertir des passions humaines, il faut les considérer en curieux, comme des marionnettes changeantes, ou en artiste, comme des ressorts puissants.

TAINE.

Cuenta un humorista que cierta vez un joven snob dejó de saludar a alguno de sus amigos, persona muy seria y digna, a quien debía grandes servicios, pero que en los banquetes se servía las arvejas con el cuchillo. Pasaron los años y los jóvenes volvieron a encontrarse; hubo arvejas, y esta vez el hombre usó el tenedor. E impresionado el snob por esta reforma de su amigo en el camino de la corrección, lo abrazó conmovido, con mayor cariño que antes. Esta anécdota lleva en sí la esencia del snobismo. El lector puede generalizar y encontrará que caben en la filosofía del cuento muchos caracteres y episodios pintorescos; y se explican psicologías al parecer muy complejas, y que en realidad son simples, como el episodio del cuchillo y las arvejas.

El snobismo cambia en cada época y sigue en su movimiento la marcha de las ideas y de la sensibilidad social. No siempre están en cuestión las arvejas. Otras veces se trata de hechos más serios. Así los prejuicios de familia y los religiosos son fuerzas de importancia para formar el alma snob. En nuestras épocas más cultas, la literatura y el arte complican el problema, porque influyen en el juego mental y producen estados de alma de un aparecer risueño y delicioso. Así los que menosprecian la "Revue des Deux Mondes", a Víctor Hugo y Dumas, y que sólo admiten como valor artístico a algún grupo de poetas y poetisas que usan palabras muy raras para expresar sentimientos comunes, y los visten de disfraces pintorescos, como para espantar al grupo beato de los filisteos; y a los pintores que disimulan con las manchas o las líneas rígidas de una visión personal extraordinaria, la ignorancia del dibujo, o su desgano del trabajo. Todo eso es snobismo.

Hay en el fondo de ese sentir una base artificial y falsa que constituye su parte más interesante y cómica. Es una manera

de considerarse superior, con sus puntos de apoyo en el trabajo de los demás. El snob intelectual se cree Debussy o Mallarmé, como el social se mete, entre sueños, dentro del traje de duque de Alba o del Infantado, tiene el dulce convencimiento de que si tomara la pluma, todos quedaríamos ofuscados ante esas luces nuevas, misteriosas, incomprensibles para la mayoría de las gentes del común. Hay también una formidable base de egoísmo y de crueldad; de menosprecio de todos esos sentimientos que dan nobleza, generosidad y altura moral a las almas.

Durante el virreinato el "snob" se forma especialmente con elementos familiares, políticos y religiosos. Allá en las cumbres flotan esas cosas muy difíciles y que dan el derecho de mirar en menos a todo el género humano, el alto empleo administrativo o judicial; estar cerca del virrey, representante sagrado de Su Majestad; descender de los primeros regidores. Esa agua corre todavía en la sangre argentina, como una supervivencia de las épocas muertas. Este entusiasmo por el monarca español, y por la grandeza española viene del Siglo XVIII. Haremos uno de estos días la curiosa encuesta para averiguar el número de ejemplares del almanaque Gotha, que se venden en Buenos Aires. Y si fuera posible ver esos libros, encontraría el lector que las páginas de los viejos duques de Castilla son las más manoseadas.

Al mismo tiempo actúa el sentimiento religioso. Ser cofrade de la congregación del Santísimo Sacramento era un título de distinción, que colocaba a las gentes en una línea de privilegio. Y si la buena suerte los lleva a esas altas jerarquías que dan el derecho de llevar el palio y acompañar al obispo en las grandes ceremonias, con el escapulario puesto, que se destaca en la casaca, como una decoración principesca envidiable, el placer se hace muy intenso. Los hombres son muy extraños, y a menudo sus almas muy complejas. A veces nos sorprende cómo se basa la felicidad en las cosas más curiosas y en los detalles más divertidos.

La riqueza ocupa un lugar de eminencia en el cuadro snob, a medida que crece. Ahí se hacen distinciones de una sutilidad deliciosa. No es lo mismo ser ganadero de enjundia, que comerciante pulpero o industrial. Y, sin embargo, y entrando en el razonamiento snob, el estanciero es un simple carnicero, y para los que preferimos los platos dulces, o más refinados, el quintero que nos trae las espinacas sanas y tonificantes, los frescos tomates, los espárragos, las frutas en las que rebasan los jugos, las flores que idealizan la vida, o el

confitero de un arte más complicado y difícil, como es la pastelería, deben ocupar un rango superior. No obstante, desde sus orígenes el snob resolvió el problema en favor de la ganadería, los "beef-steak" sangrientos y gordos primaron sobre los bombones, por los prejuicios feudales.

De este punto de vista la estancia primitiva, sin alambrados, con ganado arisco y perros cimarrones, era un escenario de casa mayor, donde el accidente era fácil y normal, y en el que a menudo se expone la vida. Recordaba algo de vida feudal, y los recreos de la nobleza moderna en sus grandes propiedades. Aparte la habilidad física, se requiere valor para todos esos ejercicios camperos, y el snob es en general valiente y además duelista.

En la ruleta, en el bacará y en los tribunales de honor, el imperio snóbico es ahora absoluto. Ahí reina como un soberano. Son sus cuartos de hora de gloria los momentos en que absorbe la atención de su centro; la repetición del veinte coronado al máximum; el fallo sobre algún caso complicado de dignidad y decoro, y que manda a la vecindad de la muerte a dos hombres, mientras coloca sus cristales, con una afectación elegante, sobre sus narices.

En aquel modesto y reducido mundo virreinal, todos los enriquecidos por el contrabando, practicado con tranquilidad, al amparo de los grandes bonetes de la corte del virrey, miraban con ansia a esos felices mortales que vivían la vida cortesana. Cuando llegaba algún marqués de la Lealtad, de la Buena Amistad, de la Fidelidad, de la Siesta Real, títulos de un burguesismo delicioso, con el que decoraba a sus súbditos Carlos III, y tan de su gusto hasta por la eufonía de las palabras, pasaba una ráfaga de entusiasmo comprimido y respetuoso. Todos los de abolengo de varios quilates y los otros llegados de ayer, corrían en busca de ese señor que había necesitado atravesar el Atlántico, a vela, para llamar alguna vez la atención. Todos los espíritus se concentraban sobre ese personaje, y se perdían entre los innumerables antecedentes, datos, costumbres, circunstancias, recogidas de aquí y de allá, alrededor de la siesta de Su Majestad. En el espíritu snob el fermento fresquito trastorna todo el equilibrio, y el biznieto de un viejo regidor que multiplicaba las erres y las eses en cada palabra, y tropezaba en forma angustiosa con los vocablos difíciles, ocupa a su vez el lugar de los enriquecidos, normalmente despreciados, porque pretenden imitar sus costumbres, meter una mentalidad ajena dentro de la propia, y falsificar todos sus sentimientos. Así, el marqués de la Siesta

Real, sin quererlo, vengaba a todos los arrivistas sociales, y por un tiempo, se confundían en el mismo vendaval snob, que los arrastraba sacudidos y risueños.

En esas largas veladas de invierno se hablaría, al calor del brasero, de la corte de Madrid, de las fiestas aristocráticas, del lujo palatino, del saber vivir. Y trataban de amoldarse a esos patrones prestigiosos en su vestir, en sus costumbres y en sus ideas. Todos esos prejuicios, ese razonar estrecho y torpe, tomaba cuerpo en los espíritus coloniales. Debe reconocerse que así lograron formar un cuadro social de maneras reposadas, de elegancia discreta, que ha desaparecido entre las nuevas corrientes democráticas. Así, a veces el snobismo es bueno y útil y simboliza un deseo vivo de progreso, de mayor cultura, aun en el mismo caso de las arvejas.

A TRAVES DEL ODIO

Me direz-vous ce qui distingue la bonne politique de la mauvaise? Au fait, j'y suis..., la bonne est celle de nos amis, la mauvaise, celle des autres.

ANATOLE FRANCE.

...en s'aidant á la fois de l'imagination et de l'étude, on récompense le temps, et l'on refait la vie.

MME. DE STAEL.

Ese cambio en los sentimientos que produce la Revolución de Mayo, se exterioriza en todos los actos, y especialmente en el estilo de los documentos públicos y privados. Lo que primero desaparece del alma virreinal, arrastrado por la ventolina, es el tono de mesura, tranquilo; los párrafos que se desarrollan dentro de moldes consagrados. Los decretos, las leyes, las proclamas, aparte su violencia o entusiasmo lógico, parecen escritos por otras personas, distintas de aquel Moreno y Belgrano... coloniales, con sus birretes de Charcas, su argumentar reposado y castizo. El estilo es más libre, irregular, apasionado; se sale de las medidas tradicionales.

En el libro de Levene *La Revolución de Mayo y Mariano Moreno,* del que tomamos los datos de este artículo, se estudian por primera vez esos movimientos ideológicos que proceden y acompañan a las revoluciones. Su análisis de los poderes de los diputados, por ejemplo, alumbra con una luz muy clara el proceso de las almas. Así, el joven escritor alcanza con este trabajo un puesto de preferencia en nuestra nueva escuela histórica. Tiene método, criterio y perspicacia, y su estilo claro, sobrio y discreto, revela en algunas frases el don de traducir lo real con esos nombres propios exactos, que concretan un estado del alma como si fuera una cosa. Estas cualidades de su obra demuestran que el autor ha aprendido algunas otras materias, y que leyó libros de esos situados al margen de la historia argentina, y que son muy preciosos para comprenderla mejor.

Moreno y Saavedra abren el museo del odio en nuestra historia argentina. Es un odio muy sugestivo y que tiene la virtud de permitirnos entrar en contacto con esos próceres, en su

intimidad y suprimidas todas las frases de los discursos políticos, que ocultan siempre el personaje real. Desde este punto de vista la carta de Saavedra que publica Levene es muy interesante, porque los dos próceres se muestran en su verdadera humanidad, algo mísera y triste, como tiene que ser, pero con la vida de un personaje de novela de Balzac. Es posible que nuestros críticos reprochen a Levene este acto indiscreto. Estas cosas no deben decirse. Nuestros próceres están hechos de carne de dioses, impecables, perfectos. Tan es así, que un distinguido archivista quemó una parte de la correspondencia de Sarmiento con Mitre y Eduardo Costa, relativa a sus asuntos de familia. De esa manera nuestro prócer será más hermoso y menos interesante.

A Ernesto Quesada se le atacó con acritud por alguna publicación sobre las desgracias privadas de San Martín. Así, también San Martín es mucho más humano en esa oleografía vulgar y sin interés que lo presenta en el destierro por razones institucionales o de orden político, que en su cuadro de vida real. Pensad esa tragedia interior, ese desgarramiento cruel que le trae la convicción del engaño y la mentira de un ser querido. Pensad que guarda su tormento, dentro de esa disciplina extraordinaria de su carácter, hasta que cumple su misión histórica. Después abandona todo, patria, gloria, carrera política. No quiere oir ni ver lo que lleve el recuerdo de esa aventura helada y mortal. Y espera la muerte en un destierro voluntario, reconfortado y sostenido por el amor de su hija. Hay en este final de una vida gloriosa, en este contraste de la epopeya histórica que vuela por los Andes, y la intriga abyecta y humillante que se arrastra entre cosas oscuras y tristes, un rasgo de grandeza moral, de estoicismo sublime, que conmueve a cualquier alma algo sensible.

Al referirse a Moreno, dice Saavedra que este Robespierre porteño quería implantar los métodos de la Revolución Francesa. La apreciación no es del todo inexacta. Entrada en el fondo del carácter de fanático de nuestro supuesto númen el sistema del terror. Por eso el plan famoso, si no es de él, está de acuerdo con sus sentimientos. Si vive y manda, habríamos tenido un período más o menos largo de fusilamientos y degüellos. Todos estos histéricos y desequilibrados de la historia son temibles.

Saavedra, político mucho más serio, ecuánime y dueño de sí mismo, buscaba un régimen de transición que nos habría librado de muchos males. Detesta esa política hecha a base de pasiones y odios; "monedas reservadas a los tipos de la

corrupción e intrigas y de consiguiente diametralmente opuestos a los del ejercicio de las virtudes". Hombre de la aristocracia virreinal, conserva aún las maneras y el tono alto y despreciativo, con cierto exterior distinguido, del viejo régimen. Califica a Moreno de "hombre de baja esfera, revolucionario por temperamento, soberbio y helado hasta el extremo".

Los medios de ataque que emplea Moreno eran de eximia democracia, por lo groseros. En la fiesta de cuartel, cuenta Saavedra, un borrachón obsequió a Saturnina "con una corona de dulce que guarnecía una de las fuentes, y ella me la pasó a mí y yo se la devolví". Como chico travieso, Moreno arma entonces el alboroto de la coronación de Saavedra, que produce una primer lucha brava que termina con "la incorporación de los diputados de las ciudades interiores". Ese "demonio del infierno" presenta entonces su renuncia, que no le fué aceptada, y concluye por humillarse ante su adversario y pedirle que lo mande de diputado a Londres. "Se le han asignado 8.000 pesos al año, dice Saavedra, con delicada ironía, mientras esté allí; se le han dado 20.000 pesos para que lleve para los gastos; se le ha concedido llevar a su hermano y a Guido, tan buenos como él: con dos años adelantados de sueldo y 500 de sobresueldo..."

Saavedra es el hombre de ley y de justicia, enemigo de los procedimientos sanguinarios y violentos, enemigo de Matheu "por lo cruel y sanguinario". Saavedra era conciliador, de los términos medios, un político culto, a estilo de un ministro de virrey. Moreno, de "baja esfera", gritón, declamador, y utopista, es ordinario y torpe, y carece de esa noción suprema del decoro interior. En esa lucha salió vencido y en actitud desairada, "¡se le ha concedido llevar a su hermano y a Guido, tan buenos como él!".

Esta política de tolerancia y justicia flotaba en el ambiente y tal vez habría triunfado con un poco más de habilidad. Así, cuenta Levene que el gobernador de Mendoza, Moldes, decía "que el concepto de la causa revolucionaria no se impondría sino amorosamente en el espíritu de los pueblos". Pueyrredón escribe que nada era más peligroso que la presencia de un magistrado que atemorizara al recién nacido patriotismo, en momentos en que la semilla del amor a la patria recién plantada va manifestando sus primeros tiernos brotes". En cambio Moreno dice: "que un hombre justo que esté al frente de un gobierno será tal vez la víctima de la ignorancia y emulación".

La política morenista nos llevó al año 20, y después de Rosas fueron necesarias esas crueles experiencias para que al organizar la nación Urquiza, Mitre y Roca, adoptaran el sistema de los acuerdos, de la tolerancia, de la patria de amor y no de odios, de Saavedra, Pueyrredón y Moldes.

Así, es probable que estos nuevos documentos sinceros y que reflejan la vida real cambien los lugares de ciertos próceres en el escenario, pero esa nueva historia será más interesante, más dramática y educativa. Es la única que atrae la atención de los jóvenes, lo que permite caracterizar las personas y darles su verdadera fisonomía, que nos presenta seres de carne y hueso, que amaron, sufrieron y murieron, a su manera, con sus peculiaridades, sus virtudes y sus vicios.

A medida que reflexionábamos sobre esa carta y los hechos coetáneos, Moreno y Saavedra nos interesaban más. Se marchita algo la aureola del primero; sus vivezas de porteño travieso, en el episodio de la corona de dulce, para desprestigiar a Saavedra, alteran las líneas de belleza de su estatua. Peores ardides se usaron después. Pero esta historia naturalista nos presenta al político tal como fué: declamador, vivo, diablito, ambicioso, y con un alma apasionada, cruel, sin escrúpulos. Saavedra tiene mejor gesto y postura, más dignidad y decoro.

II

L'homme se resout a regret au respect ou plutot il ne s'y resout jamais; c'est un sens supérieur qu'il faut ajouter a sa nature.

GOETHE.

. . . poursuivant partout la verité, comme un chasseur qui trouve plus de plaisir dans la course que dans le bout.

MME. DE STAEL.

Así visto a través de la historia o de las historias, con esa melancólica perspectiva de los años y la pátina que suaviza y apaga los colores vivos, el odio y sus derivados parecen sentimientos de polichinelas que actúan en ese drama o comedia que fué la vida. Valía la pena esa papelería de injurias, el exhibir sentimientos feos, la mentira, la envidia, la venganza, si la pieza está siempre por concluir y el telón bajará para todos dentro de pocos años, o días.

Los primeros síntomas de vida que revelan los archivos son siempre cosas de odio, antagonismos sociales o económicos.

En nuestra historia americana, la paz, la serenidad de alma sólo se encuentra en los manuscritos de los frailes misioneros, con sus expansiones de amores divinos y humanos, de piedad y rodeados de esos detalles pueriles que dan cierta gracia y encanto al relato.

Es sabido que los sentimientos se mueven a través de las diversas épocas, y cambian. Así, ni el odio ni el amor, ni las emociones místicas, mantienen sus formas originales. Este variar de las almas constituye uno de los capítulos más interesantes de cada época. Así, después del año 10 el amor se hace romántico. En esos diálogos tiernos, a través de las rejas, se repite la misma canción, que cantan los hombres a los veinte años, desde que la disciplina interior y la cultura contuvieron los instintos, en un santo afán de espiritualizarlos con un poco de belleza, de ideal, de elegancia y mesura. Pero la guerra con todos sus azares, las angustias y accidentes de una política agitada y brava, teatralizan el amor, y le dan un fondo de fatalidad, de perspectivas dramáticas, de sacrificios posibles, que elevan la pasión a un nivel de seriedad, de cosa grave y trascendental.

De la aurora gocemos florida
Que un instante sonríe a la vida
Mientras quede vigor para amar

. . . .

El amor y aventura
Son cual luz fugitiva en el mar.

Canta el poeta en esos primeros años de la dictadura: cuando comenzaban a iluminàr los arreboles en el horizonte lejano. En el período colonial el amor fué más simple y sencillo: su poesía estaba en esas formas galantes, en la gracia y malicia de la corte virreinal. La vida era tranquila y ordenada. El azar intervenía raras veces, en forma de algún hecho natural y esperado, la enfermedad o la muerte. Así, tras de la reja, envuelta en su mantón de seda, adornada con jazmines y camelias, y toda esa joyería fragante, fresca y luminosa de los jardines argentinos, la niña esperaba con placidez su hora nupcial. Al cerrar los ojos para soñar, no podría construir esa novela del heroísmo, de las cargas brillantes de caballería, de las aventuras guerreras, de los lances crueles de la política que llenaron la imaginación de su descendiente en los años de la independencia. Hay en el Museo Histórico algunos muebles de seda punzó, bordada, y un clavi-

cordio con sus teclas algo amarillentas por el peso del tiempo, y alguna araña de cristal con sus caireles alegres y bulliciosos. Ese era el escenario discreto y elegante de esos viejos amores: apacibles, suaves, sin esas emociones trágicas de las guerras y de las revoluciones, y que se desarrollaban a la luz dulce de las candelas.

Estando en este dulzor
gradosso del pensamiento

En el Siglo XVIII se odiaba, también a su manera; un odio más comprimido, de aparecer académico, de peluca y espadín. Ese período virreinal que comienza antes del primer virrey, se caracteriza por las formas cultas y disimuladas, salvo algún rasgo de excepción de Bucarelli o Ceballos, pequeños arrebatos de mal genio que confirman la regla. Se insultaba por medio de la ironía, que de por sí es serena, y para ser eficaz y conservar la gracia debe adoptar el estilo suave e inocente, la apariencia tranquila que va cargada de desprecio.

Un detalle de la vida de esa época que consta en un documento que publicamos en otra oportunidad, bastaría para que el lector perciba la naturaleza de esos odios comprimidos, que salían del choque de dos orgullos intensos: el español, formidable, expansivo, esplendoroso, y el criollo, intenso, encerrado dentro de sí mismo, retobado. En 1790 la Real Audiencia exigía que el Cabildo la fuera a buscar los días de besamanos, para cumplimentar al rey. El regidor Ramos Mejía, erudito en todas estas cuestiones protocolares y en otras, andaba con varias cédulas que oscurecían el caso, y que preocuparon los orgullos de los cabildantes porteños. El señor Igarzábal, que dirigía la ornamentación de las casas consistoriales, tropieza una mañana con el regente Mata Linares, de la Audiencia y que andaba a la pesca de uno de estos disgustos.

—¿Quién ha mandado colgar la parte del balcón donde están las bancas del Cabildo? —le pregunta con tono airado.

Y el alcalde respondió con toda humildad:

—De orden del excelentísimo señor Virrey?

—¿Y quién lo dice? —replicó el regente.

—Los diputados de fiestas, señor.

Entonces se acercó el alcalde. Al verlo el regente, y con el mismo desenfado, le repite la pregunta, y como obtuviera

idéntica respuesta, dijo el señor regente con voz alterada que llamó más la atención de todos los convidados:

—El señor Virrey no puede mandar semejante cosa.

—Pues yo lo aseguro con mi cabeza —replicó Igarzábal.

Y el regente de la Audiencia fuera de sí, hablando ya contra todo el Cabildo, dijo:

—Ustedes no entienden las órdenes, que para que las entiendan es menester darles las razones a punta de lanza.

Al mismo tiempo hacía la demostración de enristrar su vara en forma de lanza, dirigiendo la punta hacia el regidor, que respondió algo emocionado:

—Señor, no somos tan bozales que no entendamos castellano.

—Sí, replicó el regente; ustedes están como cuando el gato acecha al ratón, que no desean más que una ligera ocasión para atragarse fuerza y privilegio.

—El Cabildo, señor regente, —dijo el regidor—, no desea más que la paz y la buena armonía . . .

En otras ocasiones se usaba la "aleluya" para vengar agravios públicos y particulares. En nuestros archivos hay varios documentos de ese género, muy entretenidos, y demuestran cómo se mantiene un tipo de ironía genuinamente porteña al través de nuestra historia. Una ironía de apariencia suave pero que hiere al fondo de los caracteres, y saca a la luz el defecto o el ridículo que es la fuerza directriz de un carácter, a veces de una vida. Es una risa al pasar, que no insiste, ni profundiza, porque las leyes de Partida tomaban muy a lo serio estos ataques personales, que al perturbar la tranquilidad de la vida podrían traer consecuencias sociales perniciosas. A juzgar por la severidad de las leyes y el empeño que ponían las autoridades en perseguir estos conflictos, parece que el decoro fuera más susceptible en esas épocas y que las gentes se ruborizaban por el simple hecho de que los nombraran en letra de molde, con algún comentario alegre.

En el año 10 viene la transformación de todos los sentimientos públicos y privados. El odio aparece en forma algo cruel al día siguiente de la crisis. Su estilo, sus modalidades, son distintos. Las pasiones sueltas aprovechan de la libertad para expandirse, sin ningún disimulo. Entramos en la época de los odios desagradables, crueles, que se expresan en términos brutales.

SOBRE EL TEATRO NACIONAL (1)

En estos tiempos la boga del teatro nacional crece, porque paga y paga bien a sus oficiantes. Explicado el fenómeno con esta crudeza, entra en el sistema actual de la cultura argentina, sin violencias: es una nueva rama que florece en el viejo árbol, y en su momento, y que corresponde por su concepto estético, por su fondo y forma, con las demás manifestaciones sociales; salvo algunas excepciones. Desde luego es un capítulo importante de la economía nacional. Podría ocupar un lugar lucido en la columna de los productos del país... ¡millones en lana, trigo, maíz, carnes...! ¡tres millones de derechos de autor!

Es un hecho curioso, sugestivo y agradable que en nuestra patria el teatro mantenga a los autores. Se vive y se vive bien escribiendo comedias, siempre que se tenga talento y el aprecio público; en rigor sobraría el primero. Es de esperarse que la dorada brisa refresque algún día a los novelistas, críticos, historiadores, y que llegue a la misma metafísica, algo enrarecida por las alturas, como es lógico suponerlo.

Esas circunstancias deben llamar la atención de nuestros hombres sobre el original fenómeno. No se trata de una sim-

---

(1) Estos artículos se publicaron en "La Prensa". Debo agradecer a su director E. P. Paz y a su redactor J. M. Eizaguirre la gentileza con que los acogieron y el estímulo que esa amistosa conducta implicaba.

Algunos capítulos suscitaron reacciones bravas. El autor fué tratado en cierta forma despectiva. Se le atribuyeron toda clase de móviles, entre otros, la envidia; y se dijo que era incapaz de apreciar esos estilos aplaudidos en los teatros de la calle Corrientes, y en la famosa "Semana de Florencio Sánchez", que carecía del sentimiento humano; que era un esteta aristócrata; y que reeducara su espíritu en Barbusse y el grupo "Claridad". De paso se despreciaron los estilos cuidados; el afán de la perfección, el gusto de la mesura, el ideal de fineza y elegancia, como propios de las inteligencias secas, sin espontaneidad, sin ese desorden y brusquería que parece encantar a las nuevas escuelas...

Mantengo todos mis defectos por aquello que dice Montaigne: "les imperfections qui son en moi ordinaires et constantes, ce serait trahison de les autres". Continuaré creyendo, con alguna ingenuidad que el teatro es estilo, y que escribir es distinto de redactar; que una comedia puede tener como tema el reproducir un cuadro de la vida, a condición de que el autor sepa mostrar al público esa vida que pasa. E insistiré siempre en que el arte, inclusive el dramático, es belleza, distinción, elegancia, mesura y claridad.

J. A. G.

ple curiosidad estética; el factor económico impresiona y atrae las miradas. Vale la pena de preocuparse de un problema que significa una nueva fuente de riqueza y de intelectualidad civilizadora. Obsérvese que ni la crítica, ni la historia, ni la novela gozan de ese prestigio. Son pobres, apenas viven ayudándose de recursos extraños. Es cierto que como lo cantó el poeta clásico: "el ala que los lleva al través del éter no será vulgar ni débil" — "non usitata, nec tenui ferar penna"... Poseen otra sinceridad y una vena espiritual más feliz. Los poetas, novelistas... revelan una mejor cultura, un espíritu más fino, un cierto idealismo decorativo. Tienen en general gusto y mesura o por lo menos la conciben y la buscan. Escriben de acuerdo con un patrón de belleza.

El lector reflexivo verá el problema que asoma: ¿cómo hacer para que una nueva fuerza moral, tan rica y vigorosa, se encauce, para que contribuya al progreso intelectual y no desentone en la corriente civilizadora? ¿Los autores no se preocupan de realizar un ideal estético porque el público es de un gusto inferior, o hay otras razones de por medio?

Que yo sepa, no se ha realizado la experiencia de representar una obra dramática "argentina", escrita en español y con esas sanas y nobles preocupaciones estéticas. Florencio Sánchez, citado siempre como un maestro, fué de un mal gusto impecable. Carecía de estilo y su falta de cultura sólo es igualada por lo vano de sus personajes. "Los Muertos" y "Barranca Abajo", obedecen a una estética desagradable: carecen en absoluto de la belleza de la forma y del pensamiento de los maestros de ese género, cuya moda pasó. Tenía ciertas condiciones de técnica de escenario y una cierta habilidad para mover sus personajes. Pero despierta la misma emoción de la crónica brutal de algún episodio de la vida, que es preferible ignorar. Pasada la primera impresión, terminada la serie de representaciones, esas obras caen en un justo e irrevocable olvido.

Laferrere fué un autor de talento. Tuvo el instinto de lo cómico, y un espíritu muy fino, afilado en la vida mundana, penetrante y perspicaz. Reveló en "Las de Barranco" toda una clase social porteña, admirablemente observada. Si hubiera tenido estilo y un poco más de trabajo y de cuidado artístico, esa pieza sería una pequeña obra maestra. Con todos sus defectos y su desaliño ocupa el primer lugar en nuestro teatro. La risa de Laferrere es más espiritual que la de sus sucesores. La ironía emana sin esfuerzo de los mismos caracteres; fluye en forma espontánea y natural. Otros autores

producen esa risa física de las cosquillas, y más de una vez el espectador aplaude y exclama: ¡qué barbaridad! Y se ríe como en las pantomimas de los antiguos circos.

Algunas veces se representaron "en argentino" obras europeas y con buen éxito. El dato probaría que nuestro público no es tan inferior y que comprende las obras bien hechas y que llevan en sí algo de inteligencia. En otras épocas y a falta de otras cosas aplaudió con entusiasmo a Moreira, Juana, Sardetti, en la escena de los Podestá. Recuerdo que una vez Miguel Cané me instó para que fuera. Vi aquello. Era la primera rama, rústica, salvaje, pero llena de savia. De esa fecha pasaron muchos años. Hace unas semanas tuve la curiosidad de visitar ese jardín. Hablé con autores y actores, asistí a estrenos y "reprises"; de paso leí algunos folletos muy mal impresos.

Este último detalle me impresionó. Es un síntoma de esa desconfianza criolla que elogiara uno de mis maestros: "¡l'argentin se méfie!", y que constituye una superioridad. Pero demuestra una indiferencia sorprendente. El amor propio literario y en especial de los autores dramáticos, es más quisquilloso que el de la mujer fea y bondadosa. Asoma desde la tinta y tipos de la impresión. Necesitamos vestir bien nuestras palabras y conceptos: que la forma impresa sea una buena compañera, la leal y abnegada amiga que dará mayor realce al estilo. Raro es el autor que no se reserva algún ejemplar de lujo, para acariciarlo.

Es posible que tengan el presentimiento de que aquello no resiste a la lectura. Discurriendo sobre este punto un autor célebre me decía que el diálogo carece de importancia en el teatro. Hasta me nombró un término con el que se designa, por los autores, el arte de embarullar los parlamentos mal aprendidos. No hay verso que sustituya al grito ancestral en los conflictos pasionales. Es la estética del primitivo Juan Moreira. La acción pura, acentuada con todas las exageraciones del mal gusto.

Todas estas cosas se reconocen en una forma vergonzante. El público lo exige. Reclama la tragedia brutal, el episodio cínico, que ocurre una vez cada diez años, y que tiene el agrado y la belleza de los casos de hospital. Hace años, predominó pasajeramente este criterio estético, con la "Naná" de E. Zola y la "Fille Elisa" de los Goncourt. Se escribió mucho sobre el derecho a traducir en forma artística esa faz de las cosas humanas. La moda pasó porque no era agradable, a pesar del talento de esos escritores.

Ahora, cuando esos cuadros son hechos por hombres de una inteligencia modesta, la vulgaridad asciende a alturas no sospechadas en ninguna literatura. Falta en absoluto esa manipulación que realiza el talento, la manera de colorar las cosas para que el conjunto tenga un reflejo armónico. Y crea el lector que le sería difícil al artista más hábil explotar con éxito y dar una forma inteligente a esas escenas.

¿Quiere eso el público? Es cierto que concurre a los espectáculos, porque es teatrero. Si, por hipótesis, se cerraran los teatros nacionales, y volviera a Juan Cuello, a Juan Moreira, al Tigre del Quequén, tragedias de hechos brutales, ¿tendríamos el derecho de imputarle el retroceso? Evidentemente, no. Nuestro pueblo es inteligente, aspira a lo bueno, comprende la ironía y se esfuerza por penetrar los conceptos elevados. Es una injusticia calumniar así a la mentalidad argentina. Aplaude la Negra de Trenque Lauquen o el Bodegón de la Muerte, porque no se ofrecen otras cosas, pero sin darle mayor importancia, como aplaudía las gracias de Raffeto y de aquellos "tonnies" clasificados de imbéciles en los programas. Recitadle bien una poesía de Obligado y la aplaudirá con más entusiasmo que a las estrofas vulgares de Almafuerte, al mal gusto de Andrade, muy sonoro, y a los gritos heroicos de Mármol. ¿No asiste con respeto a los conciertos públicos de música clásica y oye con toda paciencia esas obras que se ponderan? Se esfuerza con una sinceridad conmovedora para comprenderlas.

Demostraremos en otros artículos esos progresos del buen gusto popular argentino, al continuar el estudio del teatro.

EL GUSTO. LOS GRUPOS POPULARES

En un artículo anterior expresamos algunas ideas generales sobre nuestro teatro. Se insinuaba la conveniencia de precisar sus límites, y distinguirlo de la pantomima de los payasos criollos, más o menos conversada en jerigonza, y del primitivo drama de circo. El tema afecta nuestro orgullo argentino y es por lo tanto muy importante. Quien estudia bien el teatro de un pueblo, decía J. P. Richter, tiene ante sus ojos la carta topográfica de su alma, su esquema ideológico. Otro crítico francés encuentra en el teatro el ideal que se propone una nación. Y lo comprueba con las obras españolas y francesas de la época clásica.

Así, cada pueblo extraerá el teatro de su propia sustancia.

Es la menos individual de las obras de arte. Coopera en la tarea toda la corriente del pasado, cargada de sentimientos e ideales, el presente, y el conjunto de esperanzas que nacen sobre ese suelo, como las flores, y que constituyen la visión emotiva del porvenir.

Sería lamentable que se juzgara el alma argentina por esos ejemplares que se anuncian hoy en los carteles. ¡De cómo es cierto que todos los errores y conflictos morales provienen del uso inadecuado de las palabras! La riqueza pública permite que se den ciertos espectáculos en las antiguas salas de teatro, centrales y lujosas; y se llaman piezas, comedias, dramas, a las obras que se representan; simple influencia del edificio. A los que entramos en el otoño de la vida, nos viene el recuerdo melancólico de los autores y actores que educaron nuestros espíritus, en aquel Buenos Aires tan inteligente de Groussac, López, Cané, Goyena, Estrada, Ramos Mejía; nuestra época de Pericles. En el Politeama se oía el teatro de Shakespeare por actores italianos; el clásico y moderno francés, por Sara Bernhardt, Coquelín, la Hading. En el vestíbulo se pusieron unas placas conmemorativas de esos acontecimientos, que se ha tenido el buen gusto de sacar. ¿Dónde estarán esos últimos recuerdos?, me preguntaba hace noches con tristeza . . .

También se afirmaba que el público es muy superior a esas obras que aplaude, y que están fuera de su alma y de su espíritu. Un hábito adquirido en muchos años de cátedra —que imprime su sello a la inteligencia, como el sacerdocio—, nos lleva a probar la afirmación. Esta disciplina es muy útil para los temas algo abstractos, y al precisarlos y limitarlos, como si fueran cosas, obliga a reflexionar.

Buscaremos el gusto público argentino en sus manifestaciones populares, entre los grupos sociales que sienten, aún en forma elemental, la necesidad de la belleza.

Hay en Buenos Aires más de cincuenta centros criollos que cultivan la tradición en su faz poética y emotiva. (Ver Lehmann-Nietzsche: "La leyenda de Santos Vega"). Sus socios pertenecen a una capa social donde los recursos son muy modestos; pequeños empleados, artesanos, obreros, dependientes de comercio. Gente que puede dedicar algunas horas al placer de pensar en cosas espirituales y de sentir las manifestaciones artísticas que están a su alcance. En esos grupos nace y se desarrolla la raíz de lo que será con el tiempo el arte argentino.

Se reúnen para hacer música, leer poesías y tomar mate. Llevan nombres pintorescos y de un color local perfecto: la

Picana, la Tapera, Mate Amargo, el Palenque, Pulguita, el Fogón... En esas veladas creció el "tango", que lentamente se perfecciona y se vuelve más expresivo. A veces es cómico, otras trágico, cuando no combina con cierta habilidad las dos notas. Tiene ahora una cierta fineza y elegancia. Se suele sorprender una aptitud, que apenas se esboza, para traducir, en melodías aún inferiores, las pasiones y sentimientos argentinos. Se trasluce en el fondo de toda esa nueva música popular, en forma vaga y como algo lejano, el aleteo del ser que pugna y sufre por salir a la luz de la vida. Para percibir estas cosas es necesario no ser "snob"; no pensar en Beethoven ni en Wagner, menos en Bach, y querer mucho a esta Argentina suave y tierna con sus hijos, brillante e impregnada de la sana alegría del vivir. Tener ese sentido de los padres que adivinan, por el amor, los primeros latidos de sus hijos.

He recorrido, con bondad y paciencia, lo que se siente y piensa en esos centros populares. El espectáculo es interesante. Se encuentran emociones muy intensas y bien traducidas en un verso armonioso, español, pero muy argentino: con mucho color local. Escuche el lector lo que dice uno de sus rapsodas sobre la guitarra:

¡La maga del trebolar!
¡La Diosa de Santos Vega!...

. . . .

Soy la guitarra sonora
De los cantos argentinos,
Soy la que imita los trinos
De la calandria cantora.
Soy también la soñadora
Que Santos Vega pulsó
Cuando cantando buscó
Un alivio a sus pesares.

La guitarra es, en todos estos cantos, el símbolo de la patria; de una patria más dulce y suave, que no viene rodeada de banderas y músicas de clarines. La patria popular no es, en estos tiempos, la heroica y envuelta en el humo de las batallas, que se enseña en los colegios. Es una patria civil, de tiempo de paz, amable, sentimental, algo bulliciosa y alegre.

A los autores dramáticos no se les ocurre presentar nuestra Argentina en su nueva faz, producida por una renovación de la cultura y de la industria. En el teatro se exhibe la bandera

en una atmósfera de gritos y de vivas, de invocaciones a Moreno, Belgrano, San Martín; de nombres de batallas para producir un entusiasmo y unos aplausos artificiales. ¡Siquiera se usara ese idioma de los cantos populares!

Otro poeta del centro "Raza Pampa", nos dice que el cantar es propio de todo buen argentino:

Recuerda sagradas glorias
Que Homero y Vega en la historia
Grabaron como divino.

Excuse el lector la comparación ingenua de Homero y Vega, y reflexione sobre la tendencia popular sana y noble que significa. Todo criollo:

Debe ofrecer un laurel
Al inmortal Santos Vega.

En su magistral canto a la Raza, el poeta Falco nos habla de:

La dulce guitarra solariega
La que guarda cautiva
El alma misteriosa y fugitiva
Del gaucho Santos Vega.

Esta literatura escrita en un español argentinizado, pero que respeta la índole de la lengua, es muy a menudo elegante, y aspira con toda evidencia, a la distinción; aprecia la sobriedad y concibe y realiza, a veces, el buen gusto. Alguno de sus poetas son superiores a Andrade, Mármol y Almafuerte. Son más artistas y más sinceros y discretos en sus emociones. Han entrado, en algunos momentos, en el fondo del alma argentina; vivieron su intimidad. Dejan la faz externa del patriotismo clásico, adecuado a los días de batalla y que corresponde con otras circunstancias.

Del patriotismo pasaremos al amor, otra de las grandes pasiones teatrales. ¿Cómo aman los argentinos en este primer cuarto del Siglo XX? La pregunta parece indiscreta y ligera, pero es muy grave. Debemos lamentar que no se haya estudiado en las épocas anteriores. ¿El amor bajo los virreyes era distinto al que creó la vida independiente? Nos falta la documentación artística y literaria que aclare el problema. Pero podría intentar la busca algún joven de fantasía discreta y paciente.

En esos centros populares se escribe y se canta la eterna canción. Para el efecto del tema de este artículo, bastará que citemos algunas líneas, ni muy buenas ni muy malas. Esta es pintoresca:

De terciopelo negro
Tengo cortinas
Para enlutar la cama
Si tú me olvidas.

Otras son apasionadas, vehementes:

La ternura del alma que llora

. . . .

El cariño frenético, ardiente

. . . .

La tristeza del sér que sufrió.

Algunas descriptivas:

Oir del campo la salvaje melodía.
El cric cric de las rodajas y escuchar aquellas trovas
Que cantara Santos Vega en la reja de María.

De vez en cuando la estrofa es delicada, fina, la emoción es más elevada y pura, de una estética inteligente:

. . . .

La que adornó con primor
Suave femenina mano,
Con margaritas del llano
En dulces horas de amor.

Esta literatura popular expresa sentimientos más elevados que los amores de la gente de arrabal o de los clientes de los "cabarets". ¿Por qué es tan inferior el idioma del teatro? ¿Por qué se expresan esos conceptos vulgares o groseros sobre el patriotismo o el amor? Repetiremos ahora con las pruebas en la mano: el público es superior a ese arte que no traduce su estado de alma ni sus ideales. En esos centros criollos se admiran poetas discretos, algunos eximios; se gusta del estilo elegante, de la metáfora atinada.

Así, en el seno del pueblo, se crea poco a poco el alma ar-

gentina modelada con amor de artista; el pueblo la impregna con sus ideales, sus aspiraciones, la más pura esencia de sí mismo. Ya saldrá, a su tiempo, el músico, el poeta, el escritor de talento, que transforme esa crisálida en la mariposa alada, nutrida con el jugo del jardín argentino.

EL ESTILO DE LAS OBRAS

"Los Muertos", dice Giusti, amigo y biógrafo de Florencio Sánchez, fueron escritos en cuarenta y ocho horas: "escribía sus piezas en pocos días, generalmente en veinticuatro horas, a menudo de la madrugada a la noche, sin numerar las páginas y las escenas, en un lenguaje más "hablado" que escrito". Otro crítico y amigo lo muestra, "en un pequeño cuarto de hotel, lleno de humo, sembrado de cuartillas que se borroneaban las unas sobre las otras... no hubo caso de que una sola vez retocare una frase, ni modificara una escena". "La Gringa", cuatro actos, se escribió en una noche... Su prosa es de gacetilla, dice un tercer juez, confirmando estos datos.

Un autor dramático, muy distinguido, escribe también un drama en tres actos en quince días. Muchos los redactan más de prisa, a ratos, en el café, en el tranvía, en tertulia de amigos actores y autores. En esa estética nueva la palabra es un simple relleno, accesoria en la obra de arte. El teatro es acción, nada más que hechos: ¡hechos, señores, hechos!, decía el personaje de Dickens.

A todos los que más o menos pensamos al escribir, nos sorprende esta maravillosa facilidad. Piense el lector que tres actos representan unas setenta cuartillas de papel, como mínimo en letra menuda y estrecha. Escribiendo con la rapidez de un copista a mano, de oficio, se alcanzan unas diez hojas por hora, en líneas corridas. Así, la producción es tan veloz como la copia, ¡es prodigioso! Y ese trabajo mental tiene la exactitud de las máquinas, ¡ni un error! ¡Por Dios, alguna enmendadura misericordiosa!... ¡algo que denote que anda por ahí el espíritu de los hombres, frágil, vacilante; que dude de vez en cuando de un adjetivo!...

Todos estos detalles entristecen y explican muchas cosas. Entristecen porque se entierra, en forma definitiva y por muchos años, lo que constituye el encanto del teatro: el diálogo; la palabra alada que lleva como en palmas la idea feliz, el sentimiento cálido y tierno; o el tono heroico que subraya, con

los términos adecuados, un estado de alma. Evidentemente la tarea es dura y difícil. Planeada una obra, el artista, que era Alejandro Dumas, necesitaba un año para escribir el "Demi Monde".

Marcaba en otro párrafo el calificativo de "hablado" del estilo de Sánchez, porque es característico del idioma, de todo nuestro teatro: "hablado", es decir, la fotografía del diálogo corriente, pretencioso o precioso; vulgar, tonto o heroico; declamado y de tono alzado, según las escenas y los personajes, pero oído con una fidelidad fonográfica. Ahora bien, el arte no es la simple reproducción de la realidad pura. Si Flaubert se hubiera concretado a copiar los discursos de Homais, habría sido ilegible. Pero sobre esa base de tontera, el artista trabaja y crea el extracto más puro de la imbecilidad humana; de un admirable relieve y expresión.

Con el idioma popular se puede hacer el diálogo bello e inteligente, como lo lograron de la Cruz en el Siglo XVIII, y los hermanos Quintero en nuestros tiempos. Ya se trate de escenarios de conventillos o de salones aristocráticos, el diálogo requiere el trabajo artístico que transforme lo real, sin desfigurarlo, y le imprima intensidad y eficacia; la síntesis que borra todo lo inútil e insignificante, para dar realce a la esencia; la frase que expresa con verdad un sentimiento, en todo su alcance y colorido.

Si el teatro es acción, es también pensamiento: de lo contrario caemos en el cinematógrafo, que no obstante, empieza a ayudarse con la palabra, a veces ágil y sugestiva. Ese pensamiento que decora la pieza y constituye su sustancia, es lo que caracteriza la obra. Los autores más subjetivos lo expresan por intermedio de todos sus personajes. Todos cantan deliciosamente en Musset; todos tienen un espíritu ligero y elegante, lleno de gracia en Marivaux u Oscar Wilde, y los héroes de Dumas encarnan su talento y su ironía. Es decir que la obra refleja la modalidad del talento del autor. Hay un espíritu que se encierra en todas las palabras que constituye su alma y les imprime su carácter propio.

Ese es el secreto del estilo en todos los escritores, novelistas, dramaturgos, hombres de letras. Las mismas palabras dicen distintas cosas, expresan diversos matices de emoción, según sea ese fermento alado que las anima. La frase es la simple forma gramatical que impresionará de cierta manera al auditorio, según el tono íntimo que le sepa dar el escritor. El arte de impregnar la palabra en esa atmósfera espiritual propia, es de los más difíciles, y no viene por simple instinto. Es el re-

sultado de la sólida cultura general, y de un trabajo asiduo, de corrección y de detalle. "En este arte, como en todos, dice Goethe, sólo es innata la aptitud; ella necesita ser cuidadosamente ejercitada". "Cada uno, dice el mismo autor, lleva en sí una chispa sagrada que debe ser vivida con todo esmero, para que no se entierre en las cenizas de la indiferencia". "Cómo te engañas, le decía W. Meister a su amigo, si crees que una obra puede producirse en horas perdidas y a ratos. No, el poeta debe vivir todas sus queridas creaciones".

Esa chispa sagrada la tenía Sánchez, la tienen algunos dramaturgos amigos míos que no nombraré porque desgraciadamente no la ponen en sus obras. En algunos casos falta el trabajo mental continuado que robustece la inteligencia; en otros la cultura reflexiva, el hábito de pensar . . . Cada uno de nosotros tiene su alma entre las manos, como el artista la materia prima, que transformará en un cuadro o una estatua. El fin de la vida es realizarla; decorar moral o intelectualmente nuestro espíritu; afinar la sensibilidad; que al entrar en el otoño de este rodar vano se pueda ver con cierto orgullo esa noble obra íntima, que se trasluce en las creaciones del artista, o en el desarrollo del carácter.

La obra requiere tiempo, y el tiempo no ampara las cosas que se hicieron prescindiendo de su ayuda. Trae la reflexión que madura el concepto. ¿Será por todo este conjunto de causas que nuestros autores serios carecen de personalidad, que los cómicos se ríen de idéntica manera?

Por su estilo, casi todas las obras del moderno teatro argentino parecen escritas por la misma mano, es decir, por la de Florencio Sánchez, elegido como símbolo del mejor teatro. Cuando intentan ascender a la región trascendental de este universo, son comunes; su metafísica es elemental. Si profundizan las pasiones es con vaguedad, algo confusa; el análisis es ligero y superficial, falta la forma, el matiz, la línea que marca el relieve de los caracteres.

Aquí viene de molde lo de los "hechos". Por sí solos tienen el interés de la crónica, aun en piezas de autores distinguidos. Durante la representación del drama de X. . ., de la Academia Francesa, el interés es palpitante, como si os dicen que están asesinando en la casa vecina. Se sale del teatro con un dejo de desagrado, con el deseo de olvidar que el "Destino Manda" o las miserias del "Avarioso". Pero en nuestros escenarios falta ese diálogo preciso, cerrado, donde no hay una línea, ni un gesto de más, ni de menos; y que expresa los movimientos de las almas con una seguridad y exactitud matemáticas.

"Los Muertos" terminan en esta forma: "Lisandro rápidamente le aferra la barba a Julián y le hunde el cuchillo en la garganta, volcándolo de espaldas" . . . En esos momentos algún espectador que había cursado los grados primarios, exclamó: ¡Qué bestialidad!

En las otras ramas de la literatura conozco media docena de jóvenes, egresados de la Facultad de Filosofía y Letras, menores de treinta años que tienen gusto, escriben con sobriedad y elegancia, y comprenden la ironía. ¿Por qué no aparecen en el teatro inteligencias de esa calidad noble? Escriben en "Nosotros" y en "Verbum", dos revistas de tipografía modesta, muy defectuosas, pero que representan, mejor que el teatro, el alma nacional.

Un distinguido periodista uruguayo califica nuestro concepto del arte de aristocrático; y sugiere que la estética de Sánchez está impregnada del nuevo espíritu de la democracia. De ahí a sostener que el gusto, la sobriedad, la mesura, la fineza del pensar y de la expresión, son propiedad de las altas clases, no hay mucha distancia. Felizmente no es así. Todo viene del pueblo, inclusive el talento que crea esas cosas bellas que constituyen la dulzura y el encanto de la vida. Reflexionad este ejemplo: ¿Quién pone la elegancia en ese vestido que luce una señora en el teatro? ¿Quién combina los colores y todos los detalles en una forma armónica? Alguna obrera modesta de un taller afamado. Decora con su espíritu fino y su gusto, que nacen de una sensibilidad delicada, a la aristocrática dama. Y seguramente ese último toque que imprime carácter a la obra y la termina, lo dió en el último momento, una mano algo gastada por el trabajo, acompañada de algún discreto consejo, que es una lección de estética.

EL ASPECTO DE LAS OBRAS

Una de estas tardes, mariposeando entre libros, encontré esta referencia de Oscar Wilde: "Este poeta de las historias inverosímiles, dice Goncourt, nos hace un divertido cuadro de una ciudad de Texas, con su población de "convictos", sus costumbres de revólver, sus sitios de placer, en los que se lee sobre un cartel: "Se ruega no disparar los revólveres sobre el pianista, que lo hace lo mejor que puede". Nos habla de la sala de espectáculos, que por ser el más grande local alquilado por la Justicia, y donde se ahorca en el escenario después de

la función, y donde él ha visto, según dice, un "colgado" que se agarró a los montantes de los bastidores, y al que los espectadores cazaron a tiros desde sus butacas.

"En este país, parece ser que para los papeles de criminal los directores de teatro solicitan un verdadero criminal, y cuando se trata de representar Macbeth, se contrata una envenenadora de las que acaban de salir del presidio y se ven anuncios redactados así: El papel será representado por la señora X... (diez años de trabajos forzados)". ¡Qué hallazgo para una empresa criolla!

Esta página me volvió al tema que me preocupara durante la quincena. Me daba la impresión del ideal estético del teatro argentino. Me traía el recuerdo del arte de Florencio Sánche, de la escena final de "Los Muertos": la puñalada en la garganta, previo el "aferrar" la barba de la víctima. Así, esa sala de los "cow-boys" realiza un concepto artístico que sería saludado en nuestro país con doscientas representaciones.

El ideal es el melodrama, "de estilo imbécil" y "psicología simplista", como dice Lemaitre; consanguíneo de aquel horror que llamaban los críticos "monstre roman feulleton". Es decir, que nuestro público se atrasa de cincuenta años a lo menos. Me viene el recuerdo de la "Carcajada", "Treinta años o la vida de un jugador", que gritaba don Hernán Cortés, artista de formidables pulmones, en el teatro de la Alegría, y de los emocionantes soponcios de la Berenguer.

Hay en "Los Muertos" una primera escena que pretende ser elegante, ligera y maliciosa. El seductor le dice a su amiga, que está en el cuarto contiguo, probándose un vestido, y mientras forcejea en la puerta para abrirla: —"No seas pava... ¿qué?... pero tonta... ¿será acaso la primera vez que?... Abrime, pues.. se me ha antojado. Te alcancé a ver un poquito y... Bueno, vos tenés la culpa... Te pensás que impunemente se tienta la curiosidad de un hombre... A buena hora, candil te apagás. Abrí... abrime por favor".

Esta es la galantería, la gracia, el idioma picaresco, el diálogo amoroso de uno de los maestros de nuestra dramaturgia.

Desde luego, eso no es idioma. Es el dialecto más vulgar e inferior, usado sin reflexión y lo único que se subentiende es el instinto que no es arte, y que desafina brutalmente al oído. Lo exterioriza como si estuviera en la selva africana originaria. Y, sin embargo, no se trata de eso. La escena pretende tener gracia, elegancia y buen gusto, y se cae en lo absurdo y lo vulgar; es la sensualidad pretenciosa que quiere disfrazarse

con traje de distinción y espiritualidad. Amelia, que es inteligente y doctora por las teorías jurídico-declamatorias que expone al final del acto, habla del "chingue" de la pollera.

Andan por este primer acto unos zapatitos del nene destinados a provocar las lágrimas en el auditorio del teatro . . . de la frontera de México. Esos zapatitos implican una dosis de sensiblería de un refinado mal gusto. Son detalles de los que usaron y abusaron los escritores de la escuela de Xavier Montepin, de Ponson du Terrail, maestros de don Manuel Fernández y González, autor de Diego Corrientes o el Buen Bandido, del Zapatero de Su Majestad, y de otras cosas que provocaron náuseas hace muchos años.

Al final del acto, Amelia, la del "chingue", hace filosofía en una escena violenta con su legítimo esposo, Lisandro, el mismo que termina la obra en la sabrosa escena del degüello, de una corrección técnica perfeceta: "aferra" la barba, voltea a Julián sobre una silla . . .

Como ejemplo de agilidad mental puede citarse la escena primera del segundo acto. Ahí circula la chispa de un grupo de calaveras, expresada en este inteligente caló, angustioso, para la gracia: "No te metás, no seas bárbaro . . . alemán otario . . . te había dao por catarle la pera a los gringos . . . aquí hermano están reventaos los cívicos; traiga medios litros!"

Parece que nuestros autores creen que para dar color local a las obras, es necesario pensar y escribir en el caló populachero. Emilio Zola, a quien no se le puede tachar de escrupuloso, dice en alguno de sus libros: "En el teatro se obtiene un éxito fácil usando los términos populares". El caló hace reir siempre; pero es preciso colocarlo en su lugar. Puede ser una curiosidad filológica, una necesidad que se impone al autor respetuoso de la verdad. Pero será siempre la excepción, de la que es ridículo abusar. El fin de la obra de teatro es mostrar en el escenario, la comedia o el drama de la vida. El caló, en dosis moderadas y empleado con mucho tino, da cierto aspecto pintoresco a la obra. Usado como en "Los Muertos", durante casi toda la tragedia, denota lo que dice el biógrafo de Sánchez, en forma más o menos clara: la falta de cultura y de preparación literaria.

La escena cuarta del segundo acto, es más gráfica. Ahí el mal gusto, la ausencia de toda cualidad literaria brilla con luz intensa. Es el vacío, la esencia de la mediocridad: los "pucha . . . que son lerdos . . . ; ¿se te pasó; los ¡ché! ¡ché! ¡ché!, repetidos; las "pavadas". De pronto aparece la filosofía. Algún personaje quiere elevarse a las regiones de la alta refle-

xión: "Tenga los defectos que tenga el marido, la mujer debe ser fiel", dice Ricardo. Por ahora estamos en Homais, el farmacéutico de la novela de Flaubert. Al final del primer acto, Amelia, que encarna la mujer coqueta y bella, razonadora, cual la concibe nuestro artista, se eleva sobre esos conceptos en una disquisición de carcáter doctrinal y revolucionario:

"Estarías en tu derecho, desde que sos el marido... A ustedes le permite todo la ley, la sociedad, y qué se yo, hasta la religión... Encima, el marido se arroga el derecho, amparado por la ley y la sociedad, de matar a la infeliz mujer que ha tenido el coraje de emanciparse"... Así, Amelia y su marido debieron leer a Rabelais; les hubiera suavizado la situación. Este célebre filósofo dijo que: "coquage est naturellement des apennages de mariage". Excuse el lector la irreverencia, pero después de leer "Los Muertos" conviene una página de Rabelais, para la higiene mental. Doña Liberata debió conocerlo, porque en el tercer acto —un modelo de soponcios criollos en la escena primera, dicho sea de paso— le dice a su hija, angustiada por el temor de que su amigo y su esposo hayan muerto en la lucha: "Se habría acabado todo, uno en la cárcel y otro en el cementerio. Y vos, en tu casa... con tu madre y con tu hija". Dado el desarrollo del drama, doña Liberata se eleva a la altura del coro de la tragedia clásica, y su resumen sintético es lapidario.

Es probable que los creyentes de esta literatura observen el espíritu de Ibsen en el acto segundo, escena segunda, y en el acto tercero, escena cuarta: "Yo soy muy bueno, dice Lisandro, pero no tengo carácter y me emborracho y muero; vos sos un pillo, y como tenés carácter, vivís. Los bellacos no se emborrachan nunca, ¿has visto?... y viven. Los buenos no tienen carácter... Nunca triunfan y hacen daño".

Esa tarea de poner en máximas la filosofía, la metafísica, y la ciencia del vivir está llena de dificultades y requiere una laboriosa preparación del terreno. La planta es maliciosa y sus frutos suelen ser de doble filo. La base de la especialidad es la gran cultura intensa: el dominio de las filosofías y de las literaturas. Asimismo son raros los hombres que consiguieron distinguirse en el género. Es cierto que constituye el encanto del teatro de Dumas, de Ibsen, de De Curel, de Oscar Wilde... Y parece sencillo y fácil, como si esa síntesis sobre la vida y los destinos humanos se construyera con la simple intuición y la fantasía. El culto de la paradoja es más peligroso, porque se cae en cualquier instante en la trivialidad o en el ab-

surdo puro. Además requiere la gracia, la gracia espiritual y alada del poeta clásico. De ahí que toda esa filosofía de "Los Muertos" carezca de interés.

En el final de la obra aparece de nuevo el nene, entre la sangre, en manos de unos jóvenes borrachos, que lo llevarían para enseñarle a beber. Esa criatura, mezclada entre esos horrores del alcohol y daga, supera a todo lo ideado por los autores de melodrama. Ese nene debe ser un símbolo en la obra, con sus zapatitos tiernos, para subrayar la fatalidad que arrasa con todos, inocentes y culpables, sin distinguir, menos con el mal gusto, que continúa en pleno florecimiento en el teatro nacional.

I

LOS AUTORES

Hay en "Falstaff' algo de "Hamlet"...
OSCAR WILDE.

¿En qué piensan nuestros autores dramáticos? Esta cuestión me preocupaba en ese tiempo que consagré a leer dramas y comedias criollos, y a conversar con autores y actores, dentro y fuera de las bambalinas. Es algo difícil contestar la pregunta hecha en esa forma abstracta. Pero el plan de estos artículos me obligó a precisar los datos para llegar, por eliminaciones sucesivas, a la respuesta apropiada. Debe haber un rasgo común característico, la cualidad dominadora de Taine, que permita agruparlos en series.

Desde luego, y a primera vista, se observan dos clases de autores. Los que reflexionan en su obra y sienten una necesidad de perfección dominados por un ideal estético: son dos o tres, que escriben poco, porque los detiene la duda, el escrúpulo, la angustia que trae la creación de una obra de arte. Los que escriben mirando al público, y planean sus obras de acuerdo con un patrón de belleza sugerido por la concurrencia de las galerías del Politeama o las plateas del Nacional o de la Opera. Hay una subclase, que se refiere al público especial del Apolo, Liceo, Nuevo o Marconi; un público que aspira a la intelectualidad y a la emoción noble. Este grupo mira en forma despectiva, moderada, a los segundos, y saluda con respeto y huye de los primeros.

Salvo alguna excepción, los del grupo superior de la segunda categoría, entran en la escuela y método de Florencio Sánchez. Se adivina el deseo de ser profundos, de penetrar hasta las raíces los problemas sociales o las pasiones de los hombres. Dada la mentalidad impresionable y ligera de la platea del Apolo o del Liceo... se calcula que los conceptos de Nietzsche o de Ibsen les vienen como de medida. Y, en efecto, reflejado por la inteligencia y la cultura de Florencio Sánchez, el soberbio pensamiento del filósofo-poeta germánico entra en los moldes del melodrama. El bondadoso lector de estos artículos sabe que el mundo es un fenómeno cerebral y que las co-

sas son según nosotros las pensamos y sentimos; no tienen una realidad objetiva, sino puramente espiritual. Algunos hombres, blasfemos, llegaron a pensar que cada uno crea a Dios, lo ve y lo adora de acuerdo con su temperamento. No es improbable que este exceso sea exacto.

Alguna vez pensé escribir la historia del Diablo en la Argentina. El propósito del libro era demostrar cómo cambia de aspecto, de carácter y hasta de medios de acción, según la inteligencia de su interlocutor y el estado social y de cultura. Concluía con pruebas serias y razones muy firmes e irrefutables, que también creamos al Diablo a nuestra imagen y semejanza; y que es un fenómeno cerebral. No vaya a impresionarse el lector, no acuda a los exorcismos, no; trate de construir su Diablo inofensivo y amable, para que su serenidad interior no se perturbe.

Dados estos antecedentes, obserevemos lo que sucede a Nietzsche en un drama argentino, en la cerebración de Florencio Sánchez. Seguramente el lector asistió a alguna noche de "M'hijo el dotor", una pieza famosa que se ha dado innumerables veces, con gran éxito. La obra es emocionante. Si no nos sumerge en las delicias del melodrama, nos pone en su esfera de influencia, y tiene su aura filosófica de la que podría decirse, con los personajes de Moliére:

La Sottise dans l'un se fait voir toute pure.
Et l'étude dans l'autre adjouste a la nature.

La moraleja de esta obra puede resumirse así, algo sobriamente: un padre rústico no debe dar a sus hijos la instrucción superior, para evitar los trastornos del desnivel intelectual. De lo contrario, se enorgullecen, le faltan al respeto y abusan de alguna primita pobre que, en este caso, lleva el nombre de Jesusa, poco usado por los poetas y novelistas. Todas estas cosas no vienen de Nietzsche; es el concepto propio del autor.

Nietzsche aparece oculto en el "dotor" Julio, en alguna de las escenas conmovedoras de la obra. Así, en sus explicaciones con Jesusa sobre el escabroso episodio, le da este curso de moral, para demostrarle por qué no se casa con ella: "Después..., mi moral es distinta de esa que anda por ahí. Muchas veces he pensado reparar, a cualquier precio, el daño que te he causado, pero el amor a la otra ha primado sobre todos los escrúpulos... No soy un cínico, ni un perverso, ni un mal hombre.. Ese hijo no agrava tu situación... Por el con-

trario, contribuye a endulzarla... ser una buena madre, comprendida, respetada y enaltecida por el sacrificio. No sería mayor (vergüenza) la de una unión cimentada en la violencia o en la mentira".

Esta apología de la seducción de una niña no habría sido tolerada por ningún público europeo; ni se le ocurrió jamás a Nietzsche, ni a Oscar Wilde, inmoralista. Ya ve el lector a qué pobreza franciscana, intelectual y moral se reduce el admirable filósofo al pasar por el cerebro de Sánchez. Así, hay muchos Nietzsche, tantos como lectores de sus libros, y en cada uno la imagen reflejeada es distinta. Ciertas ideas y actitudes ante la vida, que vuelan en el original pensador, con elegancia y por encima de lo bueno y de lo malo, requieren para ser toleradas ir con el acompañamiento de esas deliciosas armonías verbales, de esa exaltación poética que forma la aureola de Nietzsche.

Julio concluye por casarse con Jesusa. En el segundo acto decía: "Mi moral, más humana, me dice que estos hechos (la seducción) son accidentes, y que no existen responsabilidades". En el tercer acto, en su declaración de amor, de estilo afectado y vulgar, le habla en tono de proclama, así: "Tú, que no injuriaste la vida, subordinando el amor, que es su esencia, a los convencionalismos corrientes; tú, que espontáneamente corriste a ofrecerle la ofrenda de tu plétora vivificante; tú, que supiste vivirla, amarla y crearla...; tú, eres la belleza, la verdad; eres el bien..., te quiero". Es evidente que el instrumento literario desafina. Preferimos el caló de "Los Muertos", es más natural en su vulgaridad, y no es pretensioso.

Así, piensan al través de alguna filosofía exótica a la moda, y la aplican sin discreción, a esos personajes vulgares que pululan en las obras. En ese cuadro de estancia criolla, entre doña Mariquita, don Olegario y don Eloy; la yegua picaza, el mate, la vieja "que se ha levantao con el naranjo torcido", los "qué diantres... está muy linda la mañanita para ponerle cara fea; sabemos que es güenaza...", los conceptos nietzscheanos hacen el efecto de una música de Wagner que coloreara los amores de Martín Fierro o de Santos Vega. Hay mucho de incoherencia en ese pensar.

Reflexione el lector que cada pueblo, como cada hombre, tiene su filosofía, su verdad moral y social, de acuerdo con su temperamento y su grado de cultura. El devenir de cada país nos explica, por qué cambian cada cincuenta años las doctrinas filosóficas. Aplicar al alma argentina, todavía simple y sin mayores complicaciones morales, de una inteligencia y sen-

sibilidad aún sanas y sencillas, esas doctrinas de los grandes pueblos de la Historia, creadores de cultura y que llegan ahora en medio de terribles dolores al apogeo de la civilización, es un pecado de puerilidad.

El lector habrá oído decir que una compañía dramática argentina se propone representar en Madrid, en el teatro de la Princesa, estos dramas de Sánchez y de su escuela. Ese público de la Princesa es uno de los más inteligentes y finos de Europa. Se compone de un veinte por ciento de aristócratas más o menos ociosos, pero muy cultos, que nacieron y viven en un ambiente de distinción y de buen gusto. La masa popular, diríamos, está formada por intelectuales que buscan en el teatro un placer muy delicado. Las dos clases sienten el profundo respeto de la belleza. Están habituadas a oir piezas de un estilo eximio; escritas por profesionales del arte, de una gran cultura y de una técnica teatral perfecta.

Ese público piensa, como Goethe, que el teatro refleja el alma de una nación. Creerá que el ideal de belleza, el gusto de los argentinos se encarna en Florencio Sánchez y sus discípulos: y ese idioma, esos sentimientos que allí aparecen, serán los nuestros.

Ahora bien, esto no es cierto. Hemos llegado a un mayor grado en cultura: nuestra alma es absolutamente extraña a ese arte. Hemos comprendido y apreciado a los clásicos de todas las literaturas interpretados por Valero, Vico, Calvo, la Guerrero, Díaz de Mendoza; Coquelín, Cahra, la Hading Rossi, Salvini, la Duse. Nuestros padres aplaudieron a la Ristori.

El alma argentina es muy culta, tiene un espíritu sutil, comprende la ironía, tiende hacia la mesura, la sobriedad, la elegancia. Nos representan los dos López, Cané, Sarmiento, Echeverría, Alberdi, Avellaneda, Estrada, Ramos Mejía, Goyena, del Valle, etc., etc. Esos hombres encarnan, simbolizan el alma criolla con todas sus nobles y bellas aspiraciones e ideales. Pero Florencio Sánchez y su escuela...

Me dirijo a mis discípulos y a los que lo fueron; a todos los argentinos cultos, a los universitarios, con esta súplica cargada de angustia patriótica: no permitáis que se deprima la belleza ideal de nuestra Argentina; no permitáis que se crea que esas obras expresan la esencia de un alma llena de riquezas morales latentes. Prevenid a la Universidad de Madrid y a la Academia Española, que ese arte está fuera de la civilización y de la literatura argentinas.

II

LOS AUTORES

Pedimos a la literatura distinción, encanto, belleza y poder imaginativo.

OSCAR WILDE.

En otro artículo mostrábamos en forma algo sumaria el pensar de los autores: un simple reflejo de alguna filosofía a la moda, inadaptable. Junto con esos conceptos metafísicos actúa Jorge Ohnet, el célebre novelista de la burguesía vulgar y romántica. Así, oscilamos entre el hablar de Zaratustra y el Maitre de Forges.

La fusión de razas de nuestro suelo se prestaba para el desarrollo del melodrama. Alguno explotó el tema con talento, pero la generalidad se ajustó al patrón del maestro. En "La Gringa", Florencio Sánchez analiza en forma trascendental el choque del pasado, de pura cepa criolla, y el porvenir traído a fuerza de trabajo e inteligencia extranjeros. Por esta vez, no es pretencioso, y se queda dentro del alcance de sus propias alas, a alturas modestas. Pero los críticos argentinos son imaginativos. Tienen, de cuando en cuando, una lente visual falseada, como la de los autores dramáticos, por filosofías fantásticas. En las escenas comunes y pedestres del drama encuentran "la conciencia argentina, el poema de la invasión del extranjero sobre la tierra del gaucho". La escena del ombú, dice otro escritor, es simbólica: todo han podido echar abajo porque eran dueños. . ., pero el ombú no es de ellos. Es del campo. . .; los ombúes son como los arroyos o como los cerros. . .; nunca he visto que se tape un río para ponerle una casa encima. . . ni que se voltee una manzana para hacer un potrero. . . ¡asesinos! No tienen alma. . .: si tuvieran algo dentro les dolería destruir un árbol tan lindo, tan bueno, tan mansito. . . Cómo se conoce, ¡canejo!, que no lo han visto criar, ni lo tienen en la tierra de ellos. . ."

Esto que tiene apariencias de realismo, no lo es, salvo el dialecto en que está escrito. Es el autor quien muestra su alma al través del personaje gaucho. El gaucho no piensa ni siente

en esa forma. Es el autor quien aspira al símbolo, y elige el ombú para derramar su poesía, y su emoción patriótica. Así, quiso elevar su vuelo, pero la brisa de ideal que lo arrastrara era muy débil, como para volar unos pocos metros.

También entra, de vez en cuando, la patología filosófica de Ibsen en el juego mental de nuestros autores. "Los espectros" influyen en el teatro y desorientan a las inteligencias débiles y de poco lastre. En los "Derechos de la salud", de Sánchez, se desarrolla la filosofía inmoralista junto con la anormalidad de los héroes de Ibsen, en un estilo que trata de realizar los colores del poeta. Desgraciadamente, la imitación es un arte muy difícil. Los conceptos ajenos tienen que salir impregnados de nuestra propia substancia para ser viables. Se requiere el estudio del tipo original y de su cultura; un trabajo ímprobo y penoso. Esos sistemas no son frutos aislados; se vinculan a todo el movimiento intelectual que los precede, y son un eslabón del desarrollo de la cultura. No se les puede aislar, y la lectura de algunas páginas escogidas, sólo sirve para adornar un artículo con citas sugerentes y aparatosas.

Así, fácilmente se cae en una prosa vulgar y declamatoria. que nos presenta ideas interesantes y fascinadoras, despojadas de toda su belleza. El residuo es una cosa cruda, ordinaria. brutal y desagradable. "¡Oh, la salud, la salud!, —dice Ricardo—. Madre egoísta del instinto creador, nos traza la ruta luminosa e inmutable, y por ella va la caravana de peregrinos en lo eterno, y va, y va, y marcha, y marcha, y marcha, sin detenerse un instante, sin volver los ojos una sola vez, sordos los oídos al clamor angustioso de los retardados, y los exhaustos que va dejando en el camino que nunca se vuelve a recorrer. Sí. Yo estaba sano. Me conformé. ¡Me resigné! Los inconsolables caen bajo el dominio de la patología". Todo esto es falso y exótico, de un snobismo retórico. No sé por qué curiosa asociación de ideas, cada vez que leo un drama de Sánchez me parece más malo que el otro. Ahora prefiero "Los Muertos" o "M'hijo el dotor". ¿Será más armonioso el caló criollo que esta oratoria falsa y de mal gusto?

Con motivo de estos artículos releí "Los espectros". Su influencia es visible en la técnica y en las ideas y en la parodia de idioma levantado de "Los Muertos", los "Derechos de la salud" y "M'hijo el dotor". En la obra de Ibsen se sienten las angustias del drama desde las primeras escenas, y los personajes nos impresionan de entrada. Hay un ambiente de fatalidad inexorable que lejanamente recuerda el arte de Maeterlink. El diálogo simple y sencillo nos muerde desde los prolegómenos

de la acción, y excita de una manera dolorosa los nervios. Todo ese efecto admirable es obra del alma del estilo, de ese misterioso espíritu que pone el talento en la palabra; y que la anima de adentro, como la sangre que colorea la piel. Ese es el secreto, lo imponderable del arte de escribir. El estilo, dice Chateaubriand, es el don del cielo, es el talento . . .; la obra mejor ideada nace muerta si falta el estilo.

Esto es inimitable. La copia de nuestros autores es burda, ordinaria, desagradable. Es curioso ese síntoma de orgullo e irrespeto criollo. Con algunas lecturas y una disciplina mental o de escuela secundaria, creen posible alcanzar a Ibsen. No tienen noción de las distancias ni de las jerarquías morales: "naides es más que naides". Si Shakespeare estuviera de moda y en carácter de última novedad, tendríamos las parodias de "Hamlet" o "Romeo y Julieta".

Sería saludable tener presente que el drama forma parte de la literatura. La base es un escritor, esa es la raíz de todos los géneros. Las flores y frutos varían: drama, comedia, novela, historia, crítica . . ., la raíz es la misma, un escritor. Es decir, la cultura metódica y seria, el trabajo constante para ejercitar la inteligencia. Las facultades intelectuales no se desarrollan en la tertulia del club o del restaurante nocturno; más bien se disipan. Un poco de soledad y de silencio, de cuando en cuando, la fecunda como el riego a la tierra.

A este respecto los amigos de nuestros dramaturgos, y sus admiradores, invocan la pobreza, la vida de bohemia forzada, el medio de angustias, de Sánchez y algunos otros. Con estos argumentos salimos de la literatura. Pero hay bohemios de varias clases. Verlaine, prototipo del bohemio, fué profesor de latín y de literaturas clásicas, en un colegio de religiosos. El ochenta por ciento de los grandes artistas y escritores, tuvieron un comenzar de la vida tan doloroso como el de Florencio Sánchez. Los sillones del barón de Holbac no son el mejor estímulo para el esfuerzo intelectual, como lo cree algún amigo de Sánchez.

Se ha citado a Balzac como modelo de estilo "creador", pero "defectuoso", para justificar el mal gusto de Florencio Sánchez. Agrega alguno de sus admiradores con discreta ironía: "que únicamente el escritor mediocre sabe lo que hace y es dueño de sí; y que tamiza la frase y la decora sin cesar porque lo puesto en ella es muerto y frío". Conviene precisar y aclarar estas ideas originales y de una ingenuidad liviana, para que no se disipen los jóvenes intelectuales argentinos.

Balzac padeció la angustia de la perfección y son legenda-

rias sus pruebas de imprenta, las desesperaciones de su editor para conseguir el visto bueno del novelista. De su estilo dice Taine: "Es un caos gigantesco, lleno de riquezas y novedades..." Si alguien no improvisó, si hubo un escritor que trabajaba sus obras con un tesón y una voluntad sobrehumanas fué seguramente Balzac. No es admisible que se cite este estilo irregular, pero de una riqueza de tonos prodigiosa, tan pronto patético o irónico, o sencillo o afectado, lleno de poesía, idílico, elegante y a menudo pesado y excesivo, para relacionarlo con Sánchez. "La poesía oriental, dice Taine juzgando alguna de sus páginas, no tiene nada más deslumbrante y magnífico; es un lujo, una embriaguez; se nada en un cielo de perfumes y de luz..." No olvide el lector aquello de que "sabía su lengua, la sabía mejor que nadie". El genio y el talento no son flores salvajes. Se basan siempre en la cultura, en el estudio, en la meditación continuada.

Otro crítico habla de esa inconsciencia de Sánchez, genial, naturalmente, en oposición a la "conciencia" de los mediocres, que saben lo que hacen y lo que quieren, defecto grave que borra ese pintoresco del caos en la obra de arte; se cita también a Balzac como ejemplo.

Ahora bien, Balzac escribe en una de sus cartas: "Esta obra, que debe contener todas las figuras y todas las posiciones sociales, no podrá ser comprendida hasta que esté terminada". Se refiere a la Comedia Humana. Esto no es síntoma de inconsciencia. Para Balzac, dice Brunetière, el don de construir un plan era indispensable en el novelista.

Ni la desgracia, ni la miseria, ni la bohemia forzada excusan el mal gusto o la mediocridad de un artista. Esas circunstancias atenúan o borran toda clase de pecados, menos esa.

Por otra parte, la inconsciencia de Sánchez es una simple fantasía amistosa. Tuvo su plan de impresionar la platea del teatro nacional, algo ingenua y primitiva, con los conceptos de Nietzsche o de Ibsen.

LA ESTETICA Y EL METODO DE LOS AUTORES

No quiero hacer comedias para el público, sino público para mis comedias.

J. BENAVENTE.

Los únicos personajes reales son los que no existieron nunca.

O. WILDE.

En los alrededores del año 80, el naturalismo en literatura, y el materialismo en las ciencias morales y sociales, hicieron irrupción en las jóvenes inteligencias argentinas. Lombroso y su escuela, Spencer y los filósofos naturalistas alemanes, tenían un prestigio de fetiches. Jamás fué respetado y creído con mayor fe y entusiasmo Santo Tomás por los novicios de los conventos. Esas doctrinas que trastornaban los estudios jurídicos y sociales, infundían a nuestros espíritus un orgullo y aplomo, algo pueriles, como si tuviéramos en nuestras manos el secreto del universo. Fueron años felices de trabajo fecundo, de apasionamientos idealistas; porque en el fondo de las almas y descorrida la cortina, aparecía la nube azul, entre arreboles.

De acuerdo con mi temperamento, siempre desconfié de ese realismo. Observaba que ningún personaje real tiene el interés, el relieve, el color que le pone la mano de Balzac, Zola o Maupassant. ¿No habría algo de mistificación en estos conceptos teóricos del naturalismo en el arte? Un día, hojeando a Baudelaire, me sorprendió este concepto: "el principal mérito de Balzac fué el de ser un visionario, y un visionario apasionado. Todos sus personajes están animados de su propio ardor vital. Todas sus ficciones, tan profundamente coloreadas como los ensueños. Desde la cumbre de la aristocracia hasta el bajo fondo plebeyo todos los actores de su "Comedia" parecen ávidos de vida, activos y astutos en la lucha, más pacientes en la desgracia, más golosos del placer, más angelicales en la abnegación, que lo que nos muestra la comedia real. En resumen, todos, en Balzac, hasta los porteros, tienen genio. Todas las almas están cargadas de voluntad hasta el hocico",

A pesar de que Anatole France prefiere el Zola a cuatro patas, el lector sabe que el genial escritor fué un gran poeta, y que la vida y encanto de sus obras no radica en el detalle crudo de su Jesucristo, o en el parto de la vaca en La Terre. Era un gran artista que nos mostró un universo filtrado por un temperamento y una sensibilidad muy ricos. "Zola, dice France, es menos fiel a sus doctrinas de lo que cree. No ha conseguido ahogar su robusta imaginación. Es poeta a su manera; poeta sin delicadeza y sin gracia, pero no sin audacia y energía. Algunas veces ve grande. Tiende al tipo y al símbolo". Aun tratándose de filósofos, ¿qué es un sistema metafísico sino el mundo reflejado a través de una mentalidad original y poderosa?

Así, una obra dramática, es un momento de la vida, son dos o tres caracteres, o un conflicto pasional tamizados por la inteligencia y la sensibilidad del autor. Usarán todos los rótulos realistas, y es probable que se ajusten de buena fe a un método de observación muy estricto y estrecho. Pero los sucesos entran en una cámara óptica y llena de vida, donde bullen todas las fuerzas espirituales. Y esas fuerzas trituran la materia prima y la transforman a pesar de la voluntad del dramaturgo. La objetividad suele ser don de los mediocres, de los escritores que carecen de carácter, de facultades débiles e insignificantes que reflejan las cosas en ese tono gris, igual, vulgar, y sin interés estético, de una fotografía de la vida. Es la crónica llena de encantos para el peón de cocina o el portero.

La aparente paradoja de Wilde, que ponemos como epígrafe de este artículo, se transforma así en una verdad de sentido común. Todos los grandes escritores se traducen en sus obras, ya sean dramas, novelas, críticas o sistemas filosóficos. Todos los personajes de Dumas hablan con elegancia espiritual; son mordientes, como era el autor. Hasta los porteros de Wilde tienen un talento distinguido: las "soubrettes" de Donnay hablan en una forma deliciosa, y las de Marivaux son encantadoras.

Algunos de nuestros autores saben observar: Florencio Sánchez ve bien y justo las cosas que están a su alcance. Les falta la otra condición, la cámara óptica del artista, que da interés a la vida. Así, X . . . debió pasar algunos días contemplando los bodegones de la Muerte en la Boca o Avellaneda. Anotaría en su cartera los diálogos del mostrador, tal cual se dijeron. En un momento dado, apareció la niña de la casa,

entre ese mundo de delincuencia; el novio malevo y el Alfonso de apariencia superior. Los tres o cuatro caracteres del drama se esbozan superficialmente, como en el cinematógrafo. El conflicto estalla con rapidez, brutalmente, y el drama termina mal o bien, según las simpatías del espectador. Para ser realista, el autor usa el caló ítalo-argentino en casi todas las escenas de la pieza. Para realizar un ideal de objetividad suprime toda explicación o comentario que nos ayude a comprender los caracteres. Esa joven, que entre la vida honesta y pobre y la prostitución, opta por el segundo término, se presta a un desarrollo entretenido y dramático; es una curiosa faz del eterno femenino; pero es necesario realizarla. X. . . encontró la semilla, parecía que la planta creciera. Ahí nos quedamos, con el hecho, más o menos policial, desnudo, que causa esa emoción estética de los sucesos de la semana. Sin embago, dentro del alma de esa mujer, vive un conflicto trágico y complicado, que sacude sus fibras más íntimas. Habríamos deseado que se exteriorizara en cualquier idioma, que no habría sido el caló, porque en esos momentos, el mismo Florencio Sánchez se embarca en el estilo de todos los días; y como el pianista del teatro de la frontera de México, hace lo que puede.

La lectura de estos dramas me recuerda el párrafo de Goethe sobre el diletante: "lo que le falta, dice, es la facultad arquitectural en el sentido elevado de la palabra, esa fuerza práctica que crea, ordena y constituye; tiene el presentimiento y se abandona en cuerpo y alma a su sujeto, que lo arrastra y lo domina cuando debería, al contrario, ser el dueño". Cuando un escritor domina el sujeto, dice France, lo encuadra dentro de los límites de su talento y se arregla para no tener necesidad de las cualidades que le faltan.

Así, la estética de nuestros autores, es la de esa vieja escuela realista, mal comprendida y que no han estudiado en debida forma. Es un realismo puro, exclusivo, o por deficiencias mentales, o porque no se sigue el precepto de Benavente, ya citado. Se escribe para el público, se adula al mal gusto, a las pasiones inferiores y villanas; a todo lo innoble que puede albergar el alma de los hombres. Recuerdo ahora algunos discípulos de Zola que copiaron sus preceptos. Eran crudos, implacables, pero les faltaba el espíritu del poeta, la imaginación del maestro. Todas esas obras murieron después de una primera lectura.

De por sí, el cuadro de un restaurante, rico o pobre, por ejemplo, no es interesante. Lo prueba el hecho de que se les agrega pequeñas orquestas, para que mate las horas esa gente que no

sabe qué hacer con el tiempo. Sin embargo, el cabaret o bodegón aparecen muy a menudo en estas piezas. Se dramatiza con alguna pelea a realizarse. Los adversarios están ahí, separados por biombos, o grupos como en "Los Muertos". En cuanto se ven . . . Alguno de los dos está ebrio, lo que facilita el encuentro, y aumenta la emoción del público. A veces se espera la llegada del matón. La ansiedad de la platea sube hasta la garganta, porque todo eso se reproduce con fidelidad religiosa. Si fuera posible se haría respirar el ambiente de grasa frita y de roña humana, para realizar el ideal estético.

Alguna vez me he preguntado si no habría en la Argentina otros caracteres dramáticos, aparte de los malevos, las prostitutas, los alfonsos, o los locoides. Ya que los atrae Ibsen, ¿por qué no eligen como modelo la "Casa de Muñecas" u otras obras análogas? Nora, la heroína de la "Casa de Muñecas", está reencarnada en muchas mujeres de las clases pobres y ricas. Naturalmente hay que hacerlas hablar, deben decir cosas de gracia espiritual e ingenua; con elegancia y ligereza. En la pieza de X. . . la joven se calla, en el momento agudo de su conflicto, entre el amor y Alfonso. Es cierto que los criollos viejos se entendían por señas. Y en un criterio realista una joven educada en un bodegón, no puede analizar sus sentimientos ni tiene la inteligencia interior. Convendrá el lector en que si esto es así, de acuerdo con la teoría estética criolla, esos personajes están fuera de la literatura. El dilema es forzoso: o hablan o se van. Cuando Rostand, pone en escena los animales, los hace hablar. En la estética criolla, ¿sería absurdo "Chanteclair"?

Y, sin embargo, sería injusto negar la inteligencia de nuestros autores. Algunos tienen talento, a ratos. Recuerdo un drama de un poeta y orador artista, lleno de emoción, algo romántico, pero con mucha poesía y sentimiento; con escenas de interior de chacra, bonitas y pintorescas. Otro, de un joven autor, es el romance íntimo y trágico de una niña ciega. Así, esos espíritus que se complacen en los bodegones infames podrían tener de año en año, un momento de luz bella; aunque falte siempre esa fuerza práctica que crea, ordena y constituye; que en estos casos será el Tiempo, compañero sano y honesto de toda obra de arte.

Para que el bondadoso lector perciba bien la importancia del problema del teatro, reflexione sobre este concepto: la patria es una figura abstracta, que se forma lentamente por el esfuerzo de todos. Cada generación trae su óbolo, y cada uno

de nuestros actos buenos y nobles contribuye a embellecerla, como cada uno de nuestros actos malos, de mentira o de crimen, la afea y envilece. El arte y la literatura decoran la figura ideal que vaga en la conciencia argentina; le imprimen una expresión, le ponen alma, y sus cualidades propias y originales; ¡crean la patria eterna! La Francia es un ser de elegancia, de buen gusto, de claridad y fineza, porque así la hicieron sus artistas y escritores en la sucesión de los siglos. El ambiente de serenidad traslúcida y olímpica de la Grecia viene de sus pensadores y artistas. No debemos admitir que nuestra Argentina presente una fisonomía deforme, llena de pústulas, como si fuera el engendro de los siete pecados capitales.

LA RISA — LA CULTURA

Est-ce un talent inné en moi que celui du tambour, ou l'ai-je perfectionné de bonne heure?

H. HEINE.

A ese lector joven y estudioso le aconsejaría un ensayo sobre la risa argentina. Debe partir de esta base filosófica: cada generación ríe a su manera y de distinto modo. Así, ni siquiera la risa es inmutable en este trágico universo. Según el decir de los moralistas, los que siguen un paso lento y concienzudo cambian cada diez años. En otros, las transformaciones son más rápidas, y a veces vertiginosas. La única cosa firme e idéntica al través de los siglos, la verdad absoluta, es el eterno devenir de todo lo creado. ¡Con qué rapidez pasan los años, los hechos y las personas!

Eheu! fugaces. Postume. Postume.
Labuntur anni . . .

decía el delicioso poeta, con intensa melancolía.

¿Será el mundo una cosa bien seria? se preguntaba Renán. El problema es demasiado complejo para que admita soluciones simples. Pero se puede afirmar que la ironía, es la más pura y noble esencia del universo. Es el consuelo de la vida. El divino espíritu que calma todas las angustias, aplaca las iras y serena las almas. Parte de una base de nirvanismo profundo; de la convicción bien arraigada de la vanidad de todo. Trae la sonrisa llena de luz y de paz en medio de la tragedia. Discretamente levanta una punta "del velo de Maya, el velo de la ilusión que cubre los ojos de los mortales, y les muestra un mundo semejante al ensueño, al refulgir de los rayos del sol sobre la arena"; y nos enseña la fragilidad, la naturaleza efímera de las cosas más graves. Cuando estos conceptos, de una sana higiene moral, penetran las almas, se produce un bienestar análogo al de la morfina o el opio, sin sus malas consecuencias. Suprimid la ironía y la vida es una desesperación.

Ahora bien, cada pueblo, y en sus diversas épocas, tiene su risa y su ironía peculiares. Se las puede estudiar en su literatura, y especialmente en su teatro. En la novela y come-

dia españolas, por ejemplo, el hambre juega un papel muy importante. En todo ese admirable género picaresco, el héroe lleva su estómago vacío. Sueña con pucheros humeantes. Dibuja, en su imaginación, unos platos sabrosos: es el poema de los garbanzos, del tocino y de las gallinas tiernas. Se diría que la masa popular ríe ante un asado jugoso: la ironía del hambre. Caballeros, escuderos, curas y regulares, todos siguen cabizbajos, con la preocupación del pan, razonando con buen humor y bellos gestos sus prolongados ayunos:

—"Ven acá mozo, ¿qué comes? pregunta el hidalgo a su escudero, en el "Lazarillo".

"Yo lleguéme a él y mostréle el pan; tomóme él un pedazo de tres que eran, el mayor y más grande, y díjome:

—"Por mi vida que parece éste buen pan.

—"Y cómo agora, dije yo, señor, es bueno?

—"Sí, a fe, contestó él, ¿adónde lo hubiste?, ¿es amasado de manos limpias?

—"No sé yo eso, le dije, mas a mí no me pone asco el sabor de ello.

—"Así plega a Dios, dijo el pobre de mi amo, y llevándole a la boca, comenzó a dar en él tan fieros bocados, como yo en el otro".

A esas fuentes de información literaria, se pueden agregar los artículos de polémicas en la prensa periódica; los refranes y las canciones populares. Así comprobaremos de qué se ríen y hasta cómo se ríen. En tiempo de Rosas, por ejemplo, la risa era grosera y ordinaria, como si llevara dentro de sí algo trágico; es sarcástica, y en sus ecos relampaguea siempre la punta acerada de un cuchillo. Esa es la risa de Martín Fierro, de las obritas y sainetes de mediados del siglo XIX. El criollo puro, no entiende la ironía; es grave, de una gravedad selvática y silenciosa.

Entre el período colonial y el que sigue al año diez, la risa argentina sufre una verdadera revolución. Las loas y sainetes de la primera época, de una ironía suave, como miedosa, son mucho más innocuos que los similares de la península, y de una vulgaridad perfecta. La gente se ríe de gracias de este tenor:

Feos, feísimos, feos.

El baile del zapatero, de 1765, está escrito en un español que tiene todo el sabor de lo más común de la madre patria, con esa gracia insulsa de la literatura de una proclamación de

premios, en colegio religioso. Con la independencia y la libertad, las almas se expanden, dan rienda suelta a todas sus pasiones, buenas y malas. La risa es brutal, las palabras son a menudo soeces, indecibles. En los casos mejores se acercan a este tipo de gracia de nuestro moderno teatro nacional:

Sacá las bolas, Chivico,
No sea que se dispare

. . . .

He pucha, con el saino viejo
Al primer tiro de bolas
Tun, tun, tun, ayá se jué.

La galantería se expresa en términos como estos:

¿Pensaréis que he estao ocioso?
Yegua vieja . . .

. . . .

Deje eso, no sea animal

. . . .

Pucha la vieja por poco
"miavís" hecho que mi ahogase.

Como lo habrá observado el lector, de entrada los autores rioplatenses alcanzan la altura literaria de Florencio Sánchez. En el segundo acto de "Los Muertos", en el restaurante, los diálogos que aspiran a la gracia, tienen esta agilidad espiritual:

—"¡Qué cívicos! . . . aquí, hermano, están reventaos los cívicos. Traiga para todos medios litros. Bien tiré".

No creo que ninguna comedia nacional contemporánea resista a la lectura, salvo una que otra excepción. También debe reconocerse que los autores no tuvieron ese deseo, y no los preocupa esa circunstancia. El teatro es un negocio, como las antiguas exhibiciones de las galerías del Paseo de Julio o de la vieja recova; la cabeza parlante, la mujer fenómeno de trescientos kilos; el asesinato del señor X . . . representado por títeres, crimen reciente, de gran notoriedad; ¡éxito de arte! La gracia de estas obras no está en el estilo, sino en los tres o cua-

tro actores, a quienes basta y sobra que les entreguen el armazón de un carácter, y espontáneamente lo realizan.

En el fondo de esas obritas actúa la estética de Jorge Ohnet, pero empequeñecida, de proporciones todavía más estrechas y comunes. Es el extranjero enriquecido, más o menos rústico, que se exhibe en un presunto medio de aspecto refinado, bien que sólo sea cursi, para producir el contraste. La risa fluye con facilidad de los mismos hechos, como en la escena dc las lavativas de Moliére, sin intervención del espíritu. Así, el héroe se sacará los botines en una fiesta porque le duelen los pies. Por entre estos detalles circula algo así como un suspiro de melodrama, delicioso melodrama: la niña o el niño bien, o sus familias, que se resisten a unirse con la del vasco, del italiano, del peón extranjero enriquecido. A veces el prejuicio social de las clases aristocráticas forma el eje de la obra y se desmenuza en sus rozamientos con el alma ingenua de los ricos primitivos, en medio de los aplausos de las plateas. Porque nada halaga tanto al público como el rodar de los sentimientos tradicionales: el honor, la delicadeza, las finezas morales son un blanco excelente. Por ahí desfilan, maltrechas y peor expresadas, todas esas cosas vanas de los ricos y de los pobres. Naturalmente, y como en las novelas de Ohnet, en los desenlaces, el prejuicio y las vanidades de las clases altas se ponen colorados de vergüenza ante los otros prejuicios y vanidades de las gentes que vienen, y que demuestran los mismos gérmenes que combaten.

Sin embargo, el espíritu argentino conoce y aprecia la ironía. Citaré la Juvenilla de Cané y muchos de sus artículos; la Gran Aldea de Lucio V. López; Sarmiento, algunas páginas de V. F. López. Para que se convenza el lector de cómo es posible poner gracia y elegancia en los diálogos populacheros, atienda este fragmento, entre una chola y otros personajes similares, que trascribo de la Novia del Hereje y que imita hasta el ceceo característico:

—"¿Un vazito de ponche, cumita?

—"No, Nicasito; no puedo beber ponche esta noche; necesito estar fresca; te doy las gracias.

—"Ziénteze, amita, aquí tiene una zillita; está lindízima la chingana; la gente "toda de muy buen humor".

He tomado una parte, al pasar, para que se vea cómo es posible traducir toda la vida, aún la más canallesca, en un estilo que dé la impresión estética, que muestre la gracia que está en el fondo de los caracteres, cuando se la sabe percibir. Es cierto que el autor de esa novela es la inteligencia más bella

y artística que haya producido la Argentina. En la misma novela, esos diálogos y discusiones de los frailes, con esos deliciosos latines que dan un relieve formidable a toda la página, se pueden citar como un modelo de arte cómico, o aquella controversia simbólica entre el fraile dominacano y su borrico, de la que no puedo dejar de trascribir algunas líneas de un pintoresco eximio: "y aquí el borrico y el padre se miraban de reojo. Y le fué dada boca, decía el padre, con qué proferir blasfemias, y decir altanerías contra la palabra de Dios. . . y otra vez los dos campeones se echaron una mirada furtiva: la del domínico, era de odio; la del borrico, de ansiosa y humilde alarma".

Así, en esa evolución de nuestra risa, ¿se marcará un retroceso, o es el síntoma concordante con el descenso de la cultura argentina? El problema del teatro está íntimamente vinculado con el núcleo de la civilización nacional. Si la literatura dramática continuara prosperando con esas mismas cualidades, constituiría un síntoma alarmante. Los orígenes de este proceso de desgracia, vienen de muy lejos; de aquella época en que se abandonó el plan de estudios de Jacques, para sustituirlo por la enseñanza moderna, sin esperar a que se realizara la experiencia en países más hechos. Con argumentos que todavía se oyen, se desalojó a la historia y la literatura clásicas; el castellano se transforma en idioma nacional; se descuida el respeto de la forma, sin darse cuenta de que el pensar justo y exacto está en relación íntima, es una sola cosa, con el hablar claro y correcto.

Así, varias generaciones recibieron, en los treinta últimos años, la misma enseñanza deficiente. Su gusto se forma con trozos selectos nacionales, sin ese control que trae la cultura clásica y literaria que incrustaba en nuestras almas de niños el "odi profanum vulgus et arceo".

Como en el caso del tamborinero de Heine, que poníamos de epígrafe, ¿es el talento innato o lo perfeccionaron?

LOS ACTORES

El mundo del arte es más verdadero que el de la naturaleza y de la historia.

HEGEL.

La vida imita al arte mucho más que el arte a la vida. La vida debe al arte no sólo la espiritualidad y la profundidad del pensamiento, sino que se modela sobre las líneas y colores del arte. Los griegos despreciaron el realismo por razones sociales.

OSCAR WILDE.

¡Erase un cantito!... un cantito suave, atenorado, con un adarme de ironía agresiva, de insolencia; un dejo de cinismo; un cantito sensual. ¿Viene del público a la escena o va de la escena al público? No se sabe, porque nuestros dramáticos omitieron tomar notas. Data de unos quince o veinte años atrás. Es contemporáneo de las primeras obras de Florencio Sánchez y de su escuela: son solidarios. ¡Y acompaña tan bien la poesía peculiar de ese teatro, como si fueran hechos el uno para el otro! La ironía, los diálogos amorosos, los arrebatos entusiastas de esos héroes, sus ideales y sus sentimientos requieren ese adorno musical. Sin el cantito, toda esa literatura dramática perdería su carácter y sus aspectos pintorescos. El fondo y la forma, dice Goethe, son una sola cosa, y no podrían existir el uno sin la otra. Es el barniz que da brillo a los dulces y patéticos melodramas; acentúa la gracia de las comedias, y pone el sarcasmo en los momentos trágicos, en que los personajes se colocan a la altura de Ibsen o de Nietzsche. ¡Delicioso melodrama, inolvidable cantito, que emociona hasta las lágrimas, las plateas del Apolo, del Liceo o del Marconi!

Goethe aconsejaba a los artistas dramáticos el estudio de la música. Nada más que unos grados primarios, lo suficente para darse cuenta del valor de los tonos que corresponden a cada frase, según los diversos sentimientos expresados. Así, un poco de solfeo y de recitado al piano serían un ejercicio muy útil y eficaz para corregir ese impresionante cantito de nuestros artistas. La Sociedad de Autores debe ordenar una edición económica de la novela de Goethe *Wilhelm Meister*. No co-

nozco ningún tratado más profundo y completo sobre el teatro, los actores, el arte de bien decir, de interpretar un carácter, arreglo del escenario. ¿Tiene usted que desempeñar un papel de personaje distinguido?, por ejemplo: Goethe comienza por dar en dos líneas una idea clara de la distinción; las maneras distinguidas, dice son difíciles de imitarse, porque son, por decirlo así, negativas, y suponen una larga y continuada práctica. No debe mostrarse nada que recuerde la dignidad, porque se cae en el orgullo formal. Se debe evitar lo que no es noble y lo que es común; debe velar siempre sobre sí y sobre los otros no abandonarse, no hacer por los demás ni mucho ni poco; no turbarse ni conmoverse, no apresurarse, saberse contener en todos los momentos, y mantener así el equilibrio exterior, cualesquiera sean las tormentas interiores. ¿Desea usted una regla de higiene intelectual que mantenga su espíritu en contacto con la belleza? Siga este precepto: "El hombre tiene una inclinación hacia las cosas vulgares, y el espíritu y los sentidos se enmohecen tan fácilmente respecto de lo bello y lo perfecto, que debemos mantener por todos los medios la facultad de sentir".

Nadie puede abstenerse completamente de estos placeres, y es por la falta de hábito de gustar las cosas bellas que muchas personas se complacen en las tonteras o en lo absurdo. ¡Se debe oír todos los días un pequeño "lied", leer una bella poesía, ver un buen cuadro, y, si es posible, decir dos o tres frases razonables?" Naturalmente, ni Almafuerte, ni Mármol... porque el remedio sería de una vulgaridad mortal. ¡Ah! si nuestros actores leyeran todas las mañanas media página de buena literatura española en alta voz, tratando de revelar el espíritu de la frase; de la literatura, de los contemporáneos de Jorge Manrique, dejarían el cantito sofocado entre esas deliciosas palabras. No sólo disuena porque es vulgar, sino porque lleva dentro de sí algo de feo, de insano, de inmoral, que constituye su alma, la nota dominadora de la melodía. ¿No os ocurrió alguna vez la duda sobre la causa del fracaso de las obras europeas en el teatro nacional? Es el cantito. La frase que tiene estilo, la palabra culta, el arte literario no pueden tolerarlo. Muere de angustia al sentirse estropeado de tan mala manera. Ensayad cualquier trozo de diálogo bien escrito con esa música. No puede prosperar nada noble, nada puro; rechaza todo lo que llamamos delicadeza de los sentimientos; salen a luz maltrechos, como disfrazados. Es que en su fondo el cantito es canaliesco. Nació en esos bodegones de la Muerte que constituyen algo así como el Elíseo, la morada de los me-

jores ideales de la escuela de Florencio Sánchez. Fué creado por el caló ítalo-argentino: es su música su más pura esencia. Tan es así, que tal vez desafinaría la declamación de esas obras en el tono normal de nuestra prosadia. Amelia, la disertadora "literatoide" de "Los Muertos", o el "dotor" de "M'hijo el dotor", amoralista pedante y declamador vulgar, requieren el cantito; está en sus almas, es el aura estética que los cubre y anima. Aquello de "Los derechos de la salud": "sin embargo, yo estaba sano, ¿entiendes?; sano, incontaminado... ¡ah, la salud! ¡la salud, madre egoísta del instinto creador!..." ¿No le parece al lector que estas cosas bellas piden a gritos un poco de música? Y el ¡chingue! de la pollera: "no seas pava... que... pero... tonta... ¿será acaso la primera vez que?.." ¿Concibe el lector esa ironía de: "alemán otario.. te había dao por catarle la pera a los gringos", sin el cantito?

Así, no debemos ser severos con los actores; hacen lo mejor que pueden, como el pianista de la frontera de México. Son los autores los que escriben en ese estilo, y los que dirigen y enseñan la forma del recitado adaptable a su poesía. Antes de que ese teatro nacional corrompiera el idioma y rebajara las almas, nosotros los argentinos teníamos un hablar más suave que el español, con la dulzura del italiano de la Duse, Rossi, Salvini, que influenciaron nuestro oído "con dolce suono", como canta el poeta. Se había borrado en la fonética, la z y la c; la s, de eco más débil, la sustituía, y el decir era más armonioso y fácil. Así como nuestros escritores tipo Cané, Echeverría, Alberdi, Wilde, Avellaneda, López padre, hijo... fueron más sobrios, precisos, más claros y mesurados, que los maestros peninsulares modernos, algo abundantes y confusos.

A partir del año ochenta, marchábamos con paso bastante firme, bajo la influencia de esos escritores y de Juan María Gutiérrez, hacia una literatura caracterizada por el gusto, la distinción, la serenidad optimista del epíritu argentino. Poco a poco se opera el lamentable descenso. Los estilos se ahuecan, se atribuyen méritos especiales a esas formas vanas, de esas épocas en que los hombres se afanaran por embellecer las rosas. El estilo literario, decíamos en otra oportunidad, no es adorno ni se caracteriza por los jardines, las metáforas y alegorías, ni requiere que se torture el régimen de un idioma. Es algo más sencillo y fácil. Se concreta a expresar los conceptos en su forma propia, clara y transparente, de tal modo que se habría alcanzado el ideal si el lector no advierte el estilo, si tiene la ilusión de que ve directamente las cosas, sin que se interpongan artificios.

Reflexione el lector sobre la situación del joven artista dramático. Generalmente es vivaz y de inteligencia clara. Algunos nacieron con un talento, y por la práctica discreta y el esfuerzo lo habrían perfeccionado. Entra al teatro con la cultura de la escuela primaria o normal. Allí se le enseña, por hombres que respeta, la belleza de la escuela de Florencio Sánchez. Debe meditar esos papeles: Amelia, Julio, Lisandro, Jesusa; aprender de memoria esos diálogos; ¡penetrarse del espíritu de esos parlamentos! Para mantener en el alma el gusto estético y un nacionalismo mal entendido, se le dijo, desde la escuela, que leyera a Mármol o Almafuerte, etc., etc., es decir, la esencia de lo mediocre altisonante, de los tonos vanos, heroicos; o el modelo de la vulgaridad y de las ideas y sentimientos comunes. Es una atmósfera de literatura falsa y artificial; de delicadezas acarameladas o de realismos brutales y groseros; de sensibilidad melodramática, llorona; o de risa forzada y artifical, traída por los medios más ordinarios.

Ahora bien, cualquier inteligencia que se someta a esta disciplina de lo absurdo, a un régimen de lecturas y de meditación sobre la incoherencia y la fealdad, tiene que naufragar. Mientras dure este estado anormal del teatro, yo les aconsejaría el cumplimiento estricto de la regla de higiene espiritual de Goethe. Leed todos los días una página de belleza. Suprimid a Martín Fierro, a Mármol, Almafuerte, etc. Por unos minutos apartaos de vuestro medio todas las mañanas; y así como los religiosos se comunican una hora místicamente con Dios, entrad en la intimidad del verdadero arte, de la elegancia, de la fineza, de la imaginación creadora. Que la influencia sagrada de lo bello se haga sentir un segundo en vuestras almas. Tal vez resulte más doloroso el sacrificio de descender de esas alturas al mundo de Florencio Sánchez: "¡oh, mi querido Sócrates, continuó la extranjera de Mantinea, si algo puede sostener nuestra vida es el espectáculo de la Eterna Belleza!".

RESUMEN Y CONCLUSIONES

"Publiant et accusant les imperfections quelqu'une apprendrá a les craindre."

MONTAIGNE.

Antes de leer un libro, decía un moralista inglés, haced un ligero examen para verificar vuestros conocimientos sobre el tema, y concluída la lectura, repetid el acto para dar el balance. Es un consejo sano y muy útil en esa tarea difícil de tener ideas claras y datos precisos sobre algunas pocas cosas. Es el modesto fin de los estudiosos, que no siempre se alcanza: divisar en el ocaso de la vida algún horizonte de líneas bien marcadas, si acaso con algunos arreboles que distraigan la vista, o eleven las almas por encima de la realidad. El espíritu, dice Hegel, es el único que verdaderamente comprende todo en sí, de suerte que la misma belleza no es verdaderamente tal, sino en cuanto participa del espíritu y es engendrada por él.

Así, supongo que el paciente lector querrá acompañarme en este examen de conciencia. En una serie de artículos hemos estudiado el teatro nacional en una forma sintética, pero con la preocupación de mostrar las líneas directrices. Analizamos su carácter general, la forma y estilo de las obras, el pensamiento de los autores, la filosofía de los dramas, la risa y los actores. Se ha visto la importancia del tema, relacionado con toda la cultura argentina. No sólo se relaciona con la cultura, sino que se puede afirmar que, en las modalidades de la vida contemporánea, la escuela y el teatro son las dos grandes fuerzas que crean las almas, impresionando la inteligencia y la sensibilidad.

De ahí que sea perfectamente exacto ese concepto de Oscar Wilde, que poníamos como epígrafe en uno de nuestros artículos. "La vida imita al arte mucho más que el arte a la vida. La vida debe al arte no sólo la espiritualidad y la profundidad del pensamiento, sino que se modela sobre las líneas y colores del arte. Los griegos despreciaron el realismo por razones sociales". Esta idea viene de la filosofía de Hegel y está apoyada en la sólida estructura de ese célebre sistema. Por poco que se reflexione se observa cómo los artistas y los

escritores al transformar en su imaginación los datos de la realidad, crean una fuerza que reacciona sobre las almas de los hombres y colora con sus matices propios las ideas y la conducta.

En otra oportunidad explicamos ese cantito de los actores, y que nos servirá de ejemplo para comprobar la teoría. Ese cantito es hoy, característico de las nuevas generaciones porteñas. Ese cantito impresiona los sentimientos y las ideas del público. La frase popular toma un tono más insolente y cínico; la desvergüenza se acentúa y la sensibilidad se amolda a su nueva forma de expresarse. Todos los sentimientos nobles y altos que dan valor a la vida se rebajan y corrompen y encanallan. La canción de los veinte años, el trino de amor de la juventud, pierde todo su idealismo, se deprime, y tan sólo conserva su fondo menos estimable, la parte del instinto, por el cantito.

La vulgaridad del melodrama, el rodar de los sentimientos buenos, creados por la cultura, en los escenarios nacionales, trae como consecuencia el descenso del nivel de las almas. Poco a poco los hombres amoldan sus espíritus con el espíritu del teatro. Salen de la sala de espectáculos como infiltrados por la ola maleva de los bodegones, por el lenguaje del conventillo, con su sensibilidad perturbada por la contemplación continua de lo malo, de lo vulgar y de lo feo.

El otro género, innocuo, que se inspira en la estética de Jorge Ohnet, no corrompe, pero vulgariza las almas, y deprime la inteligencia. Ahora bien, deprimir la inteligencia equivale a achicar y empobrecer todas las cosas, los ideales y los sentimientos más altos. La patria, el amor, el honor... se transforman por la acción de ese arte en algo común y vulgar, que carece de toda esa fuerza que les puso, al través de los siglos, esa fiebre de poesía y de idealismo que arrastra a los hombres, y endulza la vida. Si el amor se concreta a la vida del instinto, si la patria se profana y va envuelta en escenas y diálogos de una tristeza intelectual saturada de miserias, si se abusa de su bandera y de su nombre para suscitar el aplauso; si el decoro, el honor, la distinción, la elegancia y el gusto, ruedan en medio de un palabrerío insulso y ordinario, ¿qué nos quedará? No lo dudéis: la vida imita al arte, sea malo o bueno: es decir que la sociedad se modelará sobre su teatro, hablará y se sentirá como sus autores y actores. "Todos hemos visto en Inglaterra, en estos últimos tiempos, dice Oscar Wilde, cómo cierto tipo de belleza, original y fascinante, inventado y preconizado por dos pintores imaginati-

vos, ha ejercido tal influencia sobre la vida, que en todos los salones artísticos y en todas las exposiciones privadas se ven, aquí, los ojos místicos de Rosetti, el esbelto cuello marfileño, la extraña mandíbula cuadrada, la flotante cabellera sombría que le gustaba tanto... Un gran artista inventa un modelo y la vida intenta copiarlo, reproducirlo en una forma popular, como un editor emprendedor. Los griegos colocaban en la estancia de la esposa la estatua de Hermes o la de Apolo, para que sus hijos fueran iguales en belleza. Sabían muy bien que la vida le debe al arte, no solamente la espiritualidad, la profundidad del pensamiento, la turbación o la paz de ánimo, sino que puede modelarse sobre las líneas y colores del arte y reproducir lo mismo la majestad de Fidias que la gracia de Praxíteles". Ahora bien, es evidente que nuestra sociedad se está modelando sobre la base del arte de Florencio Sánchez y de su escuela. Ese airecito de comadrerío comienza a invadir las clases aristocráticas, que lo devolverán a la fuente de gracia de donde viene, con mayor prestigio y autoridad.

Cuando atacamos el teatro nacional no es con la idea de sentar una cátedra de moral. Entre la religión, la moral y el arte, decía Hegel, existe una eterna y estrecha armonía; pero no por eso dejan de ser formas esencialmente diversas y que reclaman una completa independencia... lo bello es la armonía realizada. No pretenderíamos excluir, por ejemplo, el teatro de Dumas hijo o de Ibsen..., pero sí debe fulminarse todo lo que es feo, ordinario y vulgar, aunque su moralidad sea implacable. Ahora, cuando el inmoralismo se une con la mediocridad más inferior, como sucede a menudo en la escuela de Florencio Sánchez, el mal se torna irreparable, por todos sus lados, y la verdad, la belleza, y la moral, salen igualmente desprestigiadas y maltrechas.

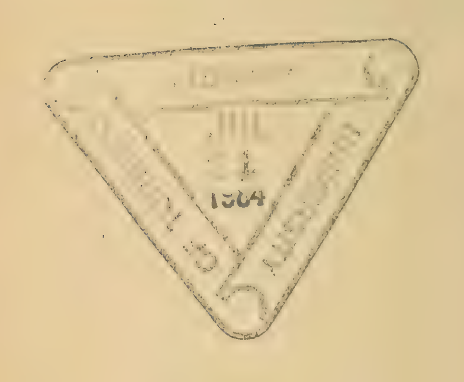
El remedio de este desastre de la cultura es uno solo: la educación. Sarmiento creó un conservatorio dramático, que los partidos opositores arrasaron en forma implacable. Así ocurre cada vez que el espíritu político mete la mano o el pie en estas cosas delicadas y frágiles. Hace unos quince años algún consejero propuso en la Universidad, el establecimiento de un conservatorio, y la fundación de cursos de estética aplicada a la industria. El proyecto fué recibido en medio de sonrisas, "una triste sonrisa", como decía Avellaneda. Se suponía a los señores académicos tras las bambalinas. Cuando el inocente consejero habló del museo del traje, donde nuestras obreras pudieran estudiar sus transformaciones en las diversas épocas, las sonrisas se acentuaron. ¡Cómo! ¿La Uni-

versidad explicaría a la gentil trabajadora el secreto de la belleza de los vestidos, las combinaciones de los colores, el sentido del gusto y de la elegancia? Decididamente esas cosas no eran serias, como el derecho y la medicina. En el ínterin el modesto académico reflexionaba que todo lo que es espíritu está dentro del concepto de la Universidad.

El año pasado el proyecto obtuvo la unanimidad de votos. Actualmente un grupo de consejeros de la Facultad de Filosofía y Letras proyecta la organización de un conservatorio: un curso de declamación y otro de estética y literatura dramática. Allí podrán matricularse los jóvenes que tengan el gusto del teatro, y aprenderán cosas muy bellas y entretenidas, y muy útiles para todos, inclusive los maestros. Se comentará a *Wilheim Meister*, se enseñará la dicción, el secreto de entresacar el alma de las palabras y la armonía oculta de un estilo... El arte de la lectura, uno de los más finos y agradables que proporcionan dulces placeres en la intimidad del hogar, y ayuda a pasar en paz y en contacto con la belleza las largas veladas de invierno.

Tengo tanta fe en el desarrollo intelectual de nuestra Argentina como en el de su riqueza. El descenso es pasajero; se inclinó la curva debido a múltiples causas. Sin embargo, el hecho es grave, porque junto con la decadencia del teatro se observa la corrupción de todas las formas de la literatura; la falta de ideas y del ejercicio de pensar, que se suplen con palabras vanas. Debemos aunar los esfuerzos para sacar nuestra cultura del lodazal en que la metieron la imprevisión o el descuido de los hombres dirigentes.

INDICE


1964


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 23 08 15 013 9